NOELIA HONTORIA

TRES DÍAS DE *enero*

Índice de contenido

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43

44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
Epílogo

NOELIA HONTORIA
TRES DÍAS DE enero
VERSÁTIL romántica

Título original: *Tres días de enero*

©□ 2023 Noelia Hontoria

———————

Diseño de cubierta y fotomontaje: Eva Olaya

Traducción: Xavier Beltran

———————

1.ª edición: enero 2023

———————

Derechos exclusivos de edición en español reservados para todo el mundo:

© 2023: Ediciones Versátil S.L.

Av. Diagonal, 601 planta 8

08028 Barcelona

www.ed-versatil.com

———————

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia, sin autorización escrita de la editorial.

Para Carla, Natalia y Óscar, mis tres razones para volver siempre a casa.

1

«Si quieres que te cambie la vida, prueba a enamorarte».

Alicia

Madrid, abril de 2056

Eva es una de esas personas que no aparecen por casualidad en tu vida. Cuando un ángel como ella te toca, ilumina tus días solo con una sonrisa. Todos conocemos a una persona así. Esa es, sí, esa en quien estás pensando ahora mismo. Tal vez la tienes cerca, tal vez la disfrutas a diario. O quizá no. Quizá hace ya algún tiempo que vuestros caminos se separaron pero, de algún modo, su magia sigue a tu lado. Y sabes que siempre lo estará. Sea como sea, esas personas consiguen que tu vida sea un poquito mejor. «Personas talismán», las llamo yo.

El hecho de que Eva sea así de especial la ayuda en el ejercicio de su profesión. Es médica, y su cariño supone un reconfortante abrazo en los momentos en los que sus pacientes más lo necesitan. Además, es mi vecina, la chica que lleva dos años viviendo a unos metros de mi techo y con la que he establecido una especie de acuerdo tácito por el que nos cuidamos mutuamente sin meternos demasiado en la vida de la otra. Podemos pasar semanas sin vernos; y otras, coincidir a diario con cualquier excusa. La siento cerca. Y no me refiero a la distancia que separa su puerta de la mía.

Eva me recuerda bastante a mí, quizá por eso congeniamos tan bien desde el primer momento. No me malinterpretes, yo no soy una vieja senil de esas que se pasan el día molestando a sus vecinos o reclamando atención. Nada más lejos de la realidad. Tengo bastante marcha, como diría Eva o como dirían los nietos que nunca tuve. Si no hago más ruido es porque mis rodillas, las pobres, a veces ya no responden como me gustaría. Cosas de la edad, supongo.

Siempre he sido así, pero tengo que reconocer que también tuve suerte. Nací en un momento en el que la mujer ya podía gritar cuál es el lugar que merece en el mundo. Contar su verdad y ser escuchada. Soñar. Y decidir, sobre todo decidir el camino que desea seguir en la vida, más allá de las imposiciones sociales que tuvieron que soportar las generaciones anteriores.

Nací en plena movida madrileña. Corría el año 1983, el mismo en el que Loquillo sorprendió con *El ritmo del garaje* y las escuelas de diseño y moda irrumpieron en la capital. Fue precisamente Madrid la ciudad que algunas décadas más tarde se convertiría en mi hogar. Y es que, a pesar de que fueron las aguas que bañan la costa de San Sebastián las que me vieron nacer, encontré mi hogar definitivo muy lejos de allí. Es curiosa la vida: siempre nos conduce de vuelta al lugar al que pertenecemos. Y yo me siento más gata que norteña, más de bravas que de *pintxos*, más de Leiva que de La Oreja de Van Gogh. No se lo cuentes a mis paisanos, aunque a estas alturas, tal vez, a nadie le importe ya. A fin de cuentas, me he pasado más de la mitad de la vida en el centro de la península. Probablemente en Donostia no quede nadie que me recuerde. Ya no soy esa joven siempre risueña, de pelo castaño y complexión delgada. Mi expresión sigue siendo feliz, pero los años también han pasado por mí. Ahora acumulo más canas de las que me gustaría y mi cuerpo es más redondeado.

Pero no me distraigas, que me haces pensar que desvarío. Como te decía, Eva es un ángel, no solo porque es mi vecina y me trata como si fuera su abuela, sino porque, además, es médica en el Hospital San Carlos. Y de las buenas. Lo sé porque fue ella quien me atendió cuando tuve mi última crisis. Compréndelo, soy fuerte, pero no inmortal. Tampoco pretendo serlo. Sé bien que, en cualquier momento, el más absurdo de los achaques me mandará al otro barrio. No me da miedo. A mi generación, a los que a nuestros felices treinta y tantos nos sorprendió una pandemia, ya no nos asusta cualquier cosa. Aprendimos a sobrevivir, a adaptarnos, que son los enemigos invisibles contra quienes libramos las batallas más difíciles, y que son, precisamente, las que más nos enseñan. Si queremos aprender, claro está.

Pienso en todo esto mientras arrastro los pies en dirección a la puerta principal de mi casa, donde hace apenas unos segundos han sonado dos golpes tímidos pero firmes. Reconozco su forma de llamar. Es una mezcla entre no querer molestar y buscar compañía. Ayer también vino y sé por qué ha vuelto. Es una chiquilla muy curiosa, como yo. Sonrío pensando en que seguro que se ha pasado la noche en vela dándole vueltas a esa historia de la que apenas le he dado un par de pinceladas, pero con la que le brillaban los ojos. No sé por qué le sorprendió tanto saber que su vecina, anciana y solitaria, también compartió un instante de su vida con alguien. ¿Quién no ha vivido una noche por la que merece la pena toda una vida?

Ayer, cuando bajó para recoger un paquete que un mensajero había dejado por la mañana en mi piso a su nombre, comencé a contarle una

historia de cuando tenía más o menos su edad y vivía en la misma casa desde la que veo pasar los días. «El Barrio de las Letras nos ha unido», le dije, y en el fondo sé que a las dos nos hace ilusión pensar que llevamos algo así como vidas paralelas. Mismo escenario, distinta época.

Somos totalmente diferentes, pero tenemos mucho en común. Nuestro espejo muestra un doble reflejo: ella ve en mí en lo que se convertirá algún día, mientras que yo observo en ella lo que fui, en un tiempo que ahora no parece tan lejano.

—¡Ya voy! —Trato de alzar mi voz para que mi querida vecina no se vaya antes de que me dé tiempo a llegar a la puerta.

Abro sin mirar, algo que sé que no debería hacer, y encuentro frente a mí a Eva con el rostro serio y el ceño fruncido. Lleva un moño despeinado que la hace más alta y más guapa.

—Alicia, te he dicho mil veces que preguntes antes de abrir. ¿Y si hubiese sido alguien con malas intenciones? Es un barrio tranquilo, pero no te puedes fiar de nadie. Ahí fuera hay mucho mal.

Sonrío. Entre nosotras no hay que guardar las formas. Le pedí hace tiempo que no me hablara de usted y yo, a cambio, puedo escupirle a la cara las verdades que los amigos de su edad no se atreven a decirle. Las dos ganamos.

—Tengo las rodillas gastadas, pero el oído funciona perfectamente. Sé reconocer el ruido que hacen tus nudillos en mi puerta.

Se le escapa una mueca que no me pasa desapercibida.

—Y no me pongas esa cara, que un día te va a dar un aire y te vas a quedar tonta. —La regaño al ver que vuelve a poner los ojos en blanco, un gesto que me pone más nerviosa que el té negro que me trajo de su último viaje a la campiña inglesa.

Levanta las manos en señal de rendición y la invito a pasar, a la vez que le ofrezco una bebida caliente. Sé que está pensando que ya estamos en primavera, pero da por perdida la batalla y simplemente niega con la cabeza. Creo que los ancianos tenemos cierta debilidad por calentar el estómago de quienes queremos, y, aunque yo no me identifique con este grupo de edad, soy muy consciente de que, de vez en cuando, tengo algún ramalazo.

—Te propongo algo mejor. ¿Te apetecen unos churros? Bajamos a la

plaza y te invito a una ración.

La miro tratando de imitar un gesto de desconfianza, aunque sé bien cuál será su respuesta.

—¿De verdad quieres pasar la tarde con un vejestorio como yo?

—Vamos, Alicia, sabes de sobra que siempre eres un buen plan. Tú no eres como la del primero. —Se lleva la mano a la sien, y hace un gesto con el dedo índice trazando círculos a la vez que silba. Se refiere a la señora Lola, una octogenaria que no es precisamente amable con los vecinos.

—¡No me compares con esa vieja! Vale, pero solo si me dejas que invite yo esta vez.

—Sabes que no.

Muevo la cabeza en señal de desaprobación, pero sé que es una batalla perdida. Apunto mentalmente preparar un plato de cuchara y subirle un par de táperes. Es otro de nuestros pactos tácitos: ella me invita a merendar de vez en cuando y yo, a cambio, le subo comida cuando me salen demasiados platos. Suele ser a propósito, pero es mi pequeño secreto. A Eva no le gusta cocinar y tampoco se le da bien, todo hay que decirlo.

Llegamos a la plaza de Matute en apenas siete minutos. Habrían sido tres si Eva hubiese ido caminando sola, pero conmigo todo va más despacio. No parece que mi lento caminar le moleste y yo tampoco trato de disculparme por ello. Nos sentamos en una terraza y pedimos una ración de churros para mí y una de porras para ella. Hasta en eso nos complementamos. Para beber, chocolate caliente. Sonrío y me cruzo la rebeca, a pesar de que la tarde de primavera deja caer sobre la plaza unos rayos de sol muy agradables. Ella, en cambio, se sube las mangas de la camiseta y entorna los ojos, como si quisiera que su rostro absorbiera toda la vitamina D posible.

—Bueno, ¿has pensado en lo que te conté ayer? —Rompo el hielo, a sabiendas de que es precisamente de lo que ella quiere hablar.

—Me encantaría conocer tu historia.

—¿Qué tal si, por una vez, hablamos de ti?

—¿De mí? —pregunta sorprendida. Parece que la he pillado desprevenida—. No tengo nada interesante en mi vida.

—Tal vez hasta ahora no; pero, ¿y si miras hacia lo que está por llegar? ¿Qué ves en tu futuro?

Me identifico tanto con esta chica que sé lo fácil que puede ser perder la esperanza y creer a pies juntillas que la vida no es ni la mitad de emocionante de lo que realmente es.

—Alicia, que tengo treinta y seis años, y si se hiciera una película de mi vida, no quedaría ni un espectador despierto. Ni siquiera aguantarían el tráiler. ¿Qué me va a cambiar la vida ya? ¿Otro ascenso? ¿Un nuevo destino? No sé, ¿irme a África a colaborar con una ONG? —Suelta una sonora carcajada y yo dejo durante unos segundos que disfrute de su ignorancia.

—Ay, querida. —Sonrío con calma, saboreando unas palabras que sé que van a impactar directamente en su corazón—. El amor es lo único que puede cambiarte la vida.

2

«A estas alturas de la vida estás para reír, para cantar, para sentir y para bailar.Estás para enamorarte y para descubrir un nuevo amigo. Estás para volver a empezar, para gritar al mundo tu verdad. A estas alturas de la vida estás para todo eso y mucho más».

Madrid, abril de 2056

Eva entorna los ojos y me mira a medio camino entre la curiosidad y la desaprobación. Su expresión es casi risueña y sé que piensa que soy demasiado inocente para mi edad, pero mide sus palabras y trata de no ofenderme en cuanto se da cuenta de que todavía no conoce mi historia.

—¿El amor? Si a estas alturas de mi vida no me he enamorado ya, ten por seguro que eso no es para mí. Se me ha pasado la época de las tonterías.

Siento un fuego subiendo por mi estómago, que se aloja entre mis costillas. Me dan ganas de darle un capirotazo para que espabile. Maldito ser humano, siempre pensando que la vida se termina al cumplir los treinta. No sé en qué momento nos metieron esa absurdez en la cabeza.

—¿Tonterías? ¿Épocas? ¿Pero qué solemne *gilipuertez* estás diciendo, Eva? La vida no funciona así.

—Ay, Alicia, no me digas que me vas a contar la historia del príncipe azul que viene a salvarte la vida.

—Nadie tiene que salvarte la vida. Pero sí puede hacer que la vivas con otra intensidad. Eso es todo —respondo, casi ofendida.

Se detiene unos segundos a pensar en lo que acabo de decirle y, cuando creo que me va a dar la razón, vuelve a ponerse a la defensiva.

—Ya no tengo veinte años. A estas alturas de la vida ya no…

La interrumpo antes de que me salga una úlcera, y dejo que las palabras se queden flotando en sus labios.

—A estas alturas ya no nada. A estas alturas puedes enamorarte,

cambiar de trabajo, irte a otro país o colgarte boca abajo de un puente si eso es lo que deseas. Ahora, y, escúchame bien, también dentro de treinta años. O cuando tengas mi edad. No sé por qué los jóvenes os empecináis en poneros fecha de caducidad para todo, como si fuerais un yogur o un limón podrido en el fondo de la nevera.

Me detengo a tomar aire, pero antes de que pueda darme la réplica, continúo mi alegato ahora que he cogido carrerilla:

—¿Eres un limón podrido, Eva? ¿Es eso?

—No, claro que no.

—Entonces no te vuelvas a decir a ti misma que se te ha hecho tarde para algo. Y ahora coge un churro, que se nos enfría la merienda.

Eva coge uno de los que el camarero ha dejado hace apenas unos segundos sobre la mesa y nos quedamos unos minutos en silencio, mientras ella hace aspavientos al quemarse con el chocolate caliente y yo doy buena cuenta de él, más acostumbrada a las bebidas que caen como un río de lava por la garganta. Otra diferencia generacional, supongo.

Cuando está a punto de comerse el penúltimo churro, se detiene. Me mira, curiosa, con esos ojos grandes que tanta vida tienen, incluso más de la que ella misma es capaz de reconocer, y me pregunta:

—¿Me vas a contar ya quién te robó el corazón?

Consulto mi reloj de pulsera, pero se ha quedado sin batería. Anoche olvidé cargarlo. No importa. Aunque es una historia que sé que voy a tardar mucho en contarle, tengo el resto de la vida para hacerlo.

—Tenía más o menos tu edad cuando, en mitad de la peor nevada del siglo XXI, apareció una persona que me hizo entender que los abrazos que más calientan son aquellos en los que te quedarías a vivir para siempre.

3

«Y yo que siempre fui de sur, hoy me muero por tu norte».

Madrid, enero de 2021

El mundo entero recibió el 2021 con esperanza, pero también con miedo. La peor pandemia que recordaba nuestra generación todavía nos acechaba, después de muchos meses de batalla. Las Navidades se celebraron entre restricciones, inseguridades y temores. A aquel año le tocó un papel difícil: había demasiadas ilusiones puestas en él, a pesar de que el escenario en el que le tocaba salir a bailar era peor de lo que habíamos imaginado.

El calendario marcaba el octavo día de enero cuando regresaba a Madrid después de haber pasado unos días en San Sebastián con mi familia. Tenía treinta y siete años, y ya llevaba bastante tiempo viviendo en la capital. Siempre quise ver mundo, y mi ciudad natal se me quedó pequeña. Nada me ataba. Al borde de la treintena, mis amigos tenían su vida encarrilada: matrimonios, hijos… E incluso algunos habían emigrado.

Sentía que por fin empezaba a coger las riendas de mi vida. A finales de 2020, en plena pandemia y con la insensatez propia de los valientes, cumplí mi sueño de emprender mi propio negocio: una tienda de artículos de viaje. No había hecho más que arrancar, y el panorama económico no podía ser más desolador, pero si algo me estaba enseñando la pandemia era que no había que dejar para mañana lo que podrías haber hecho anteayer.

También me consideraba afortunada en el amor: no me había enamorado de nadie que me hubiese roto el corazón a los dos días. Y eso era de agradecer. En una ciudad llena de gatos que arañan, yo había conseguido mantenerme a salvo de sus uñas. A cambio, seguía soltera, algo que tampoco me importaba lo más mínimo. Siempre he sido muy independiente y jamás he esperado la llegada de un hombre para que mi vida fuese plena. Era feliz en mi soledad escogida.

Como decía, aquel ocho de enero regresaba a Madrid sin saber que en tan solo unas horas iba a vivir un acontecimiento histórico. Y que mi vida también estaba a punto de dar un giro de los que consiguen que todo se ponga del revés.

En el vagón del tren se dibujaba un panorama que ya no resultaba extraño: todos escondidos tras las mascarillas. La quietud predominaba en el ambiente. No había niños, y los adultos parecíamos cansados. Y no se debía al ajetreo de las fiestas; la sombra de un 2020 apocalíptico todavía nos perseguía.

Di un par de cabezadas y después, me entretuve con el móvil. Redes sociales, repaso a la galería de las fotos que había hecho durante las Navidades y algunas noticias de actualidad fueron mi bálsamo para esas horas de tedioso trayecto circulando por alguna parte de la España vaciada.

En realidad, no le estaba prestando especial interés a nada hasta que llegué a una noticia que me llamó poderosamente la atención. Ya había oído algo los días anteriores, en la tele del salón de casa de mis padres, pero no le había hecho demasiado caso, enfocada como estaba en la bandeja de turrones. Aquel artículo, a pesar de parecerme demasiado sensacionalista, logró despertarme de la modorra:

«Madrid a la espera de la gran nevada del siglo», rezaba un titular del diario *El País*.

Levanté una ceja, escéptica, y busqué otros medios que se hubieran hecho eco de la noticia para contrastar la información.

«Nieva en Madrid: la Comunidad pide moverse lo indispensable ante un temporal que podría hacer historia», explicaban en *RTVE*.

El resto de titulares eran bastante similares.

«Histórica».

«Gran nevada».

«Jamás vista».

Resoplé. Los medios de comunicación ya no sabían qué hacer para llamar la atención.

Estaba convencida de que todo se quedaría en cuatro copitos de nieve que ni siquiera llegarían a cuajar. Pero lo cierto era que, cuanto más nos acercábamos a Madrid, más blanco se volvía el paisaje. Hice fotos y las subí a mis redes sociales. Hacía tanto que no veía nevar que no podía dejar pasar esa oportunidad, aunque el manto que dejaba la nieve fuera casi transparente.

Me bajé en la estación de Atocha y comprobé que ya había comenzado a nevar, aunque poquito, de una forma contenida y discreta.

Justo en el momento en que salí a la calle recibí una llamada de Fernando, mi mejor amigo.

—Hola, Fer —respondí mientras me colocaba la capucha del abrigo—. Acabo de llegar a Madrid. —Eché a andar, en apenas diez minutos llegaría a mi casa, ubicada en la calle Moratín.

—Alicia, ¿has visto lo de la nevada? ¡Va a ser espectacular!

Puse los ojos en blanco. Otro pobre incauto que se había creído los titulares alarmistas.

—No me puedo creer que sigas cayendo en esas trampas —dije con cierto aire de superioridad. A mí no me la colaban.

—Que sí, que esta vez es cierto. Lo han dicho los meteorólogos. Va a caer una monumental. Ya ha empezado, ¿acaso no lo ves?

Miré al cielo. Era cierto que nevaba un poco. Bajé la vista y comprobé que el toldo del quiosco de la esquina del Paseo del Prado empezaba a cubrirse de blanco. Aun así, no quise dar mi brazo a torcer.

—Son cuatro copitos de nada, Fer. Parará en un rato, ya lo verás. ¿Vienes al centro? —pregunté, tratando de cambiar de tema. Me apetecía verlo, pero estaba demasiado cansada como para ir a Moratalaz, donde él compartía piso con dos estudiantes universitarias.

—Estoy en Toledo, engullendo a dos carrillos los últimos polvorones de casa de mi yaya. Mi padre me iba a acercar a Madrid, pero hasta mañana por la mañana no puede. Y ya sabes que no quiero coger transporte público por el COVID. ¡Espero que consigamos llegar! ¿Sabes que están empezando a cortar carreteras?

—No puedes dejar de exagerar. ¡Me rindo!

Crucé por el paso de peatones y comencé a subir por el Paseo del Prado hacia casa. Esa ruta era un poquito más larga, pero me resultaba mucho menos cansada que subir la cuesta de la calle Atocha o callejear por el barrio.

—Podemos vernos mañana para comer, ¿te apetece?

—¡Mucho!

—¿Voy a tu casa? ¿O seguirá estando allí ese chico inglés?

—Es alemán. Y sí, puedes venir. De hecho, debería de haberse marchado ya. Su alquiler terminaba a las diez de la mañana.

Había aprovechado para alquilar la habitación libre de mi piso mientras yo pasaba fuera las Navidades. Solía hacerlo cada año. Metía todos los objetos de valor en mi habitación y la cerraba con llave para evitar posibles robos. Aunque pedía un documento de identidad al formalizar la reserva, prefería cubrirme en salud. En la puerta principal había instalado una cerradura inteligente, de modo que no tenía que preocuparme de quedar con nadie para darle las llaves y mucho menos de que alguien hiciera una copia y me diera un susto cuando estuviese sola.

Era una forma fácil de conseguir dinero extra. Un piso en el centro de Madrid en período de vacaciones era una golosina. Me pagaban una auténtica barbaridad por unos cuantos días y ni siquiera tenía que verle la cara al inquilino en cuestión. El único requisito que ponía era que llegaran después de haberme ido yo y que se marcharan antes de mi regreso. A esas horas, el alemán, de quien ni siquiera era capaz de recordar su nombre, ya se habría marchado y yo tendría un buen extra de dinero en mi cuenta del banco, para afrontar mejor la cuesta de enero hasta que mi tienda empezara a dar beneficios.

Fer pareció alegrarse de que volviera a disponer de mi piso libremente y enseguida propuso un plan.

—Estupendo. Entonces, mañana hablamos y comemos en tu casa, ¿te parece? —Hizo una breve pausa, en la que casi pude oír cómo salivaba—. ¿Pedimos unas hamburguesas a Pantin Grill?

Acepté, no podía ser de otro modo. Eran unas de sus favoritas de Madrid y quedaban a un tiro de piedra de casa, por lo que llegarían calentitas a pesar de estar a varios grados bajo cero en la calle.

—Claro, con mucha mayonesa de pepinillos.

—Eres la mejor. ¡Hasta mañana!

Sonreí y me despedí de él mandándole un beso, justo cuando mis pies giraron en la plaza de la Platería Martínez, un punto de fuga entre dos calles. A la derecha, la siempre bulliciosa calle Huertas; a la izquierda, la quietísima Moratín, que se había convertido en mi hogar. La cara y la cruz. Tan opuestas y tan cercanas a la vez.

Un minuto después estaba entrando en mi portal. Subí a pie hasta el segundo piso, y al llegar a la puerta de mi casa, esta se abrió sola al detectar mi teléfono móvil.

Solo podía pensar en dejar la maleta tirada en el salón, darme una ducha y pasarme el resto del día en pijama, cuando los ojos miel más bonitos que había visto nunca me saludaron desde el sofá.

4

«Cuidado con las cicatrices. Algunas se curan, pero todas dejan huella».

Madrid, enero de 2021

Nunca antes en mi vida había estado tan al borde del infarto. Él también lo notó, o al menos eso pude juzgar tras ver cómo saltaba como un resorte desde el sofá.

—Lo siento. ¿Te he asustado? —Se apremió a disculparse, consciente del susto de muerte que me había dado. Me tendió la mano a modo de saludo, pero no le devolví el gesto de cortesía. No estaba para fiestas —. Soy Adrien. Me has alquilado la vivienda estas Navidades.

En diez segundos fue capaz de darme toda la información que necesitaba para que los latidos de mi corazón se restablecieran a un ritmo humanamente soportable, cosa que le agradecí en mi interior. Menuda capacidad de síntesis.

Pero eso no fue suficiente para que viera con buenos ojos su presencia en MI sofá, MI salón, MI piso. Creía haber sido bastante clara en cuanto a la condición de que debía abandonar la casa antes de las diez de la mañana, para asegurarme de que ni siquiera nos cruzaríamos. Podía sonar extraño, incluso un poco sociópata, pero eran mis condiciones. Y debía respetarlas. Dios mío, ¿y si se había convertido en un okupa?

Pareció que me leía la mente, porque me respondió a lo que estaba pensando. Un incómodo silencio se adueñó del salón, mientras yo trataba de poner en orden mis ideas y él mantenía una actitud defensiva. Estaba en guardia, como si de un momento a otro alguien fuese a propinarle una patada para echarle al rellano y cerrarle la puerta en las narices. Esa no iba a ser yo, desde luego.

—No es mi intención molestarla. Sé que debería haberme marchado ya, pero han cancelado mi vuelo por la nieve —respondió, señalando hacia la ventana. En el alféizar comenzaba a formarse una discreta capa de color blanco.

—Podrías haberme avisado.

Fui algo seca en mi respuesta, pero no podía negar que una llamada podría habernos ahorrado este incómodo momento.

—Lo he hecho, en vano. Su número estaba fuera de cobertura.

Señaló mi teléfono móvil, que llevaba en la mano, y cuando miré en la lista de mensajes vi hasta cuatro llamadas perdidas del número que tenía guardado como «Alquiler Navidad 2020-2021». Ni un nombre ni un mínimo rastro personal. Los huéspedes para mí solo eran una fuente de ingresos. En cuanto se marchaban, limpiaba la casa a conciencia y eliminaba cualquier registro en mi móvil, como si nunca hubieran pasado por allí.

—Tutéame, por favor. —Fue lo único inteligente que logré decir al darme cuenta de que quien había cometido el error era yo.

Fallo mío, desde luego, aun así, su presencia me seguía incomodando. De una forma diferente a la que hubiese esperado.

Adrien no me incomodaba del modo en que me molestaban las visitas no deseadas, ni mucho menos. Adrien me incomodaba porque su aroma se había adueñado de toda la casa. Su figura se movía como si un reguero de polvo de hadas se quedase suspendido en el aire cada vez que se desplazaba apenas un milímetro. Su sonrisa lo inundaba todo.

Tenía que pararlo. Quería pararlo.

¿Qué era esa brujería? Deseé con todas mis fuerzas que ese hombre saliera de mi casa y de mi vida inmediatamente. Pero no podía echarlo a patadas con el frío que hacía en la calle.

—Lo siento, de nuevo. —Su mirada parecía sincera.

Pensé en que, al menos, aunque fuera un okupa, era un okupa educado.

—No puedo salir de Madrid a causa de la nieve —repitió, proporcionándome algunos segundos de tregua para que empezara a asimilarlo—. Puedo buscar un hotel, pero había pensado que, ya que estoy aquí, mis cosas también están aquí, y no conozco bien la ciudad, tal vez podría quedarme unos días más, hasta que el temporal amaine.

Se percató de mi mirada desconfiada y trató de cambiar mi predisposición con quien todo lo puede, don Dinero:

—Te pagaré el doble por cada noche extra. Por favor.

Pero yo no funcionaba así. A mí no me movía el dinero.

Abandoné la maleta y, casi ignorándolo, fui hasta la cocina para servirme un vaso de agua. Al abrir el grifo, noté un crujido. Las cañerías estaban comenzando a helarse. Nunca había visto nada así. La vida me estaba gastando una broma muy pesada. Él permaneció en silencio a mis espaldas.

—Está bien. Quédate. No es necesario que me pagues más.

—Gracias, de verdad, muchas gracias. No seré una molestia, lo prometo. Me encerraré en la habitación y no saldré más que para ir al baño. —Hablaba atropellado y yo ni siquiera era capaz de asimilar más de tres palabras seguidas. Pero sonaba sincero y eso me hizo bajar la guardia.

Proferí un suspiro que sonó más como un gruñido. Él continuó con su batería de propuestas para hacer menos violenta la situación.

—Dime a qué hora te duchas y yo no ocuparé el baño. También puedo cocinar para ti estos días. No se me da mal.

—Está bien, tranquilo. Seguro que esta tarde pierde fuerza el temporal y mañana podrás irte. Aquí nunca cuaja de verdad. Estamos en Madrid, no en Moscú.

—Ojalá así sea. Lo último que quiero es molestar.

Hice un gesto con la mano para restarle importancia al asunto. Él lo interpretó como que era el momento de dejar de tentar a la suerte y se fue a su habitación para que yo pudiera recuperar la intimidad que me acababan de robar.

Lo último que recuerdo de ese momento fue el fugaz instante en el que su espalda, grande y fuerte, se esfumó al cerrar la puerta de la que se había convertido en su trinchera particular.

Yo me quedé en la cocina, con las manos apoyadas en la encimera, y el recuerdo de esos ojos melosos grabado en la retina.

Me temblaban las piernas. Me temblaba el estómago. Nunca había sentido nada así.

Lo único que sabía, la única verdad a la que podía agarrarme en ese

momento, era que, desde el primer instante en que había visto a Adrien, supe que mi primera cicatriz llevaría su nombre.

5

«Que tire la primera piedra quien diga que no es verdad, que no quiere regresar a un momento, a un amor, a una noche de vino y calor, a un paraíso que se le escapó».

Madrid, abril de 2056

Eva no puede apartar los ojos de mí y yo no puedo dejar de narrar mi historia, nuestra historia, esa que tantas veces he repasado en la cabeza. Adrien llegó a mi vida y lo inundó todo. Fue un abrazo cálido en plena tormenta. Fue esa estrella fugaz que, si pestañeamos, ni siquiera la vemos. Fue todo lo que nunca supe que quería; sin embargo, una vez descubierto, ya jamás volví a desear nada tanto como a él.

—Entonces, ¿estás viuda? —pregunta Eva, curiosa y algo atropellada, impaciente por saber más, buscando el punto intermedio entre conocer más y no importunarme. Un equilibrio a veces muy complicado—. Discúlpame, pero siempre he dado por hecho que habías sido soltera toda tu vida. No sé por qué tuve ese prejuicio.

—No tan rápido, señorita —respondo, divertida—. No quieras descubrir el final antes de conocer la historia.

Ella me mira con el rostro sereno, pero emocionado.

—Déjame que lo adivine. —Saca la lengua para concentrarse mejor en su vaticinio—. Os enamorasteis como locos en aquella nevada, os casasteis, aunque los niños nunca llegaron por tu carácter independiente, no querías atarte demasiado a nada que no fuera tu negocio y tu matrimonio. El pobre murió demasiado pronto, tal vez justo antes de que yo me mudase aquí. Por eso fuiste tan amable conmigo desde el primer momento, porque necesitabas esa compañía que tal vez te faltaba. O quizá yo te recordaba a esa hija que nunca tuviste. ¿Me equivoco?

Por su expresión, sé que quiere que le dé la razón. Ella es así. Cabezota, algo tozuda. Como yo. Por eso quiero mantener el misterio un poco más, jugar mi propia partida. Pero, en el fondo, sé que no es por eso. Ha escupido sus cavilaciones con tanta crudeza que algo ha impactado contra mi coraza.

—Las cosas no siempre son tan sencillas, Eva. O al menos no siempre tienen que ser sota, caballo y rey. Blanco o negro. Izquierda o derecha. ¿Todavía no te lo ha enseñado la vida?

—Ya te lo he dicho antes. —Mantiene una sonrisa amable, buscando suavizar el efecto de su comentario anterior. Baja la mirada y, si no fuese porque sé que ella nunca miente, creería que no me está diciendo la verdad—. La vida no me ha puesto en demasiados aprietos.

Aquello me despierta una mezcla entre alivio y miedo. Me alegra de corazón saber que la vida la ha tratado bien hasta ahora. Ojalá todo el mundo pudiera decir lo mismo. Pero también sé, por mi propia experiencia, que ir en pañales no es ninguna ventaja llegados a cierto punto; al contrario, cualquier pequeña sacudida a estas alturas la dejaría tan desconcertada que le costaría más que a cualquier otro reponerse.

Me esfuerzo en desviar la conversación hacia un tema que ella odia y a mí no me interesa: las próximas elecciones autonómicas. Quiero reservar el resto de la historia y prefiero poner sobre la mesa un aburrido debate político entre vecinas que no entienden de escaños, presupuestos o disensos más que lo que la televisión quiere mostrar. Pero era eso o vaciarme por completo de mi historia con Adrien, algo para lo que todavía no estoy preparada.

Treinta minutos después, tras reposar en la terraza sendas tazas de chocolate y los siempre grasientos churros y porras, que por mucho que nos quejemos las dos sabemos que en el fondo nos gustan así, pagamos la cuenta y nos disponemos a completar la última fase de nuestra ceremonial tarde de merienda y paseo.

El Barrio de las Letras deja filtrar entre sus calles los rayos de un sol que todavía no calienta, pero sí alumbra. Tras la algarabía de la Semana Santa, la paz ha regresado a este barrio que, pese a estar en el centro de la capital, rezuma identidad propia y paz. Mucha paz. Un barrio en el que sus residentes todavía se paran a disfrutar de las pequeñas cosas, como el olor de las flores recién cortadas de la floristería El Ángel del Jardín, el buen gusto de la artesanía de La Real Fábrica o los sabores mediterráneos de Pastamascalzone, donde el acento italiano de sus dependientes baila con el recuerdo de su vecino más notorio: Miguel de Cervantes. Todos estos establecimientos han logrado sobrevivir varias décadas en pie, estoicos ante el paso del tiempo y otorgándole al barrio una identidad propia. Quien se pierde entre sus calles, nunca más desea salir de aquí.

El tono mantecoso del sol de abril hace que el paseo con Eva sea más agradable que nunca. Dos generaciones unidas por el gusto por sentirse vivas y disfrutar de las pequeñas cosas que se ocultan en cada esquina, solo perceptibles por aquellos que siguen creyendo en la magia.

No necesitamos preguntarnos adónde queremos ir. Son mis pasos, más experimentados, los que avanzan por las calles del barrio, movidos por el recuerdo de alguno de los grandes literatos de otra época ya muy lejana: Lope de Vega, Quevedo, Góngora… Fueron nuestros vecinos, aunque en un plano temporal distinto. Sus huellas también quedaron en estas calles que hoy hemos tomado prestadas nosotras.

Descendemos unos metros por la calle de las Huertas para girar en la esquina de la calle del León, una de mis preferidas. Saludo con la mano al tendero —todavía me gusta usar esta palabra—, que me sonríe desde detrás de la cristalera de Brown Bear Bakery, cuya esencia ha sabido rescatar el sabor y el aroma de una época en la que las letras le dieron nombre al barrio.

Torcemos de nuevo en la adoquinada calle de Cervantes y compruebo que todavía no ha abierto esa tiendecita italiana que tanto me gusta y donde tienen la mejor salsa de pesto genovés que he probado nunca. Aquí, curvo ligeramente la comisura de mis labios al pasar frente a la puerta de la que un día fuera casa de Miguel de Cervantes. Yo nunca fui capaz de escribir más que algunas cartas de amor de jovencita, pero todavía hoy soy una lectora empedernida y sé que los libros me han salvado muchas veces.

—¿Qué hora es? —pregunto, al llegar a la altura de la Casa Museo de Lope de Vega.

—Las siete y cuarto.

—Qué faena, ya ha cerrado —apunto señalando hacia el interior.

—Volveremos en otro momento. ¿Quieres que vayamos ya a casa? —Eva me ofrece su brazo y yo asiento, algo cansada.

El jardín que se esconde dentro de los muros de la casa de Lope de Vega es otra de las muchas joyas de nuestro barrio. Un oasis en pleno centro, inimaginable desde fuera, y que atrae a más residentes que turistas. Ventajas de ser uno de los secretos que esconde Madrid. Siempre que puedo, me gusta pasar a respirar aire fresco en sus bancos de piedra, donde parece que el tiempo se detiene.

Eva me agarra con más fuerza del brazo para bajar por la Costanilla de las Trinitarias, donde dejamos a nuestra derecha el convento que lleva el mismo nombre y en el que, dicen, reposan los restos de Miguel de Cervantes. Leyenda urbana o no, me gusta imaginar que así es. Tomamos de nuevo la calle Huertas y, a continuación, un poco antes de llegar a la mitad de la Costanilla de los Desamparados giramos en la calle que unió nuestras vidas hace ya dos años, la siempre tranquila Moratín, un reflejo perfecto de cómo es la vida en este barrio de cuestas y letras, de mañana de domingo y vermut, de balcones y almendros en flor.

Mientras subo por las escaleras, pienso que ha sido una buena tarde. Un cosquilleo me recuerda la conversación que he mantenido hace un rato con Eva, y los ojos miel de Adrien vuelven a mi memoria, de donde nunca se han ido.

En el rellano, Eva se detiene a mi lado, esperando, como siempre, a que mi cerradura se desbloquee por la proximidad de mi *smartphone* y pueda entrar en casa. Tiene una educación exquisita. Al oír el crujido metálico, pongo la mano en el pomo y empujo. Ella me mira, ya a un par de metros de distancia de mí.

—Espero que algún día me cuentes cómo termina todo.

—No lo dudes. ¿Continuamos mañana?

Me sonríe, con compasión, y yo le devuelvo el gesto con todo el cariño que guardo para ella.

Me mira, en silencio, y antes de despedirse no puede evitar que de su boca se escapen cuatro palabras que suenan a sentencia.

—No acabasteis juntos, ¿verdad?

Sonrío. Todavía no quiero desvelarle el final. Prefiero mantener el misterio de si lo nuestro es una historia con feliz final o si, por el contrario, nos dejamos perder.

—Fuimos reales. Y ese es todo el consuelo que me queda.

6

«Que yo me quedo a tu lado.Que el frío compartido mejor».

Madrid, enero de 2021

No pude evitar fruncir el ceño al mirar por el ventanal del salón. Los copos de nieve seguían cayendo, ajenos a que tras cada muro de ladrillo seguían corriendo las vidas de los que tuvimos que volver a contemplar el mundo tras el cristal. Otra vez. No parecía una gran tormenta, pero el ritmo era incesante, lo suficiente para que resguardarse en casa fuese la única opción.

Nunca había visto nevar a través de mi ventana de ese modo. A esas alturas, comenzaba a sospechar que sí que iba a ser la gran nevada de lo que llevábamos de siglo; aunque, para ser sinceros, las anteriores tampoco habían dejado el listón muy alto.

Me pregunté si a partir de entonces sería algo común ver las calles de Madrid adornadas con un velo blanco cada principio de año. Es algo bonito, casi de cuento, una estampa que Disney se ha esforzado en dejar grabada en nuestro subconsciente, igual que la leyenda de que, algún día, un príncipe azul vendrá a salvarnos. ¿Quién no recuerda la escena de esa película de bellas y bestias en el jardín, lanzándose bolas de nieve, cuando algo en su interior les grita que se han enamorado irremediablemente?

Pero nunca nos cuentan que la nieve es mucho más que eso. Cuando nieva en ciudades como Madrid, donde no es algo habitual, este fenómeno meteorológico consigue frenar nuestra prisa y que nos regalemos unos minutos para admirar, maravillados, cómo el paisaje se vuelve más amable, a pesar del frío. Abrir los ojos y mirar con el corazón. Detener los relojes. Disfrutar del aquí y del ahora.

Un ruido en la habitación en la que se había instalado provisionalmente Adrien me sacó de mi ensoñación. Sonó hueco. Y después, nada más. El más absoluto silencioso. Me asusté y acudí al otro lado de la puerta para ver si todo estaba bien. No me apetecía tener visita, pero tampoco quería que le sucediera nada malo a ese chico mientras estuviera bajo mi techo. Qué menos.

—¿Estás bien? —pregunté con timidez.

—Sí, perdona. —Una voz, que ya empezaba a resultarme familiar, me respondió desde el otro lado—. He chocado contra la cama.

Se me escapó la risa, aunque la silencié inmediatamente. No quería ofenderlo, pero los hombres patosos me resultaban muy tiernos. Tal vez porque yo tampoco era la persona más diestra del mundo, para qué engañarnos. Incluso tuve que soportar alguna que otra burla en el colegio por este motivo.

Al ver que la puerta se abría delante de mis narices, di un pequeño respingo. Adrien, con sonrisa burlona, se detuvo a escasos centímetros de mí.

—¿Te has reído?

Di un paso hacia atrás para poner algo de distancia entre nosotros y me disculpé.

—No, no, ni mucho menos. —Vacilé un segundo y, consciente de que me habían descubierto con las manos en la masa, reculé lo mejor que pude—. Bueno, sí, un poco. Pero no de ti. Quiero decir. De la situación. No es que quiera que te hagas daño, ni mucho menos.

Él seguía mirándome atentamente, con los ojos bien abiertos y esa media sonrisa de quien se está divirtiendo con una escena que para otro siempre suele ser algo ridícula. Tenía carisma, ya lo creo.

Continué mi disculpa, nerviosa, caminando de forma precipitada hacia el sofá para ahuecar los cojines.

—¿Te has hecho daño? Puedes sentarte si quieres aquí, si estás más cómodo. O si necesitas algo, no sé, yo… ¿te puedo ayudar?

Dejó unos segundos de silencio suspendidos en el aire, al mismo tiempo que yo me dejé caer en la parte derecha del sofá. A pesar de vivir sola, siempre había considerado ese mi lado. ¿Quién no tiene uno? Somos de pertenencias, necesitamos sentir que algo es nuestro: una ciudad, un espacio de la cama, una silla en la mesa de la cocina, una taza para el desayuno. Unos brazos.

—Sí, necesito algo.

Caminó hacia el sofá y se sentó junto a mí. Yo me levanté, dispuesta a ir a por lo que necesitara, pero me cogió del brazo y tiró de mí con la suavidad con la que se tocan dos desconocidos, casi con pudor, para que volviera a mi sitio.

—Necesito que te calmes.

Aquel fue el primer contacto de nuestra piel. Fue uno de esos momentos que, a pesar de que cuando los estás viviendo te parecen insignificantes, con el paso de los años se quedan grabados a fuego en tu memoria. Uno de esos instantes que provocan una reacción en cada uno de nuestros poros, que nos sacuden como un terremoto silencioso, que nos llevan en volandas hacia la siguiente parada de nuestro tren. Sí, todo por un roce. Ya ves. Pero no por un roce cualquiera. Es el roce de alguien que quedará ligado a nuestra historia, a nuestro recuerdo, a nuestro destino. Aunque todavía no lo sepamos.

Y es que no estamos hechos de células. Estamos hechos de historias, de momentos, de sensaciones. De esos instantes en los que todo cambia, aunque no sepamos reconocerlos cuando están sucediendo. Cierra los ojos y trata de revivir cuándo te sucedió eso. Seguro que lo recuerdas.

—Estoy bien —me dijo con un tono tranquilizador, apartando su mano de mi brazo.

Fueron los treinta segundos más incómodos de mi vida. Estaba sentada en el sofá con un desconocido y parecía como si las palabras no encontrasen el camino de salida. Menos mal que él, ya desde ese primer momento, demostró ser mucho más dicharachero que yo.

—Pues parece que sí va a nevar. Y bien fuerte.

Buen tema para romper el hielo.

—¿Tú crees?

Mis ojos, repletos de curiosidad, lo miraron fijamente. Aguanté dos segundos; al tercero no pude continuar sosteniendo la mirada y la aparté. Él pareció no darse cuenta y continuó hablando.

—Confía en mí, sé bastante más de nieve que los que vivís en países mediterráneos y estáis más acostumbrados al sol. Mi madre es española y mi padre alemán. Vivimos aquí hasta que cumplí seis años y no recuerdo una nevada así.

—¡Vaya! Ahora entiendo por qué hablas perfectamente castellano. Y el acento es casi imperceptible.

—Eso es porque mi madre siempre me ha hablado en castellano.

—Y ¿qué decías respecto a la nieve?

—Pues que comienza despacio, como si no quisiera despertar la atención de nadie, pero es obvio que no consigue su objetivo. Por muy acostumbrado que estés a ver nevar cada año, la caída de los primeros copos siempre es un motivo de celebración. Ya sabes, el encanto de lo efímero.

—El encanto de lo efímero… —repetí—. ¿Y qué sucede después?

—A veces se queda solo en un aviso, un fino velo blanco que apenas adorna los tejados de la ciudad durante unas horas y después desaparece sin dejar rastro. Pero otras, ¡vaya si cae con ganas! Los colegios cierran, el ritmo de los latidos de la ciudad se hace más lento. La gente es más feliz.

Me quedé pensando en lo que acababa de oír.

—¿Cómo es posible que la gente sea más feliz solo por el hecho de que nieve en la ciudad?

—Ya lo verás mañana. Si Madrid amanece cubierta por la nieve, y tiene toda la pinta de que será así, la gente se volverá loca de felicidad. No sé si en Laponia será igual, pero en ciudades como Madrid, o incluso en Berlín, sabemos que las nevadas conforme vienen, se van. Y eso es precisamente lo que hace que, aunque solo sea durante un ratito, seamos capaces de aparcar nuestra rutina y dedicarnos, simplemente, a disfrutar como cuando éramos niños.

Imaginé una estampa idílica en la que unos niños se tiraban en trineo por la calle Huertas, mientras un grupo de adultos tomaba el asfalto invisible en el Paseo del Prado y lo convertía en una exposición de muñecos de nieve. Tal vez alguien sacaría su tabla de esquiar y se dejaría caer por las cuestas que rodean la Gran Vía. Me reí ante la absurda realidad que mi mente había dibujado. Eso nunca sucedería.

—¿Y por qué crees que es así? —Intentaba ser amable y seguir el hilo de su discurso emocionado.

—Cuando sabemos que algo no va a durar mucho, lo disfrutamos más. Como los amores de verano.

Me miró fijamente, mientras se acomodaba en el sofá. Aproveché el movimiento para levantarme e ir a la cocina a comprobar si las tuberías seguían crujiendo. Afirmativo. Justo lo último que necesitaba, quedarme sin agua con un desconocido en casa. Por lo menos era

amable y tenía buena conversación.

Miré a Adrien de soslayo y le vi una sonrisa curiosa. Se levantó y se apoyó en la mesa de la cocina.

—Porque has vivido alguna vez un amor de verdad, ¿cierto? ¿Sabes de lo que te hablo?

Mi cuerpo se tensó. No me gustaba compartir mis intimidades ni siquiera con mis amigos, mucho menos iba a hacerlo con él.

—No voy a hablar contigo de mi vida sentimental.

—Bueno, nos quedan muchas horas encerrados aquí. —Se encogió de hombros, como si a él no le importara lo más mínimo esa situación. Parecía como si nadie lo esperara en casa—. Tarde o temprano sabremos más el uno del otro que lo que pueden saber nuestros vecinos.

—Te recuerdo —dije con un cierto aire chulesco— que hace cinco minutos ni siquiera quería que salieras de la habitación. Y ahora no paras de hablar y de intentar que te cuente mi vida. Solo intentaba ser amable porque pensé que te habías hecho daño. ¿Qué crees que ha podido cambiar?

Sus pupilas se clavaron en las mías.

—Ha cambiado tu forma de mirarme.

7

«Podría contarte con todo lujo de detalles en qué momento, en qué lugar, qué persona me cambió la vida».

Madrid, enero de 2021

Su actitud me pareció un poco insolente pero, en el fondo, sabía que llevaba toda la razón. Aquel desconocido me llamaba la atención, para qué negarlo. Adrien brillaba de un modo especial. Tenía magia en el rostro, en las manos, en su forma de caminar.

No le hacía falta medir dos metros o ser un adonis para destacar. Lo suyo iba por otros derroteros. Tenía encanto. Ese encanto que hace que te quedes enganchado a ciertas personas de manera incondicional.

Una parte de mí quería echarlo a patadas de casa para recuperar la paz de mi hogar, de mi lugar seguro; la otra deseaba sentarse frente a él con una taza de café y descubrir cada resquicio de su interior, cada una de las luces que lo componían y también sus sombras.

—Voy a la habitación a deshacer la maleta y a descansar un rato. Si quieres algo, avísame.

Necesitaba pensar, poner en orden las ideas y tener un rato para mí misma. Estaba demasiado acostumbrada a la soledad y la presencia de otra persona en mi espacio privado me tenía algo desconcertada.

—Lo siento… ¿Te ha molestado lo que te he dicho?

Su tono sonó mucho más prudente. Me apresuré a tranquilizarlo.

—¡No! Para nada, de verdad que no. —Vi en sus ojos que no se quedaba muy conforme con mi respuesta—. Te lo prometo. Necesito descansar, estoy agotada del viaje. Solo es eso.

—De acuerdo.

—Tú… Tú… —Hice un gesto ambiguo con la mano, que ni yo misma supe qué significaba. Estaba algo nerviosa, todavía no sabía cómo gestionar su presencia—. Bueno, puedes quedarte en el salón viendo la tele. O descansar en tu cuarto. O darte una ducha. O lo que quieras. Como si fuera tu casa.

—Gracias. Iré a la habitación a descansar yo también.

Asentí con la cabeza y me apresuré a refugiarme en mi dormitorio. Las persianas todavía estaban bajadas a la mitad, tal y como las había dejado antes de irme de viaje. Me quedaba la fuerza justa para tirarme en la cama, sin ni siquiera desvestirme, y decirme en voz alta:

—Agárrate, Alicia, esta nevada va a ser muy larga.

8

«Que nevara fue un milagro. Que te encontrase, lo fue todavía más».

Madrid, enero de 2021

Desperté tres horas después de la que posiblemente ha sido la siesta más larga de toda mi vida. No soy yo muy amiga de eso de dormir entre horas, pero el cansancio del viaje, unido al torbellino de emociones que había provocado la presencia de aquel desconocido en mi piso, hicieron que mi cuerpo se diera por vencido.

Ni siquiera me había cambiado de ropa. Qué desastre. Aproveché aquel momento de soledad para deshacer la maleta y ponerme algo más abrigado. Tenía la calefacción de casa en marcha, pero mi intención era salir a comprar algo de comida para llenar la nevera, que había dejado vacía antes de irme de vacaciones. No me hizo falta abrir la ventana para averiguar que en la calle debía de hacer mucho frío. Los copos de nieve seguían cayendo despacio, pero incesantes. Las malas previsiones se confirmaban.

Oí como la puerta de casa se cerraba y deseé para mis adentros que, al salir de nuevo al salón, todo estuviera envuelto en ese silencio que siempre reinaba en casa. Tal vez una nota encima de la mesa, en la que Adrien me indicara que lo había pensado mejor y que se iba a dormir a otro lugar. Me sentí algo culpable, parecía buena persona, pero, aun a riesgo de parecer un poco egoísta, no me apetecía seguir jugando a los hoteles con aquel desconocido.

Guardé la maleta en la parte superior del armario y mi estómago rugió furioso. Había olvidado comer. Abandoné mi dormitorio y todas mis ilusiones se esfumaron en un segundo.

—¿Qué haces? —Adrien, de espaldas a mí, se movía por la cocina como si fuera su casa de toda la vida—. Ho… ¿hola?

No hubo respuesta. Le toqué la espalda. Cuando se giró vi el motivo por el cual me estaba ignorando.

—¡Perdona! Estaba escuchando música con los auriculares para no molestarte. ¿Has dormido bien?

Había algo extraño en su forma de dirigirse a mí. Tal vez era que

hacía tiempo que nadie me preguntaba si había dormido bien.

Le pregunté, de la manera más amable que pude, qué narices estaba pasando ahí, por qué mi cocina de repente parecía un set de Masterchef.

—Oh, nada, he salido a comprar unas cosillas para agradecerte que me hayas dejado quedarme aquí. Y para coger provisiones para la nevada, ya sabes. Mejor prevenir que curar. No sabemos cuánto va a durar.

Puse los ojos en blanco mientras él seguía colocando las compras. Intenté no fijarme mucho, su intención era buena pero no estaba dando ni una con el lugar en el que debía ir cada cosa.

—He consultado la previsión del tiempo y el domingo ya no nevará. Así que, como mucho, nos queda un día y medio. Y, además, vivimos en el centro de Madrid, podremos salir a comprar comida en cualquier momento. Hay varios supermercados por la zona. No son muy grandes, pero nos apañaremos —añadí, resolutiva.

—Cómo se nota que no has vivido ninguna nevada. Créeme que si cae tan fuerte como dicen, la mayoría de las tiendas estarán cerradas. Los empleados no podrán venir a abrir, los proveedores no podrán reponer el género… Y que deje de nevar el domingo no significa que la vida vuelva a la normalidad. Quedará el hielo y, hazme caso, es casi peor que la nieve.

—Siempre nos quedará Amazon.

—¿Con estas calles tan estrechas? —Movió la cabeza de un lado a otro —. Ni lo sueñes, no podrán repartir en unos días.

—Uber Eats, entonces —sentencié satisfecha—. Van en bicicleta eléctrica. Tocado y hundido.

—Esta noche miramos la aplicación y me cuentas si dan servicio.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo. ¿Cómo iba a convertirse Madrid en una ciudad fantasma de la noche a la mañana? Adrien pareció darse cuenta de mi temor y, cuando terminó de colocar la compra, se lavó las manos en el fregadero y vino hacia mí enérgico, lleno de vida e ilusión.

—Venga, lo pasaremos bien, no te preocupes. Ahora nos vamos a ir a dar una vuelta y para esta noche he comprado *guanciale*, huevos y

queso. ¿Te gusta la pasta carbonara?

—¿La que lleva nata?

—No, la original. Me queda de vicio. He pasado por una tienda de productos italianos que he visto cerca de aquí para comprar los ingredientes. Llevo toda la Navidad alimentándome casi exclusivamente de sus productos y de los de otro establecimiento que descubrí por la zona de Ópera. Me encantan. También he comprado vino.

Señaló hacia la nevera donde, aunque no pude verla porque la puerta estaba cerrada, dentro reposaba una botella de un exquisito vino blanco al que podríamos echarle la culpa de todo.

—Ponte el abrigo. Quiero ver el barrio a través de tus ojos.

Ni siquiera sé cómo sucedió. Tal vez seguía aturdida por el exceso de horas de sueño a destiempo. O quizá mi mente entró en estado de hibernación y fueron mi corazón y mis piernas los que tomaron el control de la situación. Solo sé que de repente me vi en el cruce de la calle de las Huertas con la calle de la Berenjena, en medio de un paisaje invernal como nunca había visto, con un desconocido alemán abrigado hasta las cejas y del que apenas se veía su sonrisa permanente y sus ojos rebosantes de curiosidad.

Adrien era simpático como hacía tiempo que no conocía a nadie. Y yo, algo antisocial por naturaleza, un poco apática y friolera hasta la médula, me había dejado llevar, como si la realidad no fuese conmigo y solo pudiese ver la escena desde fuera, en una dimensión paralela en la que mi cuerpo no me pertenecía. Cuando recobré, por fin, el sentido de la realidad ya me encontraba subiendo la calle de las Huertas. Todos los bares estaban cerrados, a excepción de El Diario, pero el camarero ya había apagado las luces.

Adrien rompió el encanto de aquella escena preapocalíptica.

—Mi hermana me acaba de reenviar un tuit. ¿Quién es Almeida y por qué se empeña en darme la razón?

—El alcalde de Madrid. ¿Qué ocurre?

—Mira esto.

Me ofreció su móvil para que pudiera leer el contenido del mensaje.

URGENTE. ALERTA ROJA POR TEMPORAL DE NIEVE. Es importante que no se salga a la calle desde esta tarde. La situación en las calles no es buena. (Twitter, 8 de enero de 2021, a las 5:45 p.m.).

—¡Joder! —exclamé, al ver que apenas habían pasado diez minutos desde que se había publicado el tuit—. ¿Regresamos?

Adrien torció el gesto y miró al cielo. Comenzaba a caer con más fuerza. Hasta yo, escéptica por naturaleza, comenzaba a pensar que tal vez sí, tal vez la vida me había preparado un encuentro con un desconocido, aislados en una tormenta perfecta.

—Será lo mejor. Siento haberte hecho salir de casa para recorrer apenas doscientos metros, pero puede ser peligroso estar en la calle.

Me ofreció su brazo y me agarré a él, casi por impulso. Las calles resbalaban, la nieve empezaba a cuajar. Vio mi rostro a medio camino entre la decepción y el temor y, con esa sonrisa que a esas alturas ya no podía dejar de mirar, trató de animarme diciendo algo que nunca, pasaran los años que pasaran, podría olvidar.

—¿Vamos? Te debo una carbonara. Cuidado, que enamoran.

9

«Diré que fuiste tú, que tu mano buscó la mía, que tus brazos encajaron en mi cuerpo, que me robaste el corazón. Diré que fuiste tú. Pero los dos sabremos que en realidad fui yo».

Madrid, enero de 2021

Mientras Madrid entero se refugiaba en su casa, esta vez no para sobrevivir al enemigo invisible, sino para protegerse del manto blanco que prácticamente sepultaría la ciudad ese día, yo ya había activado el contador de las horas que marcarían el resto de mi existencia. Solo que no lo sabía.

Suele ocurrir así. Planeamos hasta el último detalle de los que supuestamente son los días más importantes de nuestra vida: el primer día de universidad, la graduación, el día de nuestra boda o los cumpleaños de nuestros seres queridos, también los aniversarios y las fiestas señaladas en el calendario. Pero no nos damos cuenta de que los momentos que marcan nuestra existencia son aquellos que no sabemos que van a ocurrir. El primer cruce de miradas con la persona que nos robará el corazón. Ese conocido que algún día pasará a ser parte de la familia que elegimos. Las decisiones que parecen nimias y que condicionan toda una vida. A veces, no somos capaces de reconocer esos momentos mientras suceden. Porque tiene que pasar mucho tiempo, que la vida nos coloque en nuestro camino, para que echemos la vista atrás y nos demos cuenta de que justo ahí, en ese instante y en ese lugar, nuestro destino cambió para siempre.

Algo similar me sucedió a mí aquellos días de un mes de enero que se antojaba cuesta arriba. Lo que parecía que iban a ser un par de días incómodos con un desconocido, terminó siendo el principio del resto de mi vida. Ese momento feliz al que siempre querría regresar.

Después del precipitado paseo por el barrio, entré en casa con desgana. Y con frío. Mucho frío.

—¡Un grado bajo cero! —exclamé al comprobar la temperatura en el termostato. Era algo excepcional.

Adrien me miró sonriente.

—¿No te gusta el frío?

—Lo odio, lo llevo fatal.

—Pues lamento decirte que para la semana que viene dan una previsión de diez grados bajo cero.

Lo miré pensando que se estaba riendo de mí, pero me tendió su móvil y vi la previsión meteorológica.

—Es increíble. Nos vamos a convertir en pingüinos del Polo Norte.

—Imposible, no hay pingüinos en el Polo Norte.

Adrien recuperó su móvil y se dirigió al baño a lavarse las manos, mientras me explicaba, casi a gritos y campando por la casa a sus anchas, dónde estaba mi error.

—En el Polo Norte viven los osos polares; en el Polo Sur, los pingüinos. Y te aseguro que con esta temperatura irían en chanclas y bañador… Si usaran ropa, claro.

Adrien vio mi cara de estupefacción cuando salió del baño y se apresuró a aclararme de dónde venían sus conocimientos sobre la fauna ártica y antártica.

—Soy profesor. Este es el tipo de curiosidades que no valen para nada, pero que les encanta a los niños.

El sonido de mi teléfono me salvó de una conversación que cada vez me parecía más surrealista. Era Fer.

—Voy un momento a la habitación. —Señalé la pantalla de mi móvil para no desaparecer de un modo descortés, aunque era algo que por aquel entonces todavía seguía apeteciéndome mucho.

—Claro. Yo me quedo en el salón, si no te importa.

Asentí y entré con prisa en mi dormitorio. Fer parecía nervioso. Decía algo de carreteras cortadas, coches atrapados en la nieve y servicios de transporte público suspendidos. Muchas empresas habían pedido a sus empleados que no fueran a trabajar al día siguiente.

—Es el fin del mundo, Ali. —Tenía ese tono dramático que tanta gracia me hacía.

—¿Sabías que en el Polo Norte no hay pingüinos?

Hubo un silencio al otro lado de la línea, seguido de un ligero

carraspeo.

—Ali… ¿Has esnifado nieve?

—¿Qué?

—Que si has esnifado nieve y se te ha congelado el cerebro. Pero ¿se puede saber qué te pasa? ¡Yo qué sé si hay pingüinos en el Polo Norte o en Vallecas! No sé ni cómo se llaman los pájaros que veo por la ventana de mi casa.

—Nada… No… No es nada. No me hagas caso. Solo estoy un poco cansada del viaje.

—Bueno, pues eso… —continuó con su alegato. Esta vez le puse más atención a lo que me decía para poder mantenerme coherente—. Que no voy a ir a Madrid hasta que esto pase, así que, sintiéndolo mucho, cancelamos nuestra comida de mañana. No salgas de casa si no es imprescindible, ¿vale? Se va a liar bien gorda. Ten mucho cuidado, que estás sola y si te pasa algo yo no estoy ahí para ayudarte.

—No estoy sola.

—¿Cómo que no estás sola? ¿Con quién estás?

—Estoy con… Bueno… —dudé. Conocía a Fer y no sabía si era buena idea hablarle de mi compañero de nevada. Finalmente, confesé—: Estoy con Adrien.

—Adrien… Adrien… No me suena, cariño… Adrien…

Pasaron apenas dos segundos antes de que un chillido al otro lado de la línea me obligara a apartarme el teléfono de la oreja.

—¡Hija de tu madre, ya sé quién es! ¡El holandés!

—Alemán.

—Eso. Da igual. ¿Qué hace ahí todavía? ¿Y tu norma de no cruzarte nunca con tus inquilinos?

—Le han cancelado el vuelo por la tormenta y no puede volver a su país. Me ha pedido quedarse en casa hasta que se pueda ir y bueno… Me ha dado pena… Oye, tengo que dejarte. Voy a darme una ducha, a ver si se acaba por fin este día.

Hubo un silencio al otro lado de la línea, de esos que siempre

advierten que lo que se va a decir va a dejar un peso mucho más grande de lo que significan las propias palabras.

—Ten cuidado, Alicia.

—Tranquilo, no parece ningún psicópata.

—No me refiero a eso.

Colgó y me quedé mirando la pantalla del móvil. Fer era muy alegre, abierto y sociable, pero protegía su corazón con el mayor celo del mundo. No dejaba que entrase el odio, pero tampoco el amor. Lo regaló una vez y se lo rompieron. Desde entonces, vivía con intensidad de huesos para afuera, pero en su interior había una doble cerradura.

Tal vez fue el tono de mi voz lo que le hizo sospechar que Adrien estaba empezando a derribar mis muros, porque Fer no vio cómo se me erizaba el vello de los brazos y se me dibujaba una sonrisa en los labios al pronunciar su nombre por primera vez.

No lograba entender a qué se refería mi amigo con lo de tener cuidado. Me sentía a salvo, refugiada en la seguridad de mi hogar, con un hombre que no parecía tener malas intenciones. Y no podía estar refiriéndose al amor, porque si a mis treinta y siete años no me había enamorado nunca, no lo iba a hacer ahora, precisamente, cuando ahí afuera el mundo se congelaba. ¿O tal vez sí?

10

«No tengas miedo a la vida. Ten miedo a no vivir».

Madrid, enero de 2021

El agua caliente deslizándose por mi cuerpo me sirvió para recuperar en cinco minutos la paz que había perdido en un día. Bajo la ducha olvidé la temperatura del exterior, el confinamiento impuesto por la nieve, incluso olvidé por un instante a Adrien. Pero su recuerdo no tardó en volver, cuando, al pasar por la cocina para meter la ropa en la lavadora, oí su voz al otro lado de la puerta de su habitación, parecía nervioso.

Debía de estar al teléfono. No quise entrometerme en su intimidad, lo prometo, no era mi intención; pero, sin pretenderlo, me vi a mí misma reordenando unos libros que no necesitaban que nadie los tocase en la estantería que había junto a su puerta.

Hablaba en alemán. No podía entenderlo y eso me alteraba a mí también. Negué con la cabeza, intentando ser razonable y dejar de espiar a mi inquilino. Fuese lo que fuese, no me incumbía.

No me dio tiempo a alejarme de su puerta cuando se abrió de golpe. Adrien me contempló con el rostro serio, y yo no pude hacer otra cosa que apartarme de su trayectoria para permitirle el paso. Me sentía ridícula, pero no podía pedirle perdón, porque me delataría a mí misma. Yo solo estaba colocando unos libros…

Lo vi dirigirse hacia la cocina, donde se sirvió un vaso de agua. Se despojó de los auriculares y los tiró con desdén sobre la encimera. Estaba enfadado. Comencé a sentirme mal. Me quedé quieta en el otro extremo del salón, observándolo discretamente con el rabillo del ojo.

—¿Estás bien? —logré preguntar.

Adrien permaneció unos segundos más de espaldas a mí, agarrado a la encimera, como si fuera a caerse de un momento a otro.

—Sí… Perdona… —Se deslizó una mano por el cabello—. Es que a veces cuesta saber cómo vivir la vida. La mía. La de los demás. Lo estoy haciendo todo mal. Lo que parece un acierto, en realidad es un error… En fin…

No intervine. Dejé unos segundos suspendidos en el aire. Parecía que necesitaba desahogarse sin que nadie lo interrumpiera, sin intentos de animar y sin juicios de valor.

Tal y como esperaba, acabó dándose la vuelta y, abriendo bien sus enormes ojos miel, me preguntó:

—¿Has oído algo?

Sonreí, avergonzada. No tenía ningún sentido admitir que no estaba lo suficientemente cerca como para oír lo que estaba sucediendo al otro lado de la puerta.

—Sí. Pero no he entendido nada.

Adrien esbozó una ligera sonrisa.

—Comprendo. Ni una palabra de alemán, ¿verdad?

—¿Sirven *hallo*, *ja* o *nein*? En caso contrario, no. Ni una palabra. —Di unos pasos para acercarme a él.

—«Hola», «sí» y «no». Buen comienzo. Pero no, no sirven. Me alegra que no hayas entendido nada.

Un pequeño gesto de decepción apareció en mi rostro.

—Claro. No tengo que meterme en tu vida.

—No quería decir eso…

—No, no, de verdad, no hay ningún problema. Disculpa si te he incomodado, no pretendía entrometerme. Estos libros… —Señalé hacia una estantería pulcramente ordenada siguiendo el orden del apellido de su autor—. Bueno, necesitaban un repaso. A veces no tengo paciencia y si se me cruza algo que hacer por la cabeza, ya sabes, tengo que hacerlo ya.

—Ya… Seguro que a esos libros les hacía falta un poco de orden —respondió burlón.

Pillada. Volví a sonrojarme y me senté en el sofá con el primer libro que acerté a agarrar. *Primavera con una esquina rota*, de Mario Benedetti.

—¿Quieres una cerveza? —me preguntó desde la cocina, alzando un botellín que acababa de sacar de la nevera.

—Vale.

No solía beber cerveza. De hecho, nunca tenía en casa. Esos botellines debía de haberlos traído él. Pero quise firmar la pipa de la paz a su manera. Y no quería causar ningún conflicto entre naciones rechazándole una cerveza a un alemán.

Adrien se acercó con los dos botellines en la mano. Me ofreció uno y, chocando la base contra la suya, lo levantó en señal de brindis:

—Por nosotros. Y por la nevada que nos ha unido.

Lo acompañé en el brindis y bebí un trago pequeño. Demasiado fuerte para mí.

Permanecimos unos segundos en silencio, tan cerca que nuestras rodillas casi se rozaban. La química entre nosotros se hizo mucho más evidente, aunque yo todavía me negara a reconocerlo. Nunca había creído en los flechazos. Adrien era solo un desconocido que cada segundo que pasaba conmigo me parecía más atractivo… Y yo… Yo solo era una mujer que no creía en príncipes azules ni en nada que me pudiera apartar del camino que había decidido para mí misma.

Si una mirada vale más que mil palabras, un silencio compartido vale más que un millón. Podríamos haber matado el tiempo charlando de cualquier tema trivial; el meteorológico, lo teníamos fácil. Pero, en lugar de eso, compartimos un rato de sofá y de nieve, de silencio y de calma. Porque a veces todo lo que necesitamos es a alguien que nos aporte paz en medio de la peor tormenta de nuestra vida.

11

«Y tal vez ese fue mi error: sentir que Madrid nos pertenecía. Jugamos a parar el tiempo en un reloj que siempre fue ajeno. Soñamos despiertos, vivimos en sueños, esos que terminamos repartiéndonos. Nos equivocamos de ecuación y, ya sabes, al final, la vida nos venció».

Madrid, abril de 2056

Decía una canción de la época en la que conocí a Adrien que «huir fue versión de cobarde». Todavía hoy sigo escuchándola, y la voz de Sofía Ellar me devuelve a aquellos días felices como si se tratara de una máquina del tiempo.

A decir verdad, hoy no sabría decidir quién es más cobarde, si el que se marcha o el que se queda. El que sigue caminando o el que detiene sus pasos como si así pudiese controlar las manecillas del reloj. No te engañes: eso nunca lo conseguirás. El tiempo siempre avanza, implacable, como si no le importaran tus decisiones. Parece que tiene prisa, ya ves. Es como el reflejo de ese joven del metro que te empuja con cara de pocos amigos, que te pregunta si bajas o no pero quiere que te apartes. Que te pires, tronco, que aquí en medio, sin saber adónde ir, no pintas nada.

He pasado toda mi vida pensando que el cobarde de nuestra historia fue Adrien, pero a estas alturas ya dudo si no fui yo quien se convirtió en lo que llevo toda la vida despreciando. Quizá yo tampoco fui valiente.

Recordar aquella primera noche que pasamos juntos en mi piso de la calle de Moratín, cuando las ventanas se teñían de blanco con los primeros compases de Filomena, todavía provoca que me tiemblen los labios. Soy incapaz de contar la historia completa sin que se me encoja el corazón.

Eva lo nota y aprovecha el descanso de mi narración para mirar al horizonte a través de aquella ventana que, treinta y cinco años atrás, nosotros también tuvimos frente a nuestros ojos. Parece que todo sigue igual, que el tiempo no ha pasado por mi querido Barrio de las Letras. Pero eso no es así. Incluso aquí, en este oasis en pleno centro de Madrid que lucha cada día por mantener la esencia que tuvo en el siglo XVII, cuando vivió su época dorada. Aquí el tiempo tampoco ha

pasado en balde.

—Lo siento.

Rompo el silencio disculpándome ante Eva por mi actitud de chiquilla de quince años que apenas está descubriendo el amor. Yo nunca fui una romántica. O, al menos, no hasta que conocí a Adrien.

Eva me sonríe cómplice. Si no llega a ser porque tengo los ojos vidriosos, me daría cuenta de que en su mirada también se oculta una lágrima.

Desde que comencé mi relato, Eva viene cada día a casa. A veces por la mañana; otras, por la tarde. Lo que le permita su turno en el hospital. Incluso un día vino ojerosa, a primera hora de la mañana, tras una guardia, con más cansancio que esperanza, pero con el deseo de no faltar a su cita y de que terminase de contarle de una vez por todas mi historia. Pobrecita mía, no sabe todo lo que nos queda aún por delante…

—¿Sabes, Alicia? No te imaginaba tan enamoradiza. Siempre me has parecido una tipa dura, con todos mis respetos.

—¿Enamoradiza yo? Tenía treinta y siete años cuando conocí a Adrien y te prometo por lo más sagrado que jamás me había pasado nada parecido.

Hago una pausa para tratar de poner en orden mis pensamientos.

—Me avergüenza hasta explicarlo, pero, aunque en ese momento no me diera cuenta, ahora, cuando echo la vista atrás, estoy convencida de que me enamoré de Adrien desde el primer momento en que lo vi, desde el instante en que abrí la puerta de mi casa y sus ojos vinieron a saludarme. Aquello me cambió la vida para siempre.

—Se me ponen los pelos de punta… Supongo que fue correspondido… Aunque algo me dice que si estás tardando tanto en contarme esta historia y si lo estás haciendo con tanto lujo de detalles es porque no es una historia de amor convencional.

Tomo aire y dejo que sea mi corazón el que responda. Él sabe la verdad mejor que nadie.

—Estás en lo cierto. No es una historia de amor convencional. Todavía me cuesta creer que sucedió, que nos quisimos tanto a pesar del corto espacio de tiempo que compartimos.

—Quizá fue la magia de la nieve. El hechizo de Filomena.

Me río, yo también lo he pensado alguna vez.

—Quizá…

Me levanto como puedo y voy a la cocina a servir un poco más de leche. Eva me observa desde el salón, sin apartar los ojos de mí. Diría que siente algo de compasión por esta anciana que vive de recuerdos, pero me parece percibir algo más, no sé muy bien qué es.

Cuando regreso, deja escapar de sus labios una pregunta que me hace recapacitar de nuevo. Es como si me volviera a poner en la piel que aquella joven que todavía no sabía a lo que se estaba enfrentando, de aquella Alicia del año 2021 que atesoró en unos días más amor del que la vida le había regalado nunca.

—Fue en ese instante cuando te diste cuenta de que te estabas enamorando de Adrien, ¿verdad?

Su voz suena pausada, tranquila, casi en un susurro.

—Sí… Fue justo en ese momento. Sentados en ese sofá, sentí un remolino de emociones en mi interior. Me preocupaba por quien hasta hacía apenas unas horas era un completo desconocido. Quería saber qué le sucedía, por qué había perdido la sonrisa tras esa llamada. Quería conocerlo, ayudarlo. Pero también fue en ese momento cuando me di cuenta de que no se necesita mucho tiempo para enamorarse de alguien, porque a veces el amor va más allá de la lógica y es cuestión de piel. Es más un asunto de almas, aunque yo nunca había creído en eso.

—¿Y qué hiciste?

—¿Yo? Nada. Tenía que poner en orden mis pensamientos. Quise pensar que era solo un capricho, porque, aquí, entre nosotras, Adrien era la viva imagen del hombre perfecto que siempre tuve en la cabeza.

Eva se ruboriza.

—Vamos, niña, no me vengas ahora con vergüenzas. Sabes bien de lo que te hablo.

—Alicia, no quiero detalles morbosos ni demasiado íntimos de tu historia, ¿de acuerdo?

Me río como hace tiempo que no lo hago. Seguro que hasta Lola, la vecina pirada del primero, ha oído mi carcajada.

—Tranquila, querida, no entraría en esos detalles ni contigo ni con nadie. Eso queda para Adrien y para mí. —Hago una pausa, tratando de recordar por dónde íbamos—. Como te decía, en ese momento descubrí que me estaba enamorando. Sé que muchas personas piensan que no te puedes enamorar de alguien en dos horas, yo era una de ellas… Y ya ves, me tuve que tragar una a una todas mis palabras.

No miento. Nunca he sido una persona enamoradiza. Había tenido mis historias, mis compañías, como todo el mundo, pero hasta entonces pensaba que el amor idealizado de las películas y las novelas románticas sencillamente no existía. Creo que es algo que nos sucede a todos hasta que llega ese huracán que nos hace darnos cuenta de que no es así, de que, a veces, la ficción se queda corta.

Todavía hoy, treinta cinco años después, puedo volver a aquel instante en el que todo empezó. Solo tengo que cerrar los ojos y ahí está, el recuerdo de la mirada más limpia que he visto nunca, observándome desde el otro lado del sofá, regalándome la capacidad de amar.

12

«Veo tus cartas y subo la apuesta: tú no te quedas y yo no me enamoro».

Madrid, enero de 2021

Adrien pareció olvidarse de aquella llamada cuando me preguntó si quería que empezase a hacer la cena. Me generaba algo de culpa que cocinara para mí mientras yo no hacía nada de provecho, pero cuando se lo expresé, él me dio una razón más que convincente:

—Lo mínimo que puedo hacer para agradecerte que me hayas acogido en tu casa es prepararte tu próximo plato favorito: apuesto mi maleta, lo único que tengo ahora mismo, a que nunca has probado una carbonara como esta. —Me guiñó un ojo—. Disfruta, no intentes controlarlo siempre todo.

Aquella frase me dejó algo pensativa. Parecía conocerme mejor que yo. ¿Controlarlo todo? Bueno… Tal vez… Solo a veces… Pero eso tampoco tenía por qué ser un problema.

Puse las noticias de fondo mientras tomaba asiento en la mesa alta que dividía la zona de la cocina del salón. Daba igual la cadena; en todas aparecía el mismo escenario: Madrid comenzaba a estar sepultada por la nieve, una imagen que parecía sacada de una película. Nunca hubiésemos imaginado una estampa así, pero a esas alturas y con lo que habíamos vivido en los últimos once meses, ya poca capacidad de asombro nos quedaba.

El periodista anunciaba que había cientos de vehículos atrapados en la M-30, que algunas personas habían tomado la decisión de abandonarlos y tratar de llegar a pie a sus hogares antes de que la tormenta empeorase. Adrien señaló hacia el televisor con una mano, mientras con la otra sujetaba un par de huevos y movió la cabeza.

—Ya te lo dije —afirmó rotundo mientras separaba en un cuenco las claras de las yemas.

Me recorrió un escalofrío al ver el desolador panorama.

—Año de nieves, año de bienes.

—¿Cómo?

—Es un refrán español. Quiere decir que cuando nieva mucho en un lugar, significa que ese año será favorable para las cosechas. Lo que se traduce en abundancia económica.

—Muy bonito, este no lo conocía. Creo que no hay nada que exprese algo parecido en alemán.

Adrien volvió a darme la espalda para seguir con la receta. La televisión dejó de tener interés. Me quedé mirando embelesada cómo preparaba la cena. El borboteo de la pasta en el agua, su delicadeza al cortar el *guanciale* en trocitos, la montaña de queso parmesano rallado que ya esperaba en la encimera, las yemas de huevo de un intenso color anaranjado…

Y en aquella escena, en esa noche de frío en la calle y calor en el salón, de cena para dos, de vino y de voces de fondo en un televisor al que nadie prestaba atención, me di cuenta de que, por primera vez en mi vida, era justo eso lo que deseaba. Quise que esa escena se repitiera cada noche. Quise el calor de un hogar. Quise que Adrien no fuese un ave de paso.

Me sumí en mis pensamientos y ni siquiera fui consciente de cuánto tiempo pasé mirando a Adrien sin verlo, como quien busca el infinito en el horizonte y termina perdiéndose en la inmensidad del mar.

En mi mente se libraba una lucha de gigantes. Nunca había tenido nada parecido y tal vez por esa razón nunca lo deseé. Había tenido citas, muchas, pero jamás sentí esa necesidad de querer parar el tiempo, de hacer eterno un instante. Al final, iba a llevar razón mi abuela cuando decía que los momentos que más recordaremos el resto de nuestra vida son los que, *a priori*, parecen más insignificantes.

El sonido del temporizador de la cocina me sacó de mis pensamientos, y me devolvió a una realidad que me reconfortaba y me daba paz a partes iguales. Adrien me preguntó por el colador y yo me levanté, solícita, para dárselo; aquello dio comienzo a un improvisado baile en la cocina, en el que, mientras él ligaba las yemas de los huevos con el queso y el agua de cocción para hacer la salsa, yo ponía la mesa y descorchaba el vino.

Tras servir los platos, Adrien me preguntó si tenía velas. Me dio vergüenza admitir que el fuego siempre me había dado un poco de miedo, incluso el de las cerillas, y que por eso no tenía. En su lugar, le ofrecí un paquete de velas LED, que él recibió con el mismo agrado.

Las repartió entre la cocina y el salón, apagó la tele y las luces y me hizo un gesto con la mano para que me sentase a la mesa.

—Nunca dejes que algo que te gusta se enfríe. Me refiero a la pasta.

Y fue así como Adrien y yo pasamos juntos la primera noche del resto de nuestra vida. Una noche en la que no hubo piel, pero sí mucho amor. El de dos personas que cruzan sus caminos, que cambian sus destinos, que ceden calma a la prisa, que se conocen… que se reconocen.

Podría decir que me enamoré de Adrien tras el primer bocado. Definitivamente no me había engañado: era la mejor carbonara que había probado en mi vida. Pero no fue la comida lo que me conquistó: fue su mirada, que me hizo sentir en calma, que me mostró cuál era el camino que quería en la vida, que me hizo creer, por primera vez, que había llegado a casa.

—Está deliciosa, Adrien. Gracias por el detalle.

—La ocasión lo merecía. No creo que vuelva a quedarme atrapado en un país extranjero a causa de una nevada, con una chica que no quiere ni verme, en un hogar ya caduco para mí.

Me sonrojé. Eso podía describir a la Alicia del pasado. Pero las cosas ya habían cambiado.

—No digas eso. Tengo que reconocer que está siendo mucho mejor de lo que esperaba.

—¿Y qué esperabas?

—No te lo tomes a mal. No eres tú, soy yo.

—¿Estás rompiendo conmigo? Si todavía no hemos empezado…

Me guiñó un ojo y yo le lancé la servilleta.

—Sabes perfectamente a lo que me refiero.

—Cuéntamelo tú. ¿Por qué eres tan antisocial?

—No soy antisocial. Soy una persona independiente, me gusta disponer de mi espacio, de mi tiempo…

—De tu orden.

Ladeé la cabeza. Sí… Justo eso. Mi orden. Nunca se me habría ocurrido llamarlo así. Traté de explicarle que el hecho de que él apareciese en mi vida de esa manera tan fortuita y arrolladora, dinamitando mi intimidad por los aires, no era precisamente lo que más me apetecía. Estaba acostumbrada a vivir sola. Nunca había compartido piso. Era yo y solo yo. Y estaba bien así. Era mi elección.

—No te tienes que excusar por nada, me parece tan lícito que quieras vivir sola como en una comuna. Si es lo que te apetece, perfecto.

Afirmé con un gesto con la cabeza y aquello me dio que pensar. Pasamos la vida buscando respuestas para ofrecérselas a los demás, excusándonos si algo se escapa de lo lo normativo, si nos atrevemos a hacer un pequeño tirabuzón en lo que debería ser una línea recta. Nadie nos pregunta si eso nos hace felices o si el camino que seguimos es una elección o una imposición. Miras alrededor y todo el mundo es sota, caballo o, los más originales, los que se creen que trasgreden las normas, han elegido ser rey. Pero yo quería ser un cuatro. Un maldito cuatro de copas. Y mañana tal vez un siete de espadas. O ¿por qué no? El as de corazones. Y no debería pasar nada, ni tendría que estar reinventando el monólogo continuamente para que el resto del mundo no me señalara con un dedo acusador.

—A mí, sin embargo, me gusta la vida en compañía —replicó Adrien clavando sus ojos en mí.

—¿En serio? No lo parece. Quiero decir… Has pasado la Navidad tú solo en Madrid. —De pronto caí en la cuenta de que tal vez había sido más ingenua de lo que pensaba—. Oh, no.

—¿Qué sucede?

—No me digas que has pagado alquiler para uno y en realidad habéis sido dos. —Sentí una ligera punzada de decepción.

Adrien se rio a la vez que rellenaba las copas de vino sin preguntar. No me acordé de decirle que soy de esas personas que con el alcohol olvidan fácilmente su apellido.

—No, no te preocupes. Solo he estado yo. Necesitaba este tiempo para mí, para pensar y ordenar ideas. Además, me apetecía volver a Madrid después de tantos años.

—Te has venido al mejor barrio, aunque suene pretencioso que te lo diga yo. El centro de Madrid puede llegar a ser caótico, pero aquí… en Las Letras tenemos un remanso de paz. ¿Has visto la luz que se cuela

los domingos por la mañana por la calle de las Huertas?

No me respondió; en lugar de eso, se levantó, cogió su móvil por primera vez en toda la noche, y abrió la galería de imágenes. Me mostró una colección de fotos de esa calle, totalmente vacía, con el sol colándose entre las rendijas de los adoquines y resaltando el tono dorado de las letras que adornaban el suelo, tomando prestados versos de algunos de los mejores poetas y escritores de la historia.

Me pareció casi mágico que él también hubiese reparado en ese momento del día. Hasta la fecha, no había conocido a nadie que pensara como yo.

—Y ahora voy a apagar el móvil. No quiero que una pantalla nos distraiga.

Levantó su copa y brindamos. Por nosotros. Por Filomena. Por Madrid. Por Las Letras. Por la vida.

—Perdona que me sorprenda, pero hablas muy bien español.

—Mi madre es madrileña. Conoció a mi padre durante unas vacaciones que pasó en Motril, en la costa de Granada. Él estaba allí trabajando. Se enamoraron y se mudaron a Madrid. Me tuvieron mí y, cuando cumplí seis años nos trasladamos a Alemania.

—Así que eres medio español.

—Sí, a veces les hablo en español a mis alumnos, frases simples para que vayan aprendiendo el idioma. Creo que todo el conocimiento que se le pueda ofrecer a un niño es el mejor regalo que se llevará consigo a la edad adulta.

—¿Te gustan los niños?

—Me encantan…

Bajó la mirada y me pareció percibir algo de tristeza en su rostro. Seguramente echaba de menos sus clases después del parón de Navidad, y con la amenaza de Filomena ni siquiera sabía cuándo podría volver.

No sabía cuándo podría volver… Hace apenas unas horas, eso me había producido mucha angustia. Ahora, la sensación era muy diferente. ¿Qué pasaría cuando Adrien se fuera? ¿Echaría de menos algo que no había pedido? Apuré las últimas gotas de la segunda copa

y cuando nuestros ojos volvieron a cruzarse pude ver en ellos mi presente, pero también mi futuro.

Y en silencio, rogué que nunca dejara de nevar…

13

«Donde sientas que todo vuelve a tener sentido, ahí es».

Madrid, enero de 2021

Levantó la botella con intención de volver a rellenar mi copa. Pero fui más rápida que él. Puse la mano para taparla y le dije que mi límite estaba justo ahí. No quería más. Cualquier otra persona habría insistido, pero él no era cualquiera. Llenó su copa y se levantó para traerme un poco de agua.

—Cuéntame tu historia.

Comencé hablándole del momento en que decidí cambiar San Sebastián por Madrid, porque siempre he pensado que ese fue el punto de inflexión en mi vida. Le hablé de mi amigo, Fer, mi mayor ancla. De mi pasión por la literatura y la extraña fijación que tenía con las biografías. De cómo disfrutaba conociendo las vidas de otras personas, pero no desde un punto de vista chismoso, ni mucho menos, sino para entender cómo habían llegado a ser quienes eran. También le conté que me chiflaba cocinar y que me había marcado el objetivo de preparar una receta nueva cada semana. Y, por supuesto, le hablé de lo que más me ilusionaba en aquel momento.

—Hace apenas tres meses abrí mi propio negocio, después de media vida ahorrando para conseguirlo, ya está aquí. La pandemia casi me hace tirar la toalla, pero un buen día me levanté y me recordé a mí misma cuál había sido siempre mi máxima en la vida.

—¿Y cuál es?

—Que mis alas son preciosas, pero solo sirven si están en vuelo.

Respiré hondo y seguí. Todavía se me hacía un nudo en el estómago al recordar lo difícil que había resultado el proceso.

—Tengo una tienda de artículos de viaje: maletas, maletines, baúles… en este mismo barrio. Funciona tipo *boutique*, pero tengo opciones para todos los públicos y bolsillos. Si alguien quiere gastar más, puedo ofrecerle las mejores marcas. Y me ajusto al presupuesto de aquellos que pueden invertir menos. Pero nadie sale de mi tienda sin lo que necesita. ¿Sabes? Mis padres no pudieron permitirse viajar, no han

salido nunca de Donostia. Quizá por eso yo me quise mudar a Madrid. Ellos trabajaron toda su vida para que yo tuviera la oportunidad de ver mundo. Por eso mi tienda es tan importante para mí. Es mi homenaje para ellos. De alguna manera siento que, aunque yo no puedo fijar el precio de los vuelos ni de los hoteles, aporto mi granito de arena para que viajar con estilo esté al alcance de todos. Con el tiempo me encantaría fabricar mis propios artículos. Tengo un montón de diseños, de ideas, nuevos formatos, maletas inteligentes, adaptadas a personas con movilidad reducida…

—Me encanta la idea… Me alegra ver que has apostado por un sueño y has triunfado.

—Bueno… Aún no puedo decir que haya triunfado. Me está costando mucho que salga adelante. Hay meses en los que apenas cubro los gastos y tengo que echar mano de los pocos ahorros que me quedaron después de la inversión inicial. —Di un trago a mi vaso de agua—. Sabía que no iba a ser fácil. Entre las restricciones de horario comercial, el control de los aforos, las dificultades para viajar… ¿Quién va a venir a comprarse una maleta? Ya te lo digo yo: casi nadie. A pesar de todo, quiero pensar que estoy construyendo una imagen de marca con mis propios diseños, aunque aún no los fabrique, porque no tengo dinero para invertir en nada más, los cuelgo en las redes sociales y gustan mucho. De momento me conformo con vender otras marcas, aconsejar a mis clientes, pero con el tiempo aspiro a convertirme en una marca reconocida. Llevo toda la vida soñando con esta idea…

—Cuando todo esto pase…

Sonreímos. Tal vez esa fue la frase que más estuvo en boca de todos a principios de la década de los nuevos años veinte. Y me encantaba. Porque, a pesar de las circunstancias, encerraba deseo, ilusión, esperanza… Nunca hay que perder la capacidad de soñar.

—Así que esto es lo que soy. Una mujer independiente, con muchos sueños y alguna que otra deuda, pero satisfecha con mi vida.

—Y eso último es lo más importante. Brindemos, pues.

—¡Espera! Da mala suerte brindar con agua.

Estiré la mano para coger de nuevo la botella de vino y rellenar mi copa, pero Adrien me frenó. Nuestras manos se rozaron al encontrarse en el cuerpo de la botella. El frío cristal parecía arder al contacto con nuestra piel.

—No bebas más si no te apetece.

—¿Tienes algo en contra del vino?

—¿Yo? Ni mucho menos, solo tienes que mirar el ritmo que llevo yo —respondió risueño—. Pero no quiero que mañana te despiertes con dolor de cabeza y lagunas de esta noche. Este trocito de mundo, esta noche, este momento… Esto es todo de lo que somos dueños ahora mismo. Y no quiero que te olvides de esta noche especial.

—No creo que lo haga. —Añadí un poco más de vino a mi copa y brindamos de nuevo—. ¿Sabes? Me siento muy a gusto contigo.

Vi sus ojos brillar.

—Oh, no me malinterpretes, no quiero decir que… En fin, no quiero decir nada. Simplemente que nunca había vivido una situación como esta y no esperaba encontrarme tan cómoda. Tan yo.

—¿Nunca has tenido una cita con un desconocido?

Me reí y le conté que yo era un bicho raro porque nunca había usado una aplicación de citas.

—No creo que seas un bicho raro. No deberías hacer nada que no te apetezca.

Dejó unos segundos de silencio, como si estuviera cogiendo carrerilla para hacerme la pregunta del millón, esa que llevaba toda la noche rondando en su cabeza.

—Entiendo, por lo que me has contado, que no tienes pareja.

—Estás en lo cierto. Nunca me duran más de un año. No sé, pierdo la ilusión muy rápido. —Me encogí de hombros—. Yo lo intento, de verdad, pero en cuanto ellos empiezan a planear en qué restaurante celebraremos el día de nuestra jubilación, me doy cuenta de que no estamos en el mismo punto y no quiero que ninguno de los dos perdamos el tiempo.

—No creo que pierdas ilusión, sino que te cuesta ilusionarte de verdad.

Pensé un poco en eso y no pude hacer otra cosa que darle la razón.

—Eso es… Justo eso es lo que llevo ya algún tiempo pensando. No sé si los demás mienten y realmente no existe el amor de las películas o

si soy yo, que me he vuelto demasiado exigente.

—Me atrevería a decirte que ambas cosas. Las personas mienten y, lo peor, se mienten a sí mismas porque es más fácil conformarse que buscar algo mejor que no sabes si llegará. Y sí, tú pareces de ese tipo de personas exigentes. Pero no estoy de acuerdo en lo de las películas. Creo que el amor, cuando es real, supera la ficción.

—¿Estás enamorado? —le solté a bocajarro.

Respiró hondo. Tal vez había tocado hueso.

—Estoy… digamos que en una situación complicada. No estoy con nadie, si esa es tu pregunta. Pero sí me espera alguien en Berlín. Y tengo miedo de que algún día deje de hacerlo por todo lo que me está sucediendo.

No me atreví a preguntar más. Por algún motivo, escuchar que alguien lo esperaba en Berlín me provocó un desagradable escalofrío por el cuerpo. No debí ilusionarme antes de saber si estaba con alguien. No quise inmiscuirme en su vida, pero intuí que debía de estar pasando por un momento importante. Él trató de quitarle hierro al asunto.

—Pero ahora estamos aquí. Los problemas no pueden alcanzarnos. Ya sabes, el aeropuerto está cerrado. —Sonrió y me hizo un gesto con la mano por si quería pasar al sofá—. Deja la mesa, yo recogeré antes de que nos acostemos. Terminemos la copa un poco más cómodos.

Continuamos charlando, conociéndonos, apurando un vino que, desde ese momento, se convertiría en nuestro favorito. Así fue como una noche consiguió marcar toda una vida.

Un par de horas después, nos despedimos con un abrazo y puse rumbo a mi habitación. Cerré la puerta sin mirar atrás; no me hizo falta volverme para saber que Adrien seguía mirándome, apurando hasta el último segundo hasta que mi espalda se perdió en la oscuridad.

Aquella noche dormí como nunca. Porque mientras la nieve caía con crudeza en las calles, el amor comenzaba a inundarlo todo en mi interior.

14

«Y al final lo más difícil fue escoger entre renunciar a ti o tratar de conquistarte».

Madrid, enero de 2021

El sábado amaneció teñido de blanco. Una gruesa capa de nácar cubría el alféizar de la ventana de mi habitación. Apoyé la nariz contra el cristal. Las vistas eran de cuento.

Sonreí al recordar lo ingenua que había sido apenas veinticuatro horas antes. Me había creído muy lista, al desconfiar de la alerta general sobre Filomena.

Habían cambiado tantas cosas en apenas un día… Adrien seguía en casa. La noche anterior tardé en dormirme recordando cada palabra de la cena, cada sensación. En mi cara se dibujó una sonrisa. Me sentía una persona diferente, como si estuviera mudando la piel. Más ilusionada. Más vulnerable. Más viva.

Cuando me dirigí a la cocina, lo encontré preparando café. Advertí en él algo de ojeras y el rostro cansado. Tal vez no había dormido bien. Aunque no sabía si se había desvelado por mí o por la persona que lo esperaba en Berlín. Eso me hizo sentir un pequeño pinchazo de desilusión, que se pasó inmediatamente cuando, desde el ventanal que daba acceso al balcón, pude ver el pasadizo de la calle de la Berenjena totalmente cubierto de nieve.

—¿Has visto eso, Adrien? —Fui corriendo a la puerta del balcón, tratando de abrirla, en vano.

—Buenos días, princesa. —Levantó la mirada de la cafetera y se quedó unos segundos observándome, ilusionado. Ni siquiera me avergonzaba parecer una niña pequeña—. No te recomiendo que abras el balcón, ya lo he intentado. Hay una capa enorme de nieve.

—Pero… ¡mira esa persona! ¡Ven, corre, ven!

Adrien se acercó y me abrazó por la espalda. Ni toda la emoción que sentía por ver aquel paisaje insólito consiguió camuflar el escalofrío que me recorrió. Frente a nosotros, el Barrio de las Letras mostraba una cara que nunca antes había visto, ni yo ni seguramente ninguna

otra de las personas que se asomaban curiosas a las ventanas. Si me hubiesen preguntado dónde me encontraba, habría respondido Siberia, Alaska o Moscú. Pero nunca, jamás, me habría imaginado que alguna vez vería Madrid de ese modo. Era mágico.

Permanecimos mirando por la ventana, abrazados, uno, dos minutos. Tal vez tres. Me parecieron segundos. Le señalé, divertida, a un par de valientes que cruzaban la calle como si estuvieran haciendo una complicada travesía. A paso lento, agarrándose de las manos para no caerse y cubiertos de ropa.

—¿Les llega la nieve por las rodillas o es mi imaginación? —No podía salir de mi asombro.

Adrien se rio y confirmó mis sospechas.

—A lo mejor son gnomos. —Estaba claro que se mofaba de mí—. ¿Cuánto medirán? ¿Cincuenta centímetros? ¿Sesenta?

—¡No te rías! Estoy emocionada. Te prometo que nunca en mi vida había visto algo así.

—¿Quieres bajar?

Soltó mi cintura y, sujetándome suavemente por el brazo, me dio la vuelta, colocándome frente a él tan cerca que podía notar el calor de su respiración. Curioso contraste.

—¿Bajar? ¿No será peligroso?

Se encogió de hombros.

—Puede. Pero en la zona de confort nunca pasa nada divertido. De vez en cuando va bien vivir una pequeña aventura. —Me guiñó un ojo—. Vamos a desayunar, nos abrigamos bien y bajamos, ¿te parece?

Arrugué la nariz y asentí, nerviosa pero emocionada a la vez. Me apetecía mucho vivir en primera persona ese momento histórico. Tocar la nieve, hundirme en ella. Y quería hacerlo con él.

Apenas veinte minutos después ya estábamos preparados para salir a la aventura. Mi estilismo no se merecía ni un solo *like*. Iba forrada de ropa térmica de arriba abajo y, en los pies, unas Dr. Martens a las que les tocaba hacer el papel de botas de nieve. Adrien se echó a reír. Él llevaba menos capas de ropa, pero seguro que más eficaces contra el frío que las mías.

—¿Qué pasa? ¿De qué te ríes?

Lo miré seria, observando mi indumentaria por si había cometido algún error garrafal, como olvidarme los pantalones o colocarme el jersey del revés. Pero, en lugar de hacerme una crítica, Adrien respiró hondo y disparó una frase directamente a mi corazón.

—Estás absolutamente adorable.

Sentí vértigo. Mucho vértigo. Porque habían pasado menos de veinticuatro horas desde que Adrien había entrado en mi vida y parecía tener el superpoder de abrir todos mis candados con solo tres palabras; porque en mi interior sabía, y aunque en aquel momento todavía no lo habría reconocido ante ningún juez, que con nadie me apetecía más disfrutar de ese paseo que con él.

Y todo eso era más propio de Fer que de mí. Me tragué una a una todas las palabras descreídas que había pronunciado durante mi vida, hice una bola con mis alardes de quien no cree en el amor, y les di cobijo en una esquinita de mi estómago, justo a unos centímetros de donde reposaban mis ganas de lanzarme a sus brazos y el deseo de descubrir a qué sabían sus labios.

Pasamos dos horas en la calle. Nos agarramos fuerte de las manos para ayudarnos a subir la cuesta de la calle de las Huertas, donde otras personas bajaban en trineo. Era impresionante.

Nos hicimos fotos en la entrada de la boca de metro de Antón Martín, sepultada por el temporal. Jugamos a adivinar el color de los coches que estaban enterrados en nieve. Nos reímos cuando nos resbalamos en un par de ocasiones. Menos mal que aún estaba blando.

Destapamos los ojos de los leones del Congreso de los Diputados. Nos atrevimos a hacer nuestro propio muñeco de nieve en Sol. Nos tiramos bolas, procurando que no impactaran en los escasos diez centímetros de piel que llevábamos al descubierto.

Y volvimos a casa a paso lento para no caernos, y, sobre todo, para que aquel paseo no se terminara nunca. Nos ayudamos a avanzar entre la tormenta cogidos de la mano.

Ese día nos divertimos y nos cuidamos a partes iguales.

Hicimos equipo, venciendo a la tempestad a pesar de que éramos solo un par de hormiguitas.

Reímos a carcajadas y descubrimos lo bonito que puede ser convertir la vida en una aventura.

Tejimos con nuestros pasos unos recuerdos inolvidables.

Y lo más importante: fuimos rematadamente felices.

15

«Todos, en algún momento, tendremos que atravesar la más cruel de las tormentas. Asegúrate de estar agarrando la mano correcta».

Madrid, enero de 2021

Abrimos la puerta de casa de forma atropellada, entre risas y empujones, como dos críos que juegan a llegar antes que el otro a la línea de meta. El portal estaba helado, hacía más frío que en la calle. Nos abrazamos de forma instintiva al entrar al salón, borrachos de adrenalina, locos, deseosos de celebrar la vida. Felices.

Cuando nos dimos cuenta de que nuestros brazos estaban enredados nos quedamos quietos, mirándonos a los ojos. No sentimos vergüenza por ese acercamiento; al menos, yo no. Pero no podía dejar de pensar por qué mis ojos ardían de curiosidad al ver sus labios tan cerca.

En medio de aquel frío, podía sentir su respiración, lenta, cálida, acogedora. Era como volver a estar en casa. Lo sentí temblar entre mis brazos y no pude hacer otra cosa que apretarlo más contra mí, como si quisiera pasarle el poco calor que había conseguido reunir yo.

—Estás helado —le dije de forma dulce.

Él me quitó el gorro de lana y lo dejó caer al suelo. Me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja, acariciándome el cabello de forma delicada, y yo sentí que podría morir justo en ese instante.

—No tiemblo por frío.

No solemos detectar a tiempo los momentos que cambian nuestro destino, sin embargo, sí somos capaces de presentir los que son el preludio de otra cosa. El instante antes de un beso, el aire que inhalamos previo a pronunciar el primer te quiero.

Antes de un terremoto se pueden percibir pequeños temblores, cambios en la temperatura, nerviosismo en los animales o incluso pequeños destellos de luz. En el caso del amor, sucede algo similar. El cuerpo se tensa, impaciente, la piel busca el contacto, ansiosa por fundirse con otra piel, desconocida y gemela a la misma vez. El vello se eriza, la respiración se acelera… y el corazón se hace un poquito más grande.

No me atreví a responder a Adrien. En lugar de eso, tejí un hilo invisible entre nuestras miradas, un hilo de color rojo que deseé que nunca se rompiera, que nos mantuviera unidos para siempre.

No sabría decir cuánto tiempo permanecimos así, enredados en un eterno prólogo. Seguramente fueron solo unos segundos que a mí me supieron a una vida entera. Y qué buen sabor me dejó ese instante.

Me dio un beso en la frente, sin esperarlo, y se separó despacio de mis brazos. Me propuso encender la calefacción y pasar el día en casa. Y a mí, que nunca había querido compartir mi espacio con otra persona, me pareció que ese plan era como tocar el cielo.

Nos dimos una ducha por turnos para entrar en calor y saqué un par de táperes de pollo con salsa de soja y miel que había dejado congelados antes de irme de casa en Navidad. Con la comida no había nadie más previsora que yo.

—Increíble —me dijo Adrien después de comer, cuando nos sentamos en el sofá para tomarnos un café con leche caliente—. Acabo de leer que la nieve ha congelado las agujas del reloj del edificio del Banco de España. Ese es el que está al principio de la Gran Vía, ¿verdad?

Asentí, impresionada por la magnitud de la nevada. Y entendí entonces que la borrasca Filomena no solo nos iba a dejar un momento divertido para el recuerdo y muchas fotos con la nieve hasta las rodillas.

—Sí, junto a Cibeles. Aunque en realidad pertenece a la calle Alcalá, pero sí, es ese al que te refieres.

—Según estoy leyendo, se ha parado hoy a las 11:35. Lleva ciento treinta años dando la hora y la maquinaria nunca se había detenido. Es impresionante…

Mentiría si dijera que no empecé a preocuparme por la que se nos podía venir encima. Después de la euforia de los muñecos de nieve en plena Puerta del Sol, llegaba la inquietud. Sabía que si la nieve no dejaba de caer podría causar muchos destrozos.

—¿Crees que amainará pronto?

Me acarició el cabello con la misma ternura con la que lo hizo la primera vez.

—Tranquila. Durante el día irá remitiendo, ya lo verás. Mañana ya no

se espera que nieve, así que no creo que tengamos que preocuparnos por nada. Aunque ahora tendremos que tener paciencia porque llega lo peor.

—¿Lo peor? —pregunté alarmada.

—El hielo.

Lo miré curiosa, sin ningún tipo de pudor por mis nulos conocimientos meteorológicos. Adrien, algo más acostumbrado que yo a estos inviernos tan crudos, me explicó que después de una nevada llega la helada y que, por lo que había visto en las calles del centro de Madrid, especialmente en zonas como las de nuestro barrio, el hielo podía limitar bastante la vuelta a la normalidad.

—Estas calles son demasiado estrechas y probablemente no puedan pasar las máquinas quitanieves. —Escuché con atención sus explicaciones—: La nieve se hará hielo y con el hielo te aseguro que no es nada divertido salir a la calle. Los comercios tardarán en abrir, los coches no podrán circular, no habrá reparto durante algunos días y los peatones que forzosamente tengan que salir a la calle podrían caerse. Te recomiendo que no salgas de casa hasta que todo vuelva a estar como antes.

Puse los ojos en blanco y fruncí el ceño. No podía dejar la tienda cerrada, ya había sufrido un buen parón por las vacaciones de Navidad.

—A perro flaco todo son pulgas.

—¿Cómo?

—Nada… El refranero español, que da para todo.

Suspiré angustiada y miré por la ventana. El cielo continuaba llorando virutas blancas, pero era cierto que la intensidad parecía ir a menos. Después de todo, quizá ese día no se acabaría el mundo, pero sí fue el final de mi mundo, tal y como lo conocía hasta ese momento. Bendita casualidad.

Adrien pareció darse cuenta de mi desasosiego y me pasó el brazo por encima de los hombros, invitándome a apoyar la cabeza en su pecho.

—Tranquila, pequeña. Todo irá bien.

Pude oír el ritmo de los latidos de su corazón. Esa perfecta melodía

que, junto con las yemas de sus dedos acariciando mi cabeza, hicieron que que me quedase dormida entre sus brazos.

No fui consciente de que el café se enfriaba en la mesa, ni que en la televisión comenzaba la película que habíamos decidido ver. No era mi intención dormir. Pero Adrien me daba paz. Con él todo parecía fácil, el mundo era más amable; yo me sentía a salvo.

A veces nos creemos invencibles, intocables, pensamos que podemos con todo y con todos. Y sí, realmente puede ser así. Pero, también, necesitamos que en algún momento alguien nos invite a dormir, a cerrar los ojos por un momento y bajar la guardia. Alguien que nos diga que él se queda cuidando el fuerte mientras nosotros descansamos. Alguien en quien podamos confiar con tal intensidad que sus brazos nos parezcan un buen lugar para dormir.

Tendría que haber cumplido mi promesa de ver juntos una película para pasar la tarde en casa y no utilizarlo solo como un cojín sobre el que olvidar que el mundo sigue girando. Sentía una calma incomparable y de mis labios salieron tres palabras que nunca había pronunciado. Adrien fue el primero en oírlas. Y el último.

—No te vayas.

Susurré, casi rogando. Él me acunó entre sus brazos con dulzura, como si estuviera protegiendo su tesoro más preciado.

—Nunca me iré.

16

«Puedo hacerlo sola. Puedo hacerlo sin ti. Pero no quiero».

Madrid, enero de 2021

Siempre supe que la vida no podía ser solo una batalla por la supervivencia. A fin de cuentas, si algo tiene claro el ser humano, es que va a morir, pero necesita un motivo, un destino. Quizá por eso pasé muchos años buscando el verdadero pulmón de la vida, el motivo por el que existimos.

Que estamos hechos de átomos es una verdad universalmente conocida. Pero lo que pocas personas comprenden es que también somos carbono, oxígeno, hidrógeno y nitrógeno. Y, permíteme que me conceda esta licencia, me gustaría añadir que también somos sentimientos.

Entonces, ¿cuál es nuestro objetivo? ¿Conseguir un título académico? ¿Lograr un trabajo de nueve a seis? ¿Pagar las facturas? ¿Poblar la Tierra? No. Nada de eso puede ser.

Fue entonces cuando empecé a creer en el poder de los sueños, en el poder de lo que te llena el corazón, que te lo ensancha y te hace comprender el significado de una ilusión, el motivo de caminar hacia una meta. Porque todos tenemos una, aunque no siempre seamos capaces de reconocerla. Créeme si te digo que la vida sin sueños no es nada.

Y sin amor tampoco. Y eso es algo que comprendí en mitad de la tormenta perfecta que vivimos en Madrid en aquel enero de 2021. Me sentí pequeña al descubrir que ni la comodidad, ni la seguridad ni siquiera la compenetración o la amistad es amor. Esas cuatro letras encierran más. Mucho más.

Lo descubrí cuando me desperté entre los brazos de Adrien y me sentí una supernova por el simple hecho de hallarme en aquel lugar, en ese preciso momento. Lo supe porque no había ningún otro espacio en el mundo en el que quisiera estar. Y me convencí de ello cuando volví a cerrar los ojos y deseé que esa sensación no se acabara nunca.

¿Y sabes qué? En ese momento me daba igual la nieve, el frío o que el mismísimo Yeti llamara a mi puerta. Me equivoqué cuando me mudé

desde San Sebastián pensando que una ciudad sería mi casa. Adrien entró en mi vida para demostrarme que un hogar siempre es una persona. Y que da igual que sea Siberia o el Sahara. Da igual todo si has llegado a los brazos correctos.

Me estremecí y percibí un pequeño respingo de Adrien. Nos miramos y entendimos que acababa de comenzar la mayor aventura de nuestra vida, nuestro *ikigai*, aquello que le da valor a todo.

Decidimos pasar la tarde en casa, a salvo de las temperaturas del exterior. El termómetro marcaba diez grados bajo cero y la nieve inundaba las calles, cortaba los accesos allá donde los vecinos no habían creado un camino, equipados únicamente con una escoba y un recogedor. El paisaje era de postal. Pero lo que yo tenía entre las paredes de mi apartamento era todavía mejor.

Adrien se movía por mi casa como si llevara allí toda la vida. Ya no caminaba con miedo a molestarme. Sabía que su presencia me gustaba. No me hizo falta decírselo. Lo dejé claro cuando le pedí, justo antes de dormir, que se quedara a mi lado. También cuando pasé la tarde preguntándole si había estado en ciertos lugares de Madrid que quería enseñarle y compartir con él. Sin saber cómo, empezamos a planear una vida, en la que tomaríamos café en las cafeterías con más encanto de Madrid, como la del Museo del Romanticismo o la del jardín de Salvador Bachiller. Tal vez haríamos rutas nocturnas por los alrededores de la plaza de la Villa o descubriríamos el olor de una tarde de primavera en el Campo del Moro.

Pero en nuestro empeño por soñar se nos olvidó que lo nuestro tenía fecha de caducidad. Que nuestros caminos se habían cruzado solo por un ratito.

Aquel día preparamos unas *pizzas* caseras para cenar y nos sentamos en el sofá, con las piernas dobladas, uno frente al otro, compartiendo secretos y mozzarella.

Volví a contarle lo duro que había sido para mí tomar la decisión de abrir mi negocio, mientras él me escuchaba atentamente.

—Parezco valiente, pero en el fondo soy una persona con muchas inseguridades. Me costó mucho, muchísimo. Pero un día entendí que era ahora o nunca. Pasada la frontera de los treinta y cinco años, sin planes de tener hijos, ni siquiera un gato, me convencí que dedicarme al que siempre había sido el sueño de mi vida era lo mejor que podía hacer.

—No tuvo que ser fácil.

—No lo es. Ya tenía la hipoteca del piso y ahora le sumo la deuda del préstamo que pedí para poner el negocio en marcha. Los gastos mensuales, el alquiler, los productos, la publicidad…

—Sin duda fue una decisión muy valiente.

—A veces lo pienso y me parece una locura. Pero supongo que fue la propia pandemia la que, en vez de achantarme, me dio fuerza. Todos hemos borrado la palabra seguridad de nuestro diccionario.

Adrien asintió, sumido en sus propios pensamientos.

—Seguro que todo va bien.

Sonreí, agradecida por sus buenos deseos, y di el último bocado a mi trozo de *pizza* antes de responder.

—Y si no va bien, vuelvo a empezar. Y no pasa nada.

—Así es.

Dejó el plato sobre la mesa, él también había terminado de cenar, y se acercó un poquito más a mí.

—¿Y no tienes a nadie que te ayude en la tienda?

—Nadie. No puedo permitirme pagar un sueldo. Ahora estoy tirando de ahorros, pero confío en que pronto será un negocio solvente. Por ese motivo, cada día que falto al trabajo es una pequeña losa sobre mí. Toda la responsabilidad es mía. Si no estoy al pie del cañón, no hay negocio. —Me encogí de hombros—. Y si no hay negocio, no hay sueño cumplido para Alicia.

—Tienes mucho mérito. Yo no sé si me habría atrevido. Mírame a mí, aposté por un trabajo convencional.

Adrien me contó cómo era el centro de estudios en el que daba clase, cómo le gustaba probar nuevos métodos educativos y analizar cómo respondían los alumnos. Hablaba de su trabajo con una pasión desmedida y desprendía tal entusiasmo que casi me convenció de que dar clases era lo mejor del mundo.

—Descubrir tu vocación y dedicarte a ella es maravilloso.

Me habló de su casa. Vivía de alquiler en un pequeño estudio cerca de

su trabajo. No parecía querer dar muchos detalles sobre su vida personal más allá de su empleo. Y yo me moría de ganas por saberlo todo sobre él. Quería beberme sus planes de domingo, sus aficiones o incluso el nombre de su primera mascota, si es que alguna vez tuvo una. Deseaba saber quiénes eran sus amigos, qué tipo de música le gustaba o si compartía su tiempo con alguien más…

De pronto recordé la llamada que había recibido el día anterior y caí en la cuenta de un detalle importante: no se había separado del móvil ni un solo segundo. Lo llevaba siempre con él. Mientras cocinaba, cuando comía, si veíamos la televisión… El teléfono siempre estaba en la mesa, bocarriba, preparado para interrumpir en cualquier momento.

Seguí escuchando lo que me contaba, pero quería preguntarle si compartía con alguien su día a día. Si ese piso era solo para uno o si en los cajones de su armario se guardaba ropa para dos.

—Adrien… ¿puedo hacerte una pregunta? —Mi voz sonó nerviosa, incómoda—. Si te molesta o no quieres responder…

—Adelante. No creo que haya nada que quiera ocultarte.

Tomé aire. La calefacción crujía y las ventanas se quejaban del viento.

—Ayer me dijiste que te espera alguien en Berlín.

Me miró atentamente. De repente, me sentí tonta porque en cierto modo le estaba pidiendo explicaciones. Sabía que no tenía ningún derecho, pero no quería participar de un engaño.

—Así es.

Me sentí morir.

—Lo siento, pero… Quiero decir… Tal vez soy yo quien está interpretando mal toda esta situación. O quizá tú eres de esa clase de hombres. Y ni una cosa ni la otra me gustaría.

—Para.

Y yo callé, nerviosa y confusa. Él extendió el brazo para coger su teléfono móvil. Abrió la galería, buscó entre las fotografías y me la mostró.

—No me espera quien tú te imaginas. Es ella.

Cogí el móvil con miedo, preguntándome si sería más guapa que yo, más alta o con los ojos más bonitos. Y en lugar de eso me encontré con la mirada más inocente que había visto nunca.

—Es… es preciosa.

La fotografía de un bebé me sonreía desde la pantalla.

—Es mi hija. Nació en 2020 para demostrar que incluso en los peores momentos pueden surgir cosas maravillosas. Es lo mejor que tengo en la vida.

Sonreí, mientras en mi interior se libraba un debate, un duelo entre lo mucho que me alegraba por él y cuánto me entristecía saber que aquello me alejaba de ese hombre que ya había puesto mi vida patas arriba.

—Enhorabuena. Estaréis muy felices.

—Bueno… Es complicado.

—¿Complicado? ¿Por qué?

—Su madre y yo no estamos juntos. Y nada me gustaría más que darle una verdadera familia a mi pequeña. Un hogar.

Me miró con los ojos llenos de lágrimas, casi como si estuviera implorando que le lanzara una tabla de salvación.

—Pero no puedo, Alicia, no puedo. No puedo olvidarme de mí, aunque suene egoísta. En el fondo, no es solo por mí. No puedo hacer que mi hija crezca en un hogar en el que nunca va a ver amor sincero, del de verdad. No quiero que tenga ese referente en su vida.

—No estás enamorado de su madre.

Un relámpago de alivio recorrió mi interior. Él negó con la cabeza, mientras apretaba los labios, como si el hecho de que las palabras se escaparan de su garganta fuese a agravar la situación.

—No, no lo estoy. Éramos compañeros de trabajo. Seguimos siéndolo, de hecho. Ella también es profesora. Por eso me cuesta tanto sobrellevar esta situación. Nos llevábamos bien, nos teníamos cariño… Tuvimos una historia, no sé, nada importante. Salíamos. Hacíamos planes juntos… Nos divertíamos. Pero nunca me planteé nada más allá. Creía que los dos estábamos jugando en la misma liga.

Tragó saliva y yo le acerqué el vaso de agua que reposaba sobre la mesa de centro. Agarré su mano.

—Tranquilo. —Puse la otra mano en su hombro—. Puedes continuar, no te voy a juzgar.

—No sé cómo, un día me di cuenta de que ella se estaba enamorando de mí. Y te prometo que ahí fue cuando decidí dejarla, a pesar de lo incómodo que iba a ser seguir viéndola a diario. Pero no quería jugar con ella. No lo aceptó y siguió tratando de mantener el contacto como antes. Yo fui todo lo cordial que pude, pero marcando las distancias.

—Y entonces se quedó embarazada…

—Ya lo estaba, pero no lo sabíamos. Siempre fue muy irregular en sus ciclos, era difícil saberlo. No vivíamos juntos, ni éramos una pareja como tal.

—¿Cuándo… te enteraste?

—Lo descubrió en una revisión, cuando apenas estaba de ocho semanas. Tuve claro desde el primer momento que quería tener a esa niña, a pesar de que la situación no era la más idílica. Por suerte, ella también. En eso sí estuvimos de acuerdo y, aunque entre nosotros no iba a funcionar una relación de pareja, esa niña fue muy querida.

Me explicó que hizo de tripas corazón por su hija y que durante el embarazo volvieron a intentar estar juntos. Que a ella le brillaban los ojos cada vez que lo veía a su lado al despertar, pero que él era incapaz de sentir amor.

—La quiero mucho como amiga, como compañera, incluso como madre de mi hija. Es una persona increíble, de verdad, es maravillosa. Es la persona más buena que conozco. Ojalá pudiera enamorarme de ella, Alicia. Ojalá. Pero es que yo no mando aquí. —Se señaló el corazón—. Y no concibo un mundo en el que el amor sea una imposición y no una elección.

—¿Y qué hiciste?

—Esperé a que diera a luz, no quería provocarle un disgusto que dañase a mi bebé. Tampoco me podía ir, porque por esa época estábamos confinados. Y quería estar con mi hija. Pero hablé con Anne, no quería tenerla engañada, eso siempre fue mi prioridad.

—¿Cómo se lo tomó?

Se quedó pensativo y yo entendí que las cosas no son siempre tan fáciles como deberían ser.

—Bueno… Supongo que no puedo culparla, que su situación es todavía más complicada que la mía. Nunca me ha tratado mal ni me ha apartado de mi hija, que sería lo que más daño podría hacerme. Y no sabes cuánto se lo agradezco. Pero se esfuerza en retenerme con excusas, me da un cariño que yo no quiero recibir. Y no te imaginas lo que es eso.

—Tu papel también debe de ser muy difícil. Mucho.

—No puedes hacerte una idea. Hemos decidido que viviremos juntos por lo menos un par de años, para ayudarnos mutuamente mientras sea un bebé. Es una etapa muy difícil y no queremos afrontarla en soledad. Después, trataremos de vivir lo más cerca posible para compartir su custodia y que a la niña no le falte nunca nuestro cariño.

Un golpe de viento nos devolvió al presente, a una realidad en la que Anne no estaba. Cogí su rostro entre mis manos, le sequé las lágrimas y le susurré al oído que aquí nada ni nadie podría alcanzarnos. En ese lugar llamado presente solo existíamos nosotros. Madrid. Esa fría noche de enero. Y una oportunidad que debíamos aprovechar antes de que expirase. Porque los dos bien sabíamos que lo haría.

17

«Presumimos de no tener conservantes ni edulcorantes ni colorantes. Y, ya ves, lo que sí tuvimos fue fecha de caducidad. Y no quisimos verlo».

Madrid, enero de 2021

Lo bueno del amor es que te puedes pasar media vida en una especie de letargo, y, de repente, despertar a un mundo en el que todo se ve de otro color. Lo malo es que ocurre sin avisar, sin tener en cuenta tus planes: llega, arrasa y te deja con lo puesto, marcando un antes y un después en tu vida. La vida «antes de (inserta aquí el nombre de la persona que ahora mismo tienes en tu mente)».

Si estás pensando que esto es solo una hipérbole, lo siento, lo siento en el alma por ti, porque eso quiere decir que nunca has estado tan enamorada como para que la vida cobre sentido solo porque te despiertes cada día al lado de esos ojos que te hacen tocar al cielo sin necesidad de coger un avión. Pero llegará. Tarde o temprano, llegará. El corazón no entiende de excusas, tampoco de edad. No intentes forzarlo, no funciona así.

De hecho, me gusta pensar que los amores tardíos son los más sinceros, porque hemos tenido el tiempo suficiente para descubrirnos a nosotros mismos, para fallar y para acertar, y su llegada es un tsunami imprevisto cuando nuestro calendario ya estaba milimétricamente planificado. ¿El primer amor es el mejor? Permíteme que lo dude.

Yo no buscaba enamorarme. No quería que mi mundo se alterase de esa manera. Hasta entonces era feliz y no necesitaba a nadie para sentirme completa. Adrien no llegó a mi vida para completarla, ni siquiera para darle sentido, sería injusto hacerle cargar con ese peso. Nadie debería ser responsable de la felicidad o la desdicha de otro. Pero los días que compartí con él fueron los más bonitos de mi vida y de eso sí que fue responsable. Nuestros días, efímeros, me dejaron un sabor a miel en los labios que nunca me ha abandonado, una sensación de haber descubierto el mayor tesoro al que podemos acceder los seres humanos.

Aquella noche pusimos el corazón y las tripas sobre la mesa.

Hablamos de la vida, del amor y del arte. De los desengaños y de las ilusiones perdidas. De las tormentas que habíamos atravesado y también de la calma. Cayeron nuestras máscaras, esas que todos llevamos cuando abrimos la puerta de casa para salir al mundo exterior, y nos regalamos nuestra esencia más pura. Nuestro yo más auténtico. El mejor obsequio que nos pudimos hacer.

No me equivoco si digo que aquella noche conocí a Adrien más de lo que podría llegar a hacerlo cualquier otra persona. Y que él me descubrió a mí también. No sé si se alinearon las estrellas, si la nieve provocó algún embrujo o si quedamos para siempre suspendidos de aquella luna menguante que se columpiaba en el cielo.

Solo tuve la certeza de que me hubiera quedado a vivir para siempre en ese momento. Que mi única prioridad era descubrir a qué sabían sus labios, que no quería abandonar este mundo sin vivir cada amanecer a su lado.

Cuando el reloj marcó las doce, la medianoche nos encontró con las manos enredadas y el aliento apresurado. No sé si fue él, yo, o tal vez los dos los que propiciamos que nuestras bocas se encontraran. Perdimos el control de la situación y nos abandonamos a una realidad que ya ninguno podía negar.

—No sé lo que me pasa, pero si hoy fuera el fin del mundo yo solo querría pasarlo contigo.

Y mientras el mundo se congelaba, nosotros ardimos. Nos regalamos una noche para el recuerdo. Nos convertimos en inmortales. Pero pagamos un precio. Porque si fuimos mágicos, también fuimos fugaces.

18

«Vengo de ese lugar en el que un día fuimos, pero donde ya nunca más seremos».

Madrid, mayo de 2056

Veo una tímida lágrima rodar por la mejilla de Eva. Me hago la despistada, consciente de su pudor. Ha sido rauda en limpiársela; estos jóvenes cada vez llevan peor eso de expresar los sentimientos. No le tienen miedo a reír a carcajadas, pero la cosa cambia si hablamos del llanto. En el fondo, la entiendo. A mis treinta éramos iguales, cuando en la red social que nos dominaba por aquel entonces, Instagram, eran todo filtros y etiquetas que nada tenían que ver con la realidad. Cuánto daño hizo a mi generación la deformidad de aquel espejo en el que nos mirábamos. Cuánto nos equivocamos al tratar de parecer perfectos para ser modelos de otros que, a su vez, también maquillaban su realidad para seguir dibujando un círculo que parecía no tener fin. Me queda el consuelo de que durante unos días, fui todo lo auténtica que podía ser, como dijo alguna vez Frida Kahlo.

—Qué bonito lo cuentas todo. —Por fin el nudo de la garganta de Eva le permite hablar.

—Jamás podré expresar con palabras la magia de aquella noche. —Sus ojitos curiosos no dejan de mirarme y me apresuro a aclararle lo que ni siquiera debería decirle—. No voy a entrar en detalles. Esto es todo lo que te voy a contar sobre nuestros encuentros.

—¡Oh, no! ¡Por favor! ¡No quiero saber detalles! Tengo una mente muy gráfica. No, no, no. —Hace una mueca divertida—. Me basta con saber que os amasteis de verdad. —Deja escapar un suspiro. Y yo, que llevo toda la vida suspirando, lo vuelvo a ahogar en mi interior, justo en el lugar en el que reposan mis incertidumbres y mis anhelos.

Decido que por hoy ya ha sido suficiente; si tengo que cortar la narración en algún punto, es sin duda en este. Cada vez que le digo que el próximo día seguiremos, me riñe, quiere que se lo cuente todo del tirón.

Tengo que reconocer que contar mi historia en voz alta me está sirviendo mucho. Una especie de terapia que tal vez debí de haber hecho hace tiempo. Quizá la herida habría cicatrizado mejor. Estoy

descubriendo que contar mi amor es revivirlo, sentir que sigue latiendo en algún lugar de mi corazón. Que no me equivoqué. Que no murió en aquella maldita tarde en la que todo se arruinó.

—Vuelvo a trabajar en cinco minutos. —Consulta su reloj de pulsera y se termina el último trago del café, con apuro—. ¿Podrás volver bien a casa?

Hoy, nuestra cita, si es que se le puede llamar así, ha sido en una cafetería enfrente del hospital en el que trabaja Eva. He venido a hacerme unas pruebas y ella se ha empeñado en tomar algo conmigo para que me sienta acompañada. Me siento halagada por sus atenciones, pero también algo culpable. No quiero que piense que, por el hecho de que no tengo a nadie que se haga cargo de mí, ella debe estar gastando su tiempo y sus preocupaciones conmigo. Por suerte, me basto y me sobro por mí misma. Siempre ha sido así. Me encanta su compañía, pero no quiero convertirme en un estorbo.

Cuando se lo digo, ella me regaña, me dice que si pasa tiempo conmigo es porque le apetece. Eso me hace sentir más tranquila, pero tarde o temprano los fantasmas de ser una molestia vuelven a anidar en mi tejado.

—Voy a bajar a casa dando un paseo —respondo a su pregunta—. Me va bien moverme, lo sabes tan bien como yo.

—Sí… Pero ten cuidado y si necesitas cualquier cosa, me avisas, ¿de acuerdo? No hagas ninguna locura.

—Estoy bien, ya te lo ha dicho el doctor. No me va a pasar nada por dar un paseo. Todavía no tengo lagunas, ya lo sabes.

Desde que he comenzado a contarle mi historia la noto más pendiente de mí, sí, pero también me parece que hay miedo en sus palabras. Así se lo hago saber y ella trata de explicármelo.

—Es solo que últimamente… No sé, me siento más unida a ti. No quiero que te pase nada ni ahora ni nunca.

Sonrío y cojo su mano, sigue caliente por la taza de café humeante que ha mantenido entre las manos.

—Pues si yo fuera tú, volcaría mis atenciones en ese chico y no en tu vieja vecina.

Le hago un gesto con la cabeza en dirección a la barra. Ella se gira e

inmediatamente sus mejillas se tornan de color carmesí.

—¿Gonzalo? —pregunta curiosa.

—Por mí como si se llama Patolín. No ha dejado de mirarte en todo este rato. —La incito con el brazo, no sé dónde he dejado mi discreción—. Vamos, vamos, ve a hablar con él.

Eva pone los ojos en blanco y trata de restarle importancia al asunto. Juraría que está un poco avergonzada.

—Oh, Alicia, no. Te equivocas. Gonzalo es mi compañero, trabajamos juntos desde que llegué a este hospital.

—Y está enamorado de ti.

No puedo estar más segura de lo que digo, aunque ella me mire con cierto aire de desconfianza.

Suspira y se levanta como un rayo para ir a pagar a la barra. Ni me molesto en hacer el gesto, sé que no va a aceptar que la invite. Cuando regresa, sigue en sus trece:

—Alicia, tengo que recordarte que dos personas pueden trabajar juntas, incluso ser amigos, y no por eso se tienen que enamorar. —Me saca de quicio.

—Y yo te recuerdo que no he vivido en la Edad Media, aunque ahora sea un vejestorio. Claro que pueden ser amigos, pero lo que ese chico no puede evitar es silenciar lo que grita su mirada. Hazme caso, los mayores sabemos mucho sobre esto.

Casi como si quisiera llevarme la contraria, para demostrarme que entre Gonzalo y ella no hay nada, se levanta y se acerca a él, avisándole de que ya deben volver al trabajo. Me hace un gesto con la mano a modo de despedida y yo le correspondo.

Si algo me ha dado la experiencia es que sé reconocer a la legua dónde hay una bonita historia de amor y dónde es mejor dejar que el río corra y arrastre lo que no es para nosotros. Espero que Eva y… ¿Gonzalo? sepan reconocerlo a tiempo.

Camino hasta la calle de la Princesa y ahí me dejo llevar hasta Plaza de España, luego Gran Vía, y, a través de la calle del Príncipe, después de pasar por Sol y Carrera de San Jerónimo, me adentro en el Barrio de las Letras, donde en tan solo unos metros el caos se vuelve calma,

el ruido se torna silencioso y hasta el aire tiene otro rumor.

Cuando llego a casa estoy exhausta. Ha sido casi una hora y media de paseo y mis piernas se quejan, agotadas, implorando una tarde relajada, tal vez cocinando algo a fuego lento.

Miro a través de la ventana esos rayos de sol que se cuelan en casa, haciendo invisibles los cristales que me protegen del mundo, e iluminando los rincones de mi hogar donde una vez fui tan feliz.

Porque en este lugar, justo aquí, fue donde Adrien y yo nos quedamos para siempre unidos por un hilo rojo que, de tanto estirarlo y estirarlo, se hizo tan largo que nos acabó separando.

19

«Y yo, que quise ser un latido, al final me convertí en un recuerdo».

Madrid, enero de 2021

El calendario me decía que era 10 de enero de 2021, domingo en el semanal, pero yo lo sentía como si fuese el primer día de mi vida, como si todo el tiempo anterior hubiese estado dormida, soñando la vida de otra persona.

Amanecer abrazada al amor de tu vida es una de las mejores sensaciones del mundo. Solo la supera el hecho de saber que nunca se va a ir de tu lado, pero créeme, de eso nadie puede estar seguro. ¿Crees que tú sí? Siento ser yo quien te explote esta verdad en la cara.

Después de la noche de amor que tuvimos ya no había barreras entre nosotros. Acaricié su cara con ternura y le aparté un mechón de pelo descolocado que le caía por la frente.

Cuando Adrien abrió los ojos, me sorprendió mirándolo con la sonrisa que ilumina el rostro de aquel que ya ha llegado a su destino.

—Buenos días, princesa.

Su voz sonaba diferente, amortiguada por el efecto de varias horas de sueño. Aunque yo quise pensar que era la voz de un enamorado. Me estrechó entre los brazos una vez más y me besó en la frente.

—Buenos días. ¿Has dormido bien?

—Mejor que en toda mi vida.

Los domingos tienen algo especial. Si despiertas en la compañía indicada no hay prisas, solo el deseo de que el tiempo se pare. Que el fin del mundo nos pille en un domingo de resaca de amor. Pero si lo haces en un lugar al que ya no perteneces, ese día se convierte en un regalo envenenado, en un bucle infinito que te recuerda, otra semana más, que la vida se te escapa y que nada de lo que esperabas de ella te está sucediendo. Tú decides en qué bando quieres estar.

Pero también fue ahí, mientras Adrien me acariciaba el pelo y yo me acomodaba a las formas de su pecho, cuando, por primera vez en

mucho tiempo, sentí miedo. Quien lo haya experimentado sabrá de lo que hablo. Es un tipo de miedo que te hace sentir al borde de un precipicio. Puedes oler el vértigo, notar sus dedos rozándote.

Me sentí perdida, porque, de pronto, me había dado cuenta de que todo lo que creía haber anhelado en la vida se había esfumado. Aquella mañana imaginé mi vida de una forma muy diferente a todo por cuanto había luchado.

—¿Estás bien? —Adrien percibió que algo no iba bien.

—Sí… Bueno… —Suspiré, tratando de relajarme, pero rindiéndome a la evidencia—. Todo esto es muy raro.

—Sí… Lo es.

—Míranos. —Quise explicarme, abrir mi corazón ante ese desconocido que parecía haberse apropiado de cada poro de mi piel—. Nos conocimos hace tres días, literalmente. ¿Y ya estamos así?

Adrien se quedó con la mirada perdida en alguna parte. Algo en mi interior me gritó que su mente volaba hacia Berlín. Y por desgracia no me equivocaba. Intenté recuperar el control de la situación.

—Quiero decir que yo no soy así. Lo que pasó anoche… Fue muy intenso y creo que los dos lo vivimos igual. Estoy esperando que en cualquier momento, el director de nuestra particular película romántica grite: «Corten».

—Para mí también fue muy especial. La noche más especial de mi vida. —Adrien volvió a besarme.

Me temblaban las manos, el estómago y hasta los leucocitos.

—Justo a eso me refiero. Somos un par de desconocidos que están viviendo esto con la intensidad de quien se conoce de toda una vida.

—¿Y por qué eso es negativo? Si te soy sincero, y no quiero que pienses que te estoy engañando, nunca he sentido algo así. Soy muy afortunado de haberlo descubierto. De haberte encontrado. ¿Qué tiene de malo?

«Todo y nada», pensé. Me incorporé, lo miré a los ojos y traté de lanzar mis palabras con la mayor delicadeza posible.

—Pues que dentro de unos días saldrás por esa puerta y yo me

quedaré aquí con la vida patas arriba y sin saber cómo encajo en este mundo sin ti.

Escupí mis sentimientos, que impactaron directamente contra un Adrien que solo supo aguantarme la mirada para después calmarme los miedos con un beso que me hubiera gustado que fuera eterno.

Ambos sabíamos que estábamos condenados a perdernos, que nuestros caminos se habían cruzado por un capricho del destino y que pronto deberíamos separarlos.

Los labios de Adrien supieron mandar a nuestros miedos fuera de la habitación. Pactamos recogerlos más tarde. Fuimos inconscientes, egoístas. Pero fuimos más nosotros que nunca. Y eso era lo único que importaba.

20

«Aquel día me presentaron a la felicidad: llevaba tu nombre».

Madrid, enero de 2021

Pasamos la mañana de domingo en la cama, sin apenas darnos cuenta de que en las calles de Madrid ya había dejado de nevar. El idílico paisaje de cuento nórdico comenzaba a dejar paso al caos. Las máquinas no daban abasto para evitar que el hielo se apoderase de la ciudad. Los ciudadanos todavía no lo sabíamos, pero tardaríamos días en recuperar la normalidad, especialmente aquellos que vivíamos en las zonas más históricas, con accesos más complicados.

Tras un desayuno pausado, decidimos que, a la vista de la situación, no nos íbamos a arriesgar a salir de casa.

—¿De verdad no te importa que nos quedemos? Puedo llevarte a Belli di Mamma a tomar la mejor tarta de queso que has probado nunca. Está aquí al lado. Es normal que quieras aprovechar este tiempo para ver algo más de Madrid. —Me sentía algo incómoda, pero era consciente de que no podría cumplir sus deseos de hacer turismo por la ciudad, ni aunque quisiera. No estaba en mi mano.

—Lo mejor de Madrid ya lo tengo a mi lado.

No me hizo falta decirle que me morí de amor al oír aquello, mi rostro se encargó de hacerlo.

—Además —continuó—, yo no debería estar aquí a estas alturas. No contaba con estos días para recorrer la ciudad y, tal y como está la situación, prefiero que nos quedemos en casa. Seguro que las calles ya están llenas de hielo y es peligroso andar por ahí.

—¿Maratón de pelis en el sofá? —propuse, alegre y llena de vida.

—Me parece el mejor plan —respondió divertido.

Se ofreció a fregar los platos, algo que acepté al vuelo. Me parecía increíble la sintonía que teníamos, como si llevásemos toda la vida conviviendo. Su presencia ya me resultaba familiar. Cada rincón de mi hogar se estaba impregnando con su aroma y no quería hacer nada por evitarlo. No podía ser más feliz.

Mientras él se encargaba de limpiar los restos del desayuno, aproveché para llamar a Fer. Me había pasado toda la tarde y la noche del sábado sin mirar el teléfono móvil y, a esas alturas, ya tenía siete llamadas perdidas, más una buena colección de *wasaps* pendientes de contestar. Era el momento de responder. No quería preocuparlo.

—¡Alicia María! —Ese no era mi nombre, pero sí la forma en la que Fer se dirigía a mí cuando estaba enfadado conmigo—. ¿Se puede saber dónde te habías metido? ¿Sabes lo preocupado que estaba? No, es evidente que no lo sabes. Más vale que tengas una buena excusa.

—Estoy bien. ¡Tranquilo!

—Sí… Si ya veo que estás bien. ¿Por qué no me has llamado antes? —Hubo un silencio al otro lado de la línea, pero acto seguido continuó, como si hubiese tenido tiempo suficiente para darse cuenta de la realidad que yo todavía me empeñaba en silenciar—. ¿Por qué tienes esa voz?

Una exclamación salió de su garganta, mientras yo me mecía a medio camino entre reírme o sentirme ligeramente avergonzada por todo lo que tenía que contarle. Sabía que me iba a reñir.

Y entonces se lo relaté todo. Le hablé de las noches infinitas y de los amaneceres por los que merece la pena vivir. Le expliqué que nunca había conocido a nadie como él. Que jamás había imaginado que el amor llenara y vaciara tanto a la vez. Que nunca había sido tan feliz.

Le hablé de Adrien, de sus gustos, sus temores y sus bondades. No olvidé mencionar esa arruga de su frente que lo delataba cuando su mente pensaba de más. Alabé sus virtudes y prometí amar sus defectos, porque ellos también forman parte de lo que somos. Quería amarlo con sus luces y sus sombras. Fer escuchaba pacientemente al otro lado del teléfono.

—Estás muy callado… —Tal vez mi monólogo había durado demasiado—. ¿No te alegras por mí?

—Mucho, no sabes cuánto. —Suspiró—. Pero ten cuidado, ¿vale? Prométemelo.

—Tranquilo, eso ya me lo dijiste el viernes. Estoy en buenas manos. Te lo puedo asegurar.

—No desconfío de él, Ali. Desconfío de tu corazón; te puede destrozar antes de que te des cuenta.

—Algo que me ha regalado la vida, no me lo puede quitar —repuse, convencida de que las cosas podían ser así de fáciles, que uno más uno siempre suman dos. Me equivoqué.

—Ya lo creo que sí…

Me despedí de mi amigo y regresé al salón, donde Adrien ya me esperaba en el sofá, consultando su teléfono móvil. Una mueca de preocupación dominaba su rostro y no pude evitar que mis instintos se pusieran también en alerta. Cogí una manta y me senté junto a él.

—¿Todo bien?

—Sí… Creo. Anne me escribió ayer varias veces. Parece que la niña está un poco resfriada. La he llamado, pero no me ha cogido el teléfono.

—Tranquilo, si fuese algo grave te lo habría dicho, aunque fuese a través de un mensaje. —Cogí su mano y entendí que me tocaría vivir muchas situaciones como aquella—. Si te quedas más tranquilo, deja el móvil siempre con sonido. Comprendo que no quieres ni debes estar desconectado.

Me besó, agradeciendo mi comprensión. Y yo, por un momento, pensé que superaríamos cualquier circunstancia, que solo necesitaríamos un par de gramos de paciencia y amor, mucho amor.

El día pasó volando. No podía estar más en desacuerdo con Fer. No había nada en aquel momento y en aquel lugar que me pudiera hacer pensar que Adrien no era lo mejor que me había pasado en la vida. ¿Cómo no perderle el miedo al amor, si es lo que nos da alas?

Como una broma del destino, lo comprendí pronto. Cuando ya estábamos a punto de acostarnos, recibió un mensaje de su aerolínea, haciendo estallar nuestra burbuja de felicidad, nuestro refugio a salvo, nuestro todo-es-posible.

—¿Qué sucede? —Me preocupé al ver que su cara había cambiado al leer algo en la pantalla.

Es curioso cómo funciona la intuición del ser humano, que es capaz de completar los espacios vacíos. Mi corazón comenzó a bombear con más fuerza. Sabía el contenido de aquel mensaje, incluso sin haberlo leído. Nuestra historia de amor no podía acabar tan pronto. Todavía no.

Adrien no hizo caso de mi silencio y me dio la respuesta que no quería conocer.

—Me han reasignado un vuelo a Berlín mañana por la noche.

21

«No me digas que fui una cobarde, si fuiste tú quien me enseñó a huir».

Madrid, enero de 2021

Veinticuatro horas. A veces la vida se concentra en un espacio mínimo de tiempo. Y después, nada. Yo seguía sin poder articular palabra, me negaba a aceptar que aquella sería la última noche que dormiría entre los brazos de Adrien. Curiosamente, solo era la segunda vez.

—Quédate.

Mi subconsciente habló sin que yo pudiera sentirme dueña de mis palabras. Mi parte racional calló, acorralada entre mi corazón y mis entrañas, a quienes imaginaba como matones equipados con guantes de boxeo y amenazando a cualquier pensamiento que tratase de hacerme volver a la realidad.

Adrien suspiró y trató de consolarme, tendidos en la cama, en el mismo lugar y en la misma posición en la que aprendí que hace falta muy poco para ser feliz.

—Princesa… Sabes que no puedo.

Me revolví, convulsa, entre unas sábanas que ya nos pertenecían. A los dos.

—No, Adrien, no me digas eso. No me digas que te vas. ¿Qué hago yo con todo esto?

—Alicia…

—Sé que es una locura. Sé que no entraba en nuestros planes y que nos conocemos desde hace muy poco. Pero tú sabes igual que yo lo que significa. Y lo que puede llegar a ser si no lo matamos. Por favor, no dejes que eso suceda… No nos lo merecemos.

Se llevó las manos a la cabeza y cerró los ojos, tratando de encontrar en algún lugar de su cerebro la clave para conciliar los dos mundos en los que ahora se movía nuestra vida, nuestro futuro. Madrid y Berlín. Berlín y Madrid. Su camino y el mío.

—Está bien… Creo que podremos pedirle una prórroga al destino. Déjame que lo intente.

Llamó a su aerolínea y consiguió retrasar el vuelo una semana. En el trabajo diría que no había conseguido plaza para volver antes. La baja frecuencia de vuelos y los asientos que todavía debían reasignar las compañías aéreas le daban credibilidad a la excusa. Nadie se tenía que enterar de que podría haber vuelto antes. Sería nuestro secreto, una pequeña travesura.

Al regresar a la cama le di las gracias. Él dejó en la mesita de noche, junto al teléfono móvil, su sentido de la responsabilidad y se fundió conmigo en una nube de cosquillas, de caricias y de amor. Tan solo nos estábamos regalando una semana más, pero a nosotros nos supo a gloria.

De aquella noche tengo un último recuerdo, bien nítido, de las palabras que nos dijimos justo antes de caer rendidos al embrujo de Morfeo.

—Esta mañana, sin querer, me ha llegado parte de tu conversación con Fer. No quería espiar, pero estas paredes son de papel. He oído lo que decías de mí. ¿De verdad piensas todo eso?

—Eso y mucho más. —Sonreí medio dormida.

—Tengo miedo de hacerte daño.

—Mientras no dejes de quererme, nunca lo harás.

—Prometido.

Y sí, cumplió su promesa. Solo que las cosas no son siempre tan sencillas. Nadie volvió a quererme como él. Pero tampoco nadie me hizo tanto daño.

22

«Tus alas solo sirven si las usas para volar. No lo olvides».

Madrid, enero de 2021

¿Alguna vez te has despertado, has mirado a tu compañero de sábanas y has sentido que podrías explotar de felicidad en ese mismo momento? ¿No? Entonces, por tu bien y por el de quien duerme junto a ti, cambia de pareja. Te puede sonar superficial, incluso un poco infantil, pero créeme que es justamente lo contrario.

No te conformes con aquello que no sea capaz de hacer explotar tu corazón, con algo que te parezca mundano, vacío, con algo que no le dé a tu vida el sentido con el que merece la pena ser vivida. Busca eso, y, si no lo encuentras, no pasa nada. Pero no te conformes con menos de lo que mereces. Nunca.

La semana de prórroga que nos habíamos regalado nos hizo sentir protagonistas de la más bella historia de amor. Sabíamos que no podríamos vivir siempre así. Sabíamos que terminaríamos por extinguirnos. Pero también quisimos jugar a ser niños, a los que un día se les hace largo y una semana es toda una eternidad.

La diferencia era que nosotros éramos adultos. Peor aún, éramos adultos enamorados, por lo que el tiempo se nos escurría entre los dedos a una velocidad que daba vértigo. Los días pasaban volando, aunque éramos más felices de lo que nunca habíamos sido. No teníamos tiempo de pensar en lo que vendría después.

Agotamos todos los secretos que nos podían faltar por contar, nos quedamos sin misterios el uno para el otro. Hay quien podría pensar que eso es un error, que nunca debes quedarte sin nada que ofrecer a la otra persona porque eso hace que se pierda la magia, que se pierda el interés. En nuestro caso, no fue así.

Deseábamos empaparnos del otro, convencernos de que nadie nos conocería nunca tan profundamente. Fuimos transparentes.

Y quizá por eso, porque no nos planteamos una estrategia de futuro, porque tuvimos que conformarnos con vivir el presente y darnos todo lo que podíamos forjamos un amor indestructible. Un amor capaz de traspasar fronteras.

El miércoles decidimos salir a dar una vuelta por el barrio. El hielo continuaba en las calles, pero Adrien y yo nos ayudamos para no perder el equilibrio.

Quise enseñarle mi verdadero Madrid, el que a mí me había enamorado y el que esperaba compartir con él algún día. En la calle de Lope de Vega lo invité a tomar un café de especialidad, bien caliente, en Feliz Coffee, uno de los lugares con encanto de los que yo era asidua por aquel entonces.

Después, giramos a la derecha en la calle del León y de nuevo a la derecha otra vez en la primera salida, para llegar a la Real Fábrica, en la calle Cervantes, uno de mis sitios preferidos. Una tienda con encanto, de las que ya se podían contar con los dedos de una mano, y que, a través de sus productos, proponía al visitante un paseo por la geografía española, fusionando pasado y presente. Él se quedó ensimismado con la cerámica colorida de Granada, pero finalmente compramos una lata de caramelos de violetas, típicos de Madrid.

—Perdona. —Su teléfono volvió a interrumpir, como cada día, nuestro inesperado paraíso. No me importaba demasiado, era lo pactado—. Es Anne, debo cogerlo. Por la niña, ya sabes.

—Claro. —Le hice un gesto con la mano en señal de aprobación, aunque él ya tenía el teléfono en la oreja.

Se separó unos metros de mí, pero observé que volvía a ponerse nervioso. Me preocupaba compartir un trozo de Adrien con Anne, pues por mucho que yo pudiese darle, ella siempre tendría reservado un puesto de honor en su vida. Era la madre de su hija. Uno a cero para la buena de Anne.

Sí, también estaba algo celosa, no lo negaré. No se trataba de desconfianza hacia Adrien, ni mucho menos, pero me sentía muy insegura. A fin de cuentas, con ella compartía una hija, conmigo… Conmigo unos días de su vida.

—¿Estás bien?

Me preguntó un par de minutos después, cuando colgó el teléfono y volvió a mi lado. Me abrazó para darme calor. A pesar de todas las capas de ropa que llevábamos y del café caliente que nos acabábamos de tomar, pisar sobre suelo helado nos hacía tiritar a los dos.

—Sí, tranquilo.

Quise reanudar la marcha en dirección a la fuente de Neptuno, pero él me frenó en seco, sosteniéndome por los hombros.

—Alicia… Mírame.

Y ese fue uno de los problemas de habernos mostrado tan auténticos, que me resultaba imposible esconder un sentimiento sin que él desvistiera mi fachada por completo. Me giré y le sostuve la mirada como pude. El gorro de lana y la espesa bufanda apenas dejaban a la vista sus ojos, mientras un mechón de flequillo peleón trataba de escaparse.

—No tienes que preocuparte por nada, ¿vale? Anne y yo hablamos solo por la niña. No lo olvides nunca.

Me sentí estúpida. Aunque mi papel tampoco era fácil.

—Lo sé. Por eso no te he dicho nada, pero me duele.

—¿Qué es lo que te hace daño exactamente? —El tono de su voz rezumaba paciencia y comprensión.

—Me duele… Me duele que con ella lo tienes todo y conmigo no tienes nada. Que mañana puedes desaparecer de mi vida y que tu recuerdo será lo único que me quede de ti. Y, sin embargo, ella tiene una cadena eterna que la une a ti para siempre.

—¿Sabes? Yo prefiero el hilo que nos une a nosotros. A nadie le gustan las cadenas, ¿no te parece?

—Tienes razón, pero…

Adrien supo que estábamos a punto de retomar esa dolorosa conversación que aplazamos el domingo por la noche, cuando cambió su billete de avión.

—No digas nada. No dejes que nada ni nadie estropee lo que estamos viviendo. Esto es nuestro. Y aunque sea lo único que nos pertenezca en esta vida, quiero disfrutarlo. Contigo.

Sonreí y, casi sin ser dueña de ellas, de mi boca escaparon las dos palabras más sinceras y con mayor compromiso que había pronunciado en mi vida.

—Te quiero —dije.

—Te amo —respondió él.

Y fue justo allí, en aquella esquina de la calle Quevedo con la calle Cervantes, al amparo que ofrecían las cornisas de aquel rincón de Madrid que un día perteneció a los literatos de la época, donde nosotros firmamos nuestro amor. Hicimos honor al lugar en el que nos encontrábamos. Quedamos unidos, para siempre, por la promesa de las palabras que pronunciamos.

Ellas serían eternas. Nosotros, tal vez no.

23

«El amor lo es todo, pero no puede con todo».

Madrid, enero de 2021

Me tomé aquella semana de descanso. Bien sabía que era algo que un emprendedor no debía hacer, pero mi conciencia callaba. El grito de mi corazón era más fuerte.

En mi fuero interno sabía que no tendría a Adrien eternamente, por eso quería disfrutar cada segundo. Le eché las culpas al hielo que hacía intransitable el barrio, no quería poner en riesgo a mis clientes, por supuesto. Esa fue mi excusa, oportuna y, en cierto modo, comprensible. Solo Adrien y yo conocíamos el verdadero motivo. Bueno, y Fer también, pero me guardó el secreto después de decirme que ya hablaríamos más adelante, que, por ahora, disfrutara. Su voz sonaba resignada, como cuando dejas por imposible a una niña a la que le dices que coja solo una galleta, pero toma de la caja todas las que le permiten sus manitas.

A pesar de tener el negocio cerrado para el público, una mañana le dije a Adrien que quería enseñarle algo. Cogimos la bufanda, las botas y las llaves del local y subimos por la calle Moratín, en dirección a la plaza de Antón Martín, hasta llegar a mi pequeño trocito de mundo. Cada vez que entraba por esa puerta mis ojos se iluminaban.

—¿Te gusta? —le pregunté a Adrien después de mostrarle cada rincón y hablarle de pedidos, proveedores, escaparatismo y hasta de psicología del cliente—. Perdón, creo que llevo media hora hablando sola.

—Me encanta, de verdad. Y lo mejor es que aquí brillas. Te veo superfeliz en este lugar.

—Tú también me haces brillar.

Chasqueó la lengua y negó con la cabeza. Me cogió el rostro entre las manos y comenzó a hablarme con delicadeza.

—No, princesa, tú brillas por ti misma, no lo olvides jamás. Por quien eres, por lo que has construido. —Soltó mi cabeza para señalar a nuestro alrededor con las manos—. Esto… Esto es magia. Es un

milagro en un mundo cada vez más roto. Y, sobre todo, eres tú. Nunca te mandes el mensaje de que para brillar necesitas que otro te ilumine.

—Pero juntos brillamos más.

Recuperamos la cercanía de nuestros cuerpos cuando lo rodeé por la cintura.

—Sin duda. Pero ya sabes a lo que me refiero. —Asentí con la cabeza —. Ven, siéntate.

Me llevó hasta el almacén, donde tenía algunos cojines repartidos por el suelo a modo de lugar improvisado de descanso.

—¿Sabes lo que pensé la primera vez que te vi entrar por la puerta de tu apartamento?

Negué, curiosa.

—Me impresionaste. —Sonrió—. Tienes… No sé explicártelo, Alicia, pero tienes una luz arrolladora, una fuerza especial. Creo que me enamoré de ti en ese mismo instante, aunque tardé un poco más en darme cuenta. Después, cuando comenzamos a hablar, comprendí que eres la persona con más fortaleza que he conocido en mi vida. Mantén siempre tu luz encendida, por favor, pase lo que pase en tu vida, no dejes que nunca se apague.

En ese momento no lo supe, pero aquel consejo que me dio Adrien, el de mantener mi luz encendida pasara lo que pasara, fue lo que me ayudó en los momentos más difíciles. El motivo por el que nunca me rendí.

Poco a poco la normalidad se iba restaurando en la ciudad. Seguía siendo algo complicado transitar por las calles, especialmente por las más estrechas y empinadas, donde todavía no se habían podido realizar los trabajos de deshielo, pero después de la tormenta llega la calma, como suele decirse, y qué verdad es.

Hicimos una rápida compra de supervivencia y bajamos por la calle de las Huertas muertos de risa. Nos sentíamos los dueños de la ciudad. Fui señalándole, uno a uno, los bares en los que tenía algún recuerdo divertido. Vivir tan cerca de una de las zonas de fiesta de Madrid tenía que tener alguna ventaja. Me prometió que construiríamos juntos nuevas anécdotas en ellos, de las que nos reiríamos en el futuro, cuando fuésemos dos viejecitos a los que la cadera ya no les permitiría bajar aquella misma cuesta. Yo, aunque respondía con carcajadas, en

el fondo solo podía pensar en lo que eso significaba. Un futuro. Juntos.

Pero las cosas no siempre salen como uno quiere. Y el presente juega sus cartas como le viene en gana. Apenas bastaron un par de horas para que ese futuro con el que soñábamos juntos se desvaneciera como la espuma de una ola.

Cuando salí de la ducha, encontré a Adrien sentado en el sofá, encorvado hacia delante, con un par de lágrimas deslizándose por sus mejillas, esas líneas de expresión que minutos antes había cubierto yo con besos. Tenía el móvil entre las manos y por el altavoz podía oírse la risa de un bebé. También una voz femenina.

—Mira.

Adrien me llamó, secándose las lágrimas con el dorso de las manos. Me hizo un gesto para que me sentara a su lado. Me acurruqué junto a él, sin saber muy bien cómo responder ante esa situación. En la pantalla del móvil se reproducía en bucle un vídeo de un bebé riéndose a carcajadas mientras unas manos, las de su madre, supuse, le hacían cosquillas.

—¿Has visto cómo se ríe? Es increíble, está mucho más grande y apenas llevo unas semanas sin verla.

—Suele decirse que los niños crecen por días. —Esbocé una sonrisa sin muchas ganas—. Es preciosa. Tienes una hija realmente preciosa, Adrien.

Me armé de valor. Hay momentos en los que no queremos conocer la respuesta a una pregunta y, sin embargo, la lanzamos igual, como kamikazes.

—No entiendo lo que dice la mujer… Anne, supongo…

Adrien estaba tan ensimismado mirando el vídeo de su pequeña una y otra vez que no reparó en el impacto que podían tener sus palabras. Las soltó a bocajarro, como si nada.

—Dice que lleva todo el día riéndose y que falto yo.

Fue cuando escaparon de sus labios cuando retomó el contacto con la realidad. Suspiró. Dejó el móvil sobre la mesa y se giró hacia mí. Se puso en mi piel y trató de consolarme.

—Alicia…

—No, por favor, no digas nada.

Lo vi venir. Vi un final anunciado, vi cómo la realidad nos golpeaba, implacable. Dos títeres a su merced, que jugaban a interpretar un papel protagonista. Vi una función que estaba a punto de terminar. Vi un precipicio. Y vi la ola que se nos aproximaba y que nos devoraría vivos.

—Sabes que es algo que tenemos que hablar en algún momento. Quizá ese momento ha llegado.

Guardé silencio, me encogí, como si así pudiera desaparecer. Ojalá. No estaba preparada. No todavía. Tal vez nunca lo habría estado. Decir adiós a Adrien fue lo más difícil que hice en mi vida.

Pero él continuó.

—En tres días sale mi avión. Y esta vez lo voy a coger, ese fue el acuerdo. Sabes que debo volver a Berlín. Ella… —Señaló al móvil, donde la imagen congelada de su pequeña nos sonreía, ajena a todo lo que estaba sucediendo a varios miles de kilómetros de distancia—. Es la razón por la que mi vida tiene sentido. No quiero renunciar a ella. No tan pronto. Crecerá y probablemente me arrepienta de no haber llevado mi vida por otro camino. Pero, ahora mismo, es lo que necesito.

Asentí con la cabeza y él me devolvió el gesto con el beso más agridulce que me habían dado nunca. Porque a la misma vez que me decía que me quería, también estaba renunciando a mí.

Y lo peor fue que, a pesar de todo, lo entendí. Porque si mi luz brillaba en el pequeño mundo que me había construido, también tenía que ser justa y comprender que la suya tenía que seguir brillando lejos de mí.

24

«Cuando quieras contarme algo y ya no puedas llamarme. Justo ahí te darás cuenta de que todo esto fue un error».

Madrid, enero de 2021

Ni siquiera lo ayudé a hacer la maleta. Mientras Adrien preparaba su equipaje, yo me escondí en mi habitación. Fingí leer, pero no avancé ni una sola página, se me amontonaban las letras. No sé si pasaron diez minutos, media hora o dos; mi letargo me mantenía aislada del mundo, pero recuperé la conciencia al oír el ruido de la puerta de mi habitación.

—Alicia… —Balanceó en su garganta las seis letras que formaban de mi nombre, mientras se tumbaba junto a mí, en el que ya se había convertido su lado de la cama.

—Dime.

Intenté parecer lo más neutral posible, no quería poner las cosas más complicadas de lo que ya estaban.

—Esto no es fácil para ninguno de los dos. No sabes cuánto lo lamento. —Su voz sonaba más triste que nunca—. Solo espero que algún día puedas perdonarme.

Dejé el libro en la mesita de noche y me giré hacia su lado, quedando cara con cara. Cogí sus manos y las besé. Quería recordar cada centímetro de su piel, por si no volvía a tocarla.

—No tengo nada que perdonarte. Y si en algún momento me he enfadado contigo, te prometo que ya lo he dejado atrás. Entiendo tus motivos.

—Sabes que no puedo hacer otra cosa.

Me mordí la lengua. Siempre hay otros caminos, pero al final siempre elegimos lo que realmente queremos. Bien por deseo, bien por comodidad. O por cualquier otro motivo. Pero la elección depende nosotros. Exclusivamente de nosotros, sea cual sea la excusa en la que tratemos de cobijarnos.

—Claro…

—Me encantaría quedarme contigo. Te prometo que si no tuviera un bebé esperando en Berlín me quedaría aquí, en Madrid. Renunciaría a todo. A mi trabajo, a mi familia, a mis amigos. Y lo haría por ti, no tengas ninguna duda. Pero no puedo renunciar a ella, Alicia, por favor, no me guardes rencor por esto. No quiero que esa niña crezca sin su padre.

Le acaricié el rostro para tratar de insuflarle algo de calor. Habíamos sido fuego, pero ahora éramos bloques de hielo. Solo supe darle mis últimos retazos de cariño para que viajaran con él.

—¿Cuándo sale tu vuelo?

Miró la hora en el reloj de la mesita de noche.

—En cuatro horas.

—Bien… Tardamos algo más de media hora en llegar al aeropuerto. No deberíamos demorarnos mucho en irnos.

—No quiero que me acompañes.

Lo observé extrañada. Pero en el fondo fue un alivio. De nuevo, estaba de acuerdo con él.

—Yo también lo prefiero —confesé con una sonrisa triste—. No puedo ver cómo te escapas de mi vida.

—Venga, vamos a comer algo rápido. No has probado bocado en todo el día, mi amor.

Nos dirigimos a la cocina. La mesa estaba puesta; la comida, servida y, junto a los platos, un par de velas.

Nos sentamos a la mesa y casi por un momento olvidamos lo que estaba a punto de ocurrir. Él tenía esa capacidad de hacerme perder la noción del tiempo. Hasta que retomó el tema.

—Quiero proponerte algo.

No me lo pensé dos veces.

—Lo que quieras.

—No aceptes tan rápido. Es algo que debes pensar muy bien. Yo ya lo

he hecho. Anoche no podía pegar ojo e intenté encontrar una solución. Tiene que haberla. Creo que esto es lo más parecido a una posibilidad.

Las esperanzas ganaron a la razón y algo en mi interior se encendió, ilusionado ante la remota posibilidad de que todavía pudiera existir un camino que pudiésemos transitar los dos.

—Te escucho.

—¿Y si lo intentamos de todos modos?

Me dejó desconcertada.

—¿A qué te refieres?

—Verás, sé que las relaciones a distancia, generalmente, son una utopía, no funcionan. Sé que lo más probable es que no salga bien, pero si lo dejamos ahora, sin intentarlo, creo que me pasaré toda la vida pensando que no luchamos lo suficiente por nuestro amor.

—¿Quieres una relación a distancia?

—Sé que no es lo ideal, pero tal vez es lo que nos toca vivir en este momento. Nos hemos conocido en una circunstancia muy difícil, Alicia. Y estamos luchando contra nuestra propia vida, porque el destino ha sido tan bromista que nos ha cruzado en el momento en el que ninguno de los dos puede dar un paso adelante sin que eso signifique traicionar su propio camino. —Guardé silencio y dejé que continuase—. Podría pedirte que te vinieras a Berlín a vivir conmigo. Y te prometo que sería el hombre más feliz del mundo. Te acogería en mi casa, en mi vida, te daría todo lo que necesitaras. Pero también me sentiría el ser más egoísta del universo por hacerte renunciar a aquello que te ha costado tanto construir, que renunciaras a ti misma, a tus sueños, a quien eres… A esa luz que yo mismo te he dicho que nadie debe apagar. Y lo harías por mí. Y eso nunca lo voy a hacer, cariño. Nunca. Porque te quiero bien.

Volvía a sentir que estábamos en sintonía. Porque fue justo ese argumento el que se había pasado por mi cabeza todos esos días atrás.

—Y precisamente ese es el mismo motivo por el que no puedo quedarme yo. Necesito estar con mi hija. Y sé que lo entiendes.

Asentí.

—Por eso y porque tampoco quiero renunciar a ti, te propongo que lo

intentemos. Estamos solo a tres horas de avión. No es lo ideal, lo sé. Pero podemos organizarnos y ya veremos hacia dónde nos lleva la vida. Mi hija crecerá y yo podré venir a vivir a Madrid; o quizá tu negocio despegue y tú puedas abrir una tienda en Berlín. Ya veremos lo que sucede, mientras tanto, no quiero soltar tu mano. Estoy dispuesto a intentarlo.

—¿Y si no funciona?

Agarrarme a Adrien era la única forma que tenía de sentir que no estaba tirando mi vida por la borda, pero el miedo también me paralizaba. Él se encogió de hombros y bajó la mirada.

—Entonces tendremos que asumir nuestra derrota. Solo tú y yo sabemos lo que hemos vivido. Y solo tú y yo podemos entender la intensidad de nuestro amor. ¿De verdad crees que no va a funcionar si somos nosotros los que luchamos por ello?

Tomé aire.

—Necesitaremos volcarnos cien veces más de lo que lo haríamos en cualquier otra relación. —Él asintió mientras yo hablaba—. Dedicarnos un rato cada día solo para nosotros, para hablar por teléfono.

—Podemos quedar los sábados por la noche para ver una película por videollamada.

—Abriremos un vino cada uno y nos contaremos todo, cualquier detalle de nuestro día, por insignificante que sea. Y, sobre todo, tendremos que hacernos una coraza con kilos de confianza. Eso será lo más difícil.

—Iremos a ciegas, pero debemos creer en el otro. Pase lo que pase —añadió—. Pasaremos las vacaciones juntos y podemos visitarnos cuando queramos. Haremos una copia de las llaves de nuestras casas, si quieres, y así podremos ir sin avisar. No necesitamos cuadrar agendas ni esconder nada, porque seremos transparentes el uno para el otro. Eso también nos ayudará a confiar.

Ese detalle de las llaves fue lo que más me ilusionó. Podía ser real. Podía funcionar.

—Entonces… —Adrien se levantó de la silla y me pidió que me acercara—. ¿Eso es un sí? ¿Quieres que lo intentemos?

Afirmé con la cabeza y lo besé.

—Es un sí. Siempre serás un sí.

Aquello nos inyectó algo de esperanza. Pero no nos eximió de una despedida que golpeaba cada vez con más fuerza en nuestra ventana.

Cumplimos con lo pactado. Después de comer, bajamos a una ferretería que se encontraba al doblar la esquina y nos intercambiamos las llaves como dos niños ilusionados.

Nos regalamos unos últimos minutos de amor y, tras nuevas promesas, caricias y besos, tuve que ver cómo mi corazón se escapaba en el cuerpo de otra persona.

Siempre fui una persona muy intuitiva y no me equivoqué cuando la primera vez que vi a Adrien pensé que él sería mi primera cicatriz. Aquel adiós marcó el resto de mis días. Y, aunque intentamos esa relación a distancia, las cosas no son siempre tan fáciles como nos gustaría.

Nunca olvidaría aquellos últimos minutos, en los que él no se quería marchar y yo no quería dejarlo ir. Al igual que tampoco olvidaría esas palabras que me regaló antes de que mis ojos se dieran de bruces con su espalda.

—Te prometo que volveré. Te prometo que algún día regresaré, a este mismo lugar, a esta puerta en la que hoy nos despedimos. Volveré y te regalaré cada uno del resto de los días que nos queden por vivir. Espérame, mi amor.

Y eso, esperarle, fue justamente lo que hice.

25

>«Ojalá pudiera saber en quién te has convertido, cuántos sueños has cumplido o qué miedos has derrotado. Si la vida te ha tratado bien o si sigues luchando contra esos fantasmas que un día me dejaste conocer. Tal vez has aprendido a bailar bajo la lluvia o quizá sigues encerrándote en casa cada vez que comienza a llover. Mi mayor condena es que, a pesar de que sé quién fuiste, ya nunca sabré quién serás».

Madrid, mayo de 2056

Hacía tiempo que las manos no temblaban tanto. Hacía tiempo que la garganta no se quebraba de esta manera. El recuerdo de Adrien saliendo de mi vida hace que vuelva a sentirme tan pequeña como aquella vez.

Ya han pasado treinta y cinco largos años desde entonces. Treinta y cinco años, con sus más de doce mil quinientas noches. Me río yo de la canción de Sabina. Sinceramente, he dejado de luchar contra mi corazón y he aprendido que moriré amando a esa persona. Y así consigo vivir un poquito más en paz.

—Tranquila, Alicia. —Eva me coge la mano—. Sé que estás haciendo un esfuerzo, que no está siendo fácil para ti. Podemos parar cuando quieras, no lo olvides. No tienes que explicarme nada que no quieras o que te duela.

Suspiro y asiento con la cabeza. Lo sé. Pero si hasta ahora pensaba que abrirme a ella de esta manera me ayudaba a mantener vivo mi amor por Adrien, ahora empiezo a creer que tal vez no ha sido tan buena idea. Cada vez duele más.

—Supongo que ahí acabó todo, que no funcionó como vosotros queríais. ¿Te gustaría volver a verlo?

Baja la mirada hasta la humeante taza de chocolate caliente que tiene entre sus manos. Miro a nuestro alrededor, recordando la presencia de Adrien en cada rincón de mi casa. Sigo aquí, sigo en el mismo lugar de siempre, como decía una vieja canción de Maná: «Por si algún día decide regresar y sea como ayer y nunca más dejarnos. Probablemente estoy pidiendo demasiado…».

—No tan rápido. —Trato de acallar la melodía que me ha robado los pensamientos y volver al tiempo presente—. No tan rápido…

—¿Todavía queda más que contar?

—Ya lo creo. Mucho más, sí. —Cojo aire—. Y quiero seguir compartiéndolo contigo. Si tú también quieres.

Sonríe, aunque observo un halo de tristeza en su mirada.

—Claro, no tengas duda de eso. Quiero saberlo todo hasta el final.

A veces es difícil saber quién está ayudando a quién. Cuanto más sabe de mí, más estrecha es nuestra relación. Ya ni siquiera nos hacen falta las excusas para vernos. Eva, además de saciar su curiosidad, se está llevando una lección de vida que quiero que le quede grabada en la piel.

Precisamente es justo hoy cuando se atreve a romper el hielo y pedirle consejo a una anciana como yo acerca de sus temas de corazón.

—Últimamente he estado pensando mucho en ti y en tu historia con Adrien. En lo felices que podríais haber sido juntos.

—Bueno, siempre se dice que las cosas pasan por una razón, ¿no? Pues también al revés. A veces no pasan y es por algún motivo. Quizá, después de todo, no hubiésemos sabido hacernos felices. O quién sabe lo que habría ocurrido. He pasado mucho tiempo torturándome con esa idea, pero al final comprendí que lo que no pasa hay que aprender a soltarlo. Aunque no haya dejado de quererlo ni un solo día.

Eva se queda pensativa y yo le dejo espacio para que ordene sus pensamientos. Mi sexto sentido me dice que desea contarme algo, pero que no sabe por dónde empezar. De repente, lo suelta a bocajarro.

—Tengo miedo de enamorarme.

Sonrío para mis adentros. Así que eso era.

—¿Quién es él?

Ella se sonroja y antes de oír su nombre yo ya sé quién es el misterioso afortunado.

—Gonzalo. Se llama Gonzalo.

—Y por casualidad no será tu compañero, aquel médico que vimos en

la cafetería el otro día, ¿verdad?

—Eres un poquito brujita, Alicia. Sabes que te lo digo con todo el cariño del mundo.

Me río y ella se une.

—¿Y de qué tienes miedo, chiquilla?

—De que me vuelvan a romper el corazón. —Toma aire—. Me lo rompieron hace poco. Mi madre murió demasiado pronto y desde entonces no he dejado de prometerme que nunca volvería a amar con esa intensidad.

Asiento. La comprendo. Claro que la comprendo.

—Te entiendo. Pero también tienes que saber que es muy injusto para ti. No puedes prohibirte amar, sencillamente, porque no es algo que tú decidas. Con esa actitud lo único que vas a prohibirte es ser feliz. Y estoy segura de que tu madre no habría querido eso para ti.

—Era una gran mujer…

—Estoy segura, solo hay que verte a ti.

—Es un chico estupendo. —Da otro sorbo a su chocolate, buscando tal vez calentarse el interior que sigue llorando la muerte de su madre, tanto tiempo después—. Me cuida, me escucha, me comprende. A veces pasamos veinticuatro horas juntos e incluso después de ese tiempo no quiero separarme de él. Es mi imán y mi resorte, todo a la vez.

—Eso que dices suena maravilloso. ¿Es correspondido?

—Sí… Totalmente correspondido. Él me ha dicho que me espera todo el tiempo que necesite, pero yo no estoy segura de poder darle eso a nadie. Me paraliza el miedo a que pueda salir mal. No quiero vivir con el corazón roto.

—Salga bien o salga mal, cuando tienes una certeza como la que tú tienes debes escuchar a tus sentimientos. Con el corazón roto la vida se siente más. Te lo digo por experiencia.

26

«Fuiste esa estrella fugaz a la que no tuve tiempo de pedirle un deseo».

Madrid, enero de 2021

Miré a mi alrededor y todo era silencio allá donde hubo tanta vida. El eco de nuestras risas huía, escurridizo, por alguna tubería. Las caricias se perdieron entre los cojines del sofá. La soledad que sentía solo era comparable a la que deja un huracán, que pone todo patas arriba y cuando pasa ya es imposible volver a poner las cosas en el mismo orden en el que estaban. Sencillamente, ya no encajan, ya no encuentran su lugar.

Pasé la tarde siguiendo la trayectoria de su vuelo a través de Flightradar. Supe en tiempo real cuándo había aterrizado en Berlín, no solo porque lo pude ver en el mapa de dicha aplicación, sino porque mi móvil sonó en el preciso instante en el que las ruedas del avión tomaron tierra.

—Hola, cariño. —No tardé ni un segundo en descolgar. Ni siquiera me importó que mi impaciencia quedara al descubierto.

—Hola, princesa. Acabamos de aterrizar.

Todavía se oía el ruido del avión deslizándose por la pista y el rumor de las voces de los pasajeros, deseosos de respirar por fin en el exterior.

—Lo sé, estaba viéndolo por internet.

Hubo un silencio a ambos lados de la línea. El ambiente se tornó incómodo. Insuficiente. Las conversaciones banales sobre el clima o las horas de vuelo no eran lo que necesitábamos. No en ese momento.

Fue Adrien quien rompió el hielo.

—Ya te echo de menos.

Una bocanada de aire escapó de mi boca.

—No te imaginas cuánto te extraño yo.

A través del auricular del teléfono me llegó la voz del azafato del

avión, que indicaba que el desembarque se produciría de forma ordenada y respetando la distancia de seguridad entre pasajeros. Cosas de un mundo pospandémico al que nos habíamos acostumbrado demasiado rápido.

—Tengo que colgar —se disculpó Adrien. Su voz sonaba pesada, cansada tal vez—. Volveré a Madrid. Te lo prometo. Volveré a por ti.

Asentí, con una sonrisa triste dibujada en mi rostro.

—Te esperaré siempre.

Y ahí me quedé. Con la vida en punto muerto, con un puñado de promesas como único salvavidas al que aferrarme, con una confianza ciega hacia una persona que apenas llevaba en mi vida una semana.

Durante los días siguientes Adrien y yo no paramos de hablar. Conseguimos lo que parecía imposible: sentirnos cerca a pesar de estar tan lejos. No me despegaba del teléfono en todo el día, como una adolescente. Apuraba el último minuto antes de dormir para darle las buenas noches desde la cama y sentir su abrazo ausente. Desayunaba con una videollamada. Llenaba la galería de mi móvil con decenas de fotos absurdas de mi cotidianidad para enviárselas. Nos prometimos intentarlo, poner todo de nuestra parte. Y vaya si lo hicimos.

Fer me ayudó a sobrellevarlo. Vino a casa al día siguiente de la partida de Adrien y se emocionó con nuestra historia. Me dijo que nunca me había visto así, enamorada, pero también me pidió que bajara al mundo real.

—Sabes que estas cosas no suelen salir bien, ¿verdad?

Ante una relación así todo el mundo se cree con derecho a opinar. Y ese suele ser el juicio habitual de los más pesimistas. O de los realistas, mejor dicho.

Sabía que a los amantes como nosotros no les suelen salir bien los intentos de salvar un amor tan intenso y difícil. Claro que lo sabía. Pero quería pensar que nosotros seríamos la excepción, el asterisco, el pie de página, la anotación al margen que cambia el significado.

¿Necesitaríamos más capítulos que el resto para escribir nuestra historia? De acuerdo, no me importaba. Seríamos el final feliz con el que todos sueñan.

—Lo voy a intentar, Fer. Nunca he estado tan segura de algo. Sé que

podemos lograrlo.

—En ese caso, no hay nada más que pueda decirte. —Me cogió las manos, aunque no fue suficiente para darme calor—. Os deseo toda la suerte del mundo. Te lo digo de corazón. Sed valientes y la felicidad será vuestra.

Valentía. ¿De verdad es necesario ser valiente para ser feliz? Como si la felicidad dependiera de una especie de peaje que se paga por adelantado, como si tuviéramos la obligación de ganárnosla y no fuese algo intrínseco del ser humano, algo que debería pertenecerle por naturaleza. No le dije nada a Fer, pero no era valentía lo que sentía: estaba muerta de miedo.

El viernes salí a dar un paseo por el barrio. Fui a la floristería El Ángel del Jardín para regalarme una planta y darle algo de vida a mi hogar. Finalmente, me decidí por un pequeño cactus al que me aseguraron que le saldrían flores rosas. En cierto modo, me identifiqué con él: pequeño, con una actitud defensiva ante la vida, pero con un interior lleno de amor por florecer. Merecía que alguien lo cuidase.

Cuando llegué a casa, encontré en mi buzón, entre folletos publicitarios, un sobre con mi dirección manuscrita. Me llamó la atención porque no reconocía la letra. Cuando le di la vuelta al sobre casi se me para el corazón. El remitente era Adrien.

Subí a toda prisa, dejé el cactus sobre la mesa y, a duras penas, mientras me quitaba el abrigo, abrí el sobre, con cuidado, pero con las ganas escapándoseme entre los dedos.

Ahí estaba, con la fecha del día de su partida como encabezamiento. Temblorosa, me senté en el sofá en el que nuestros cuerpos encajaban tan bien y me perdí entre sus letras.

Hola, princesa:

¿Por dónde empiezo? Me encantaría poder ver tu cara en este momento. Espero haber sabido guardar el secreto hasta que te llegue esta carta y que, al menos la primera, te pille por sorpresa.

Te prometí que haría todo lo posible para que me sintieras cerca de ti y esto es solo una prueba más de que estoy dispuesto a cumplirlo hasta las últimas consecuencias.

Ahora mismo te escribo desde el avión que me está alejando de ti. Y no te imaginas lo duro que es. Cómo duele. En el aeropuerto he estado a punto de darme la vuelta varias veces, de mandarlo todo al infierno y comenzar una vida contigo, con lo puesto.

¿Qué más da, si lo más importante ya me lo dejé en Moratín? Sabes que lo haría por ti, solo por ti. Tienes que saber que con cada milla que avanza el avión me arrepiento de esta distancia absurda que estamos poniendo entre nosotros. Espero que este no sea el mayor error de nuestras vidas, pero, cariño, ahora mismo me parece que es justo lo que es.

Lo siento, no quiero sonar tremendista. No quiero asustarte, pero tengo miedo, Alicia, tengo mucho miedo.

Miedo de haberte encontrado y de perderte algún día por no haber estado a tu lado cuando tenía que haberlo hecho. Miedo de que un día me olvides. Miedo de que los kilómetros nos enfríen y nos hagan olvidar que un día fuimos reales. Que fuimos felices. Que podríamos serlo para el resto de nuestra vida.

Seguiré escribiéndote, quiero encontrar la manera de sorprenderte incluso sin compartir tus días. Esta es solo la primera carta. Estaré a tu lado. Siempre. No lo dudes.

Ven cuando quieras. Tienes las llaves de mi casa, de mi vida y de mi corazón. Siempre tendré un abrazo esperándote y un buen vino para celebrar(nos).

Te amo,

Adrien

27

«Y si la vida me quiere, yo solo buscaré de ella un favor: que me deje esconderme a ratitos. No pido tanto».

Adrien

Madrid, enero de 2021

Los primeros días tras mi marcha transcurrieron más rápido de lo que nos hubiésemos imaginado. Nos extrañábamos a cada minuto. La vuelta a la rutina amortiguó un poco la sensación de vacío, pero también ocurrió que a los días comenzaron a faltarles horas para dedicárnoslas a nosotros. Aun así hablábamos mañana, tarde y noche, aunque fuese por WhatsApp.

Las horas lectivas frente a mis alumnos, futuras promesas como me gustaba llamarlos, me hacían sentir pleno. Alicia reabrió su negocio al público y con ello regresaron las jornadas interminables de trabajo: las horas frente al mostrador, pero también el tiempo que dedicaba a cuestiones administrativas, creativas, logísticas… Una persona autónoma es una superheroína.

El regreso a casa no fue sencillo. Volver a ver a Anne cada día se me hacía cuesta arriba, pero la sonrisa de mi bebé lo compensaba todo. Nunca quise engañarla, pero me tomó siete días, con sus tropecientas noches en vela, explicarle a Anne que me había dejado el corazón en Madrid. Lo hice como los cobardes, forzando la situación. Abrir los labios y pronunciar un «tenemos que hablar» no es fácil. Provoqué la conversación de otra manera.

Fue al llegar a casa un día después del trabajo. Como de costumbre, iba hablando con Alicia, que me estaba explicando que los retrasos de los proveedores le estaban causando muchos dolores de cabeza. Al llegar a la esquina de mi casa, en lugar de detenerme y quedarme apoyado en la farola hasta que la conversación terminara, como solía hacer, continué caminando. Ese día decidí que tenía que dar un paso adelante. Y entré en casa sin finalizar la llamada.

—Solo queda tener paciencia. Y si no estás convencida, buscar otros proveedores.

—No te creas que es tan fácil, se empieza a notar una falta de

existencias preocupante en las fábricas. No sé dónde vamos a llegar. Dale unos meses a esta situación y verás…

El sonido de mi risa se confundió con el de las llaves al cerrar la puerta. Anne salió de la cocina para recibirme, curiosa. El ruido despertó a la niña, que estaba durmiendo en la cuna que teníamos en el salón, y se echó a llorar.

—¿Puedes encargarte tú? Se va a quemar la comida.

—Claro —respondí, sosteniendo el móvil con el hombro y tomando al bebé entre mis brazos.

El llanto cesó inmediatamente, permitiendo que Anne pudiera oír con claridad mi conversación. Adopté un tono todavía más cariñoso, para que no tuviera ninguna duda acerca del carácter de la conversación, aunque no pudiera entender lo que decíamos.

—Tengo que colgar, cariño, la pequeña ha decidido que toca cambiarle el pañal y he de enfrentarme a este pastel. —Mi voz sonaba risueña, feliz, sin necesidad de fingir. Siempre que hablaba con Alicia mi tono era así—. Hablamos luego, ¿vale? Yo también. Te quiero.

Unos minutos después, entré en la cocina, guiado por el aroma de la comida que acababa de servir Anne. La mesa estaba puesta para dos y ella no había probado bocado.

—No hace falta que me esperes para comer, ya lo sabes —anuncié de una manera un poco seca.

Nunca quise ser desagradable, pero trataba de marcar la distancia, de recordarle que compartir casa no es lo mismo que vivir juntos.

—Me parece un tanto grosero no esperarte cuando sé que vas a comer ya. Pero si te molesto…

—Olvídalo. Está bien así. Huele fenomenal.

Anne sonrió levemente, lo percibí de soslayo. No levanté la mirada del plato, tal vez no quería enfrentarme a una situación que sabía que estaba a punto de suceder. Y ahora tenía que asumir las consecuencias.

—Te he oído hablar por teléfono. No era mi intención entrometerme, pero… Bueno, ya sabes, el piso no es demasiado grande.

—Oh, no te preocupes, no hay problema.

Buscaba el modo de restarle importancia a mi nueva vida, no quería que se sintiera en la posición de tener que exigirme explicaciones. Pero necesitaba contárselo cuanto antes. Comenzaba a quemarme.

—Entiendo… No quiero parecer celosa. Ni que me estoy metiendo en tu vida. —Anne tomó aire antes de ir directa al grano—. Pero me ha parecido que hablabas con una mujer y… bueno… eres el padre de mi hija, me gustaría estar al corriente de tu vida.

—Claro. —Di un trago de agua y me sequé los labios en la servilleta —. Hablaba con Alicia. Estamos juntos.

—Me ha parecido entender un «te quiero».

La voz de Anne sonó áspera. Seguramente ni siquiera eran celos lo que sentía en aquel momento, pero sí el amargo sabor de quien tiene que sentarse a mirar que se le escapa un amor.

—Porque la quiero.

Yo, que solo quería normalizar la situación, no pude evitar levantar la mirada y sentirme la peor persona del mundo cuando leí en los ojos de Anne todo el daño que le estaba causando. La quería. A ella también. De un modo distinto. Como una buena amiga. Como la madre de mi hija, pero a quien, aunque te gustaría, no puedes corresponder como se merece, sencillamente porque tu corazón va por otros derroteros. Y sabía que tampoco era justo culparme por eso, pero traté de suavizar la situación y minimizar los daños, protegerla, en la medida de lo posible.

—Sé que no es lo que te gustaría, pero, por favor, Anne, no me mires así. No es algo que haya planeado.

Mi voz sonaba suplicante.

—No estoy haciendo nada malo. Tú y yo no estamos juntos. Nuestra relación se basa en darle lo mejor a la niña. Pero tenemos derecho a rehacer nuestras vidas. Debemos hacerlo.

—¿Desde cuándo…?

En su interior, Anne seguía tratando de buscar culpables. Descargar su rabia contra mí si reconocía que esa mujer había llegado a nuestras vidas cuando nosotros estábamos juntos. Pero no fue así.

—Esta Navidad. En Madrid.

—Pero… No puede ser. Tan solo hace unos días de eso. ¿Cómo puedes decir que la quieres?

Y entonces le hablé del amor. Del destino. De caminos que se cruzan en la nieve. De sueños pintados de blanco y de corazones capaces de arder a pesar del frío. De ilusiones a las que nadie había llamado, pero cuya fuerza puede cambiar vidas.

Le expliqué que desde que la había conocido, sentía una fuerza en mi interior con la que sería capaz de mover montañas, pero que solo quería utilizarla para intentar compartir mi vida con ella.

No quería entrar en detalles. Tampoco hizo falta. El brillo de mi mirada y mi expresión corporal al hablar de Alicia fueron suficiente para que Anne entendiera que nuestra convivencia tenía los días contados. Para asumir que mi corazón no le pertenecía.

28

«Dime, Alicia, ¿ya encontraste el camino a tu país de las maravillas?».

Alicia

Madrid, enero de 2021

Nunca quise influir en una decisión tan importante para la vida de Adrien, pero tenía bastante claro que sus buenas intenciones no iban a llegar a buen puerto. Al contrario, sus intentos por normalizar la situación, tratar de incluir a Anne en su vida por el bien de su hija…, solo podían causarle daño a ella, que seguía enganchada a él.

Yo me conformaba con escucharlo, con prometerle que todo mejoraría y tratar de hacerle ver que a veces lo correcto no es lo mejor.

—Me siento muy incómodo. Te prometo que no me escondo de nada, que ella sabe que existes, pero no me siento bien conmigo mismo. Y ni siquiera sé por qué.

—Es normal… Ella aún siente algo por ti y no debe de ser agradable para ninguno de los dos. La situación es extraña. Lo es hasta para mí, que estoy a varios miles de kilómetros.

Adrien, tozudo como él solo, no daba su brazo a torcer. No quería reconocer que dos personas adultas no podían convivir en esas circunstancias aunque fuese un motivo tan bonito.

—No debería ser extraña. Somos adultos, ¿no?

—¿Tú te sentirías bien si nosotros lo dejáramos y vieras fotos mías en redes sociales con otra persona? No, ¿verdad?

Al otro lado de la línea, un silencio ofreció la respuesta. Supe qué tecla tocar.

—Esto es lo mismo. Tenéis un acuerdo, sí, pero tus sentimientos y los suyos son diferentes. Y ese es el problema.

—Ni siquiera creo que sea así. Nuestra prioridad es la niña, por encima de todo. Al menos la mía.

—Lo que sea. En cualquier caso, yo le he arrebatado eso. Es normal

que la situación no sea la mejor, Adrien. Incluso que me coja un poco de manía. La asumo y trataré de llevarla lo mejor posible. No puedo hacer otra cosa. Tengo que empatizar también con su situación.

Resopló, confundido. Comprendía lo que le decía, pero no quería rendirse a la evidencia.

—¿Y qué se supone que debo hacer? Si cada día me cuesta más compartir el mismo techo, ¿debo de ser yo quien renuncie a mi hija, a pesar de todo lo que estoy luchando por ella? ¿Se la regalo y ya está?

—No tienes que renunciar a nada. Pero podéis encontrar otros modos de hacerlo.

—Deseo que la niña tenga la mejor vida posible. No quiero privarla de eso. Y sinceramente, me siento un perdedor porque todo se me escapa de las manos. Y no sé cuánto voy a poder soportar esta situación.

—No eres un perdedor, no pienses así.

—Sí lo soy. Porque te he perdido a ti. Y a pesar de eso soy incapaz de cuidar de nuestra relación como lo habíamos planteado.

Habría querido decirle que no me había perdido. Que yo iba a seguir aquí, esperando siempre a que, en algún momento, la balanza se inclinara hacia mi lado.

Pero en cierto modo, desde que cogió aquel avión, comenzamos a perdernos. Y esa era una realidad aplastante que los dos conocíamos, aunque no queríamos verla. Él había elegido al irse, y tampoco era justo para mí prometerle toda una vida esperándolo. Yo tampoco lo merecía.

¿Y si había otra alternativa? Tal vez debía dar el paso que me convertiría en su primera opción. Él nunca me dijo que no lo quisiera así, al contrario, su única condición era vivir nuestro amor en Berlín, cerca de su hija. Pero al amor no se le pueden poner condiciones si no queremos que sus raíces crezcan podridas.

Fer, mi eterno confidente, puso los oídos para escuchar aquello que tanto miedo me daba reconocer. Empezaba a plantearme un nuevo cambio de rumbo. Dejarlo todo atrás, coger las maletas, luchar por él, por nosotros, por lo que podíamos llegar a ser. Pero mis esperanzas se derrumbaban como un castillo de naipes cada vez que imaginaba una vida con vistas a la puerta de Brandeburgo. No era lo que quería. Y tomar esa decisión implicaría abandonarme a mí misma. Todo mi

esfuerzo, mis sueños, mi trabajo… no podía reducirse a un todo o nada. Teníamos que remar los dos juntos o estaríamos condenándonos a una vida de reproches.

—Te mereces ser fiel a ti misma. Un edificio no lo levanta solo una persona. Hay que trabajar en equipo. Y si no sabéis hacerlo, no saldrá bien. Apenas os conocéis, Alicia, ¿vas arriesgar todo lo que has conseguido?

Los consejos de Fer siempre daban en la diana. Sabía que él quería lo mejor para mí y que no haría ni diría nada que pudiera perjudicarme. Cada día me levantaba pensando en dejarlo todo por Adrien y cada noche me acostaba recordando que yo merecía perseguir mi sueño. Eso también alimentaba mi alma.

Con la segunda carta, fue cuando comencé a plantearme otra salida, otro destino. Habían pasado dos semanas desde que se había ido cuando la recibí. Subí corriendo las escaleras y me tumbé en la cama para disfrutar de aquel instante tan íntimo.

Hola, princesa:

Hoy me acuerdo de ti con más fuerza que nunca. Acabamos de colgar el teléfono y ya echo de menos tu voz, el ritmo de tu respiración cuando te ríes e incluso el modo en el que vuela mi imaginación cuando recreo esas arruguitas que se te forman en la frente mientras me escuchas con atención.

Sinceramente, no sé si voy a poder vivir mucho tiempo sin agarrarme a esas manos que ahora son mi timón. A veces… A veces pienso que me estoy equivocando y que nos merecemos vivir el resto de nuestros días acariciando el cielo con los dedos, exactamente igual que lo hicimos durante mi breve estancia en los tejados de Madrid. El resto del mundo nos diría que esa sensación no dura eternamente, pero, ¿sabes qué?, yo sé que nosotros volveríamos a conseguirlo cada día.

Me siento en una encrucijada y ahora sé que no podré volver a ser feliz, porque cualquier decisión conllevará una renuncia. Añoro vivir despreocupado sin sentir los tirones de mi corazón, latiendo a miles de kilómetros de distancia.

Yo solo quería pasar un fin de año diferente y ya ves… Me enamoré.

Nunca olvides que te amo.

Adrien

29

«El amor o es sin condiciones o no es».

Madrid, febrero de 2021

Era un sábado del mes de febrero cuando Fer, al que hacía ya un par de semanas que no veía, se atrincheró en casa y no aceptó un no por respuesta a su invitación a comer juntos. Mejor dicho, ni siquiera me preguntó. Lo encontré en la puerta cuando llegué de trabajar, con un par de botellines de cerveza Alhambra en las manos y su cara de no haber roto un plato. Me encogí de hombros y sonreí. No me venía mal algo de buena compañía.

—Trabajas demasiado. —Fue su saludo, algo que podría haber considerado casi un ataque directo a la yugular, pero que bien sabía que me lo decía con la mejor de las intenciones.

—Nadie levanta un imperio de la noche a la mañana sin echar toda la carne en el asador, ¿no crees?

Nunca me he considerado ambiciosa, pero sí de ideas claras y no me gusta jugar a medias. Un día, de pequeña, leí una frase no recuerdo dónde, que se convirtió en mi mantra: «Hagas lo que hagas, tienes que ser el mejor. Si vas a barrer calles, haz que tu calle brille».

—¿Qué comemos? —Puse los ojos en blanco y Fer se apresuró a corregirme antes de que me diera tiempo a hablar—: ¡Eh! Yo he traído la bebida, ¿qué tipo de anfitriona serías tú si no tienes pensado un menú?

Le saqué la lengua mientras abría la despensa y buscaba un paquete de arroz. Tenía verduras en la nevera, me hice con ellas y empecé a cortarlas. Prepararía un arrocito rápido y sabroso.

—¿Te sirve?

Acarició su barriga.

—Sabes que sí.

Mientras se cocinaba el arroz en el caldo, nos sentamos en el sofá y abrimos los botellines. Me contó que el lunes tenía una entrevista de

trabajo y que no quería pasar el fin de semana nervioso pensando en esa oportunidad. Necesitaba entretenerse. Me sentí algo menos culpable al saber que no solo yo me beneficiaba de su compañía.

—¿Y tú? ¿Cómo vas con el polaco?

—Alemán.

Sonrió. Siempre le cambiaba a la gente el nombre, la nacionalidad o el parentesco a propósito.

—Vamos, que no es poco. —Di un sorbo largo a mi cerveza mientras él me miraba con el gesto torcido.

—A tres mil kilómetros de distancia ir, lo que se dice ir, no creo que vayáis a ningún sitio, pero cuéntame más.

—¿Cuánto tiempo llevas preparando el chiste?

—Me la has dejado botando, amiga. Ahora en serio, cuéntame. Llevas varios días sin hablarme de él y eso no es buena señal.

—No quiero convertirme en una persona con un monotema siempre en la boca. Eso da mucha rabia.

—Ya… Pero en tu cabeza sí está continuamente, ¿verdad?

Cuando el arroz estuvo en su punto, Fer se levantó a sacar los platos y colocarlos en la mesa. Olía de maravilla. Retiré la paella del fuego y me senté en mi sitio.

—A todas horas.

Dejé caer la cabeza sobre la mesa y la hundí entre mis manos, en una clara señal de derrota.

—Bueno… Ten paciencia. Os conocéis hace apenas un mes. Deja que fluya, ¿vale? Quizá dentro de una semana ya te hayas aburrido o tal vez te lo encuentres con las maletas en la puerta, viváis felices para siempre y me tengáis que adoptar los sábados para comer. Por cierto, esto está de lujo —dijo señalando la comida.

A decir verdad, cualquiera de las dos cosas me iría bien. Era cierto que había pasado muy poco tiempo, pero ya no conseguía recordar cómo era mi vida antes de él. Añoraba las noches de llegar a casa con la única incertidumbre de si una nueva ola de COVID me cerraría de nuevo el negocio o si me daría tiempo el domingo a ir al Ikea de La

Gavia a por perchas. Otra vez.

¿Conoces esa sensación de que, hagas lo que hagas, hay una sombra que te persigue, que se sienta contigo, que camina a tu lado, que mece tus sueños…? Yo la tenía, y, aunque me negué a ponerle nombre porque lo último que quería era encariñarme de ella, no conseguía darle esquinazo ni un minuto. ¿Quién era yo y qué estaba haciendo esa sombra conmigo? Me estaba convirtiendo, poco a poco, en una persona taciturna, introvertida; una caricatura de lo que siempre fui: una mujer fuerte, decidida, soñadora y realista a la vez.

Los teléfonos dicen ser inteligentes, pero deberían saber cuándo dejar de funcionar. Ojalá existiera una especie de inteligencia artificial que detectara que nuestro estado de ánimo no es el mejor, que a la mañana siguiente hundiremos la cabeza en la almohada deseando encontrar un conjuro para dar marcha atrás al reloj y no haber enviado nunca ese mensaje ni hecho esa llamada. Y esto suele suceder siempre de madrugada, ya sea por unas copas de más o por unas horas de sueño de menos.

En mi caso, fue por lo segundo. Y no sé si eso marcó el principio del fin de mi relación con Adrien, pero sí que provocó que nos explotara la verdad en la cara.

30

«Es que te miro y ya no soy yo. Y ese es el problema».

Madrid, febrero de 2021

Pasaban algunos minutos de las doce de la noche cuando marqué su número de teléfono. Llevaba casi dos horas dando vueltas en la cama.

Adrien tardó algunos tonos en responder.

—Hola, amor. Justo me estaba lavando los dientes antes de acostarme. ¿Qué tal va todo?

—¿Te llamo más tarde?

—No te preocupes, ya he terminado. Dame unos segundos que me voy a mi dormitorio.

Le di la callada por respuesta, porque ahí entendí que no estaba solo. Su voz dando las buenas noches a alguien me lo corroboró. No fueron celos lo que sentí, confié en él cuando me dijo que ya no quedaba nada entre ellos, pero no podía dejar de sentir que otra persona estaba usurpando mi sitio. Yo debería darle las buenas noches, yo debería compartir con él el café de la mañana. Yo debería avisarlo de que faltaban tomates o quien le pidiera el favor de abrir la puerta al mensajero cuando no estuviera en casa.

—Ya está. ¿Estás bien?

—Te echo de menos…

Suspiró y su voz sonó todavía más amable.

—Hoy es una de esas noches, ¿verdad?

Asentí con la cabeza y, aunque no pudiera verme, él sabía cuál había sido mi respuesta. Era una de esas noches en las que nos echábamos de menos a morir, en las que amarnos tanto quemaba.

—Necesito que vengas.

—En solo un par de meses son las *Osterferien*… La Semana Santa, en España. Entonces tendré dos semanas libres. Prometo pasarlas contigo

en Madrid.

—No…

—¿No quieres que vaya? —Se extrañó de mi respuesta.

—Claro que quiero que vengas. —Hice una pausa para tratar de poner en orden mi cabeza, mis ideas y mi corazón—. Es justo eso. Que vengas. Pero no para dos semanas. Quiero que vengas para siempre.

—Sabes que no puedo…

El tiempo me hizo ver que no debí hacerlo, que fui injusta con él y con ese nosotros que tratábamos de construir. Que necesitábamos nuestro tiempo y que yo me estaba saltando todos los plazos que debíamos asumir. Pero la luna sobre los tejados de Madrid me confundió. Me hizo convertirme en gata y saqué las uñas a quien no lo merecía.

—Es injusto que digas que no puedes si no lo has intentado. Qué digo intentar, no lo has contemplado ni como una posibilidad. ¿O me equivoco?

—No es tan fácil… —Su voz sonaba cansada y no precisamente por la hora a la que estaba teniendo lugar la conversación—. Creía que lo teníamos claro y que habíamos llegado a un consenso.

—Lo tenías claro tú. Yo no.

Me dio unos segundos de margen para que me calmara, pero no lo consiguió. Al contrario. Estaba fuera de mí.

—Sabes que aquí te recibiría con los brazos abiertos. Ven cuando quieras, Alicia. Ven y quédate. Seremos una familia.

—¿Una familia? ¿Quiénes? ¿Anne, tu hija, tú y yo?

—Estás siendo muy injusta…

Me mordí la lengua. Tal vez llevaba razón, tal vez me estaba excediendo. Su silencio empezó a hacerme pequeñita. Y de la ira pasé a la más absoluta tristeza. Desesperada, incapaz de ver más allá de mis deseos. La situación se me había ido de las manos.

—Lo siento, pero… Es muy difícil para mí.

—Anne se quedaría fuera de esto. Te lo prometo. Pero mi hija no, y eso es algo que debes entender. Incluso deberías valorar que estoy

demostrando ser un buen hombre que no deja a las personas a las que quiere de la noche a la mañana. Haré lo mismo contigo. Quiero incluirte en mis planes, Alicia. Solo te pido que vengas y que intentemos una vida juntos. Aquí.

Traté de recuperar la calma para sonar más convincente, pero el temblor de mi voz no jugaba precisamente a mi favor.

—Acabo de montar un negocio. Tengo una hipoteca. Una vida construida ladrillo a ladrillo. ¿Qué hago con todo esto? Tú lo tienes más fácil… Aquí no vas a tardar ni dos semanas en encontrar trabajo de lo tuyo. Conozco varias academias donde podrías trabajar como profesor enseñando alemán. Anne se va a quedar con la custodia de todos modos. Puedes ir a visitar a tu hija en vacaciones.

—No quiero ser un padre de verano. Nos conocemos desde hace un mes, Alicia. Ten paciencia, yo estoy dispuesto a esperarte lo que haga falta. Una vida entera si es necesario.

—¿Así que es eso? ¿Lo nuestro tiene menos valor por una cuestión de tiempo? Sinceramente… No quiero perder años y años enganchada a un teléfono.

—Amar también es saber esperar.

—Entonces quizá no merecemos vivir este amor.

Colgué. Y no había terminado de pulsar el botón cuando ya me había arrepentido. Ojalá nunca hubiera hecho esa llamada. Ojalá le hubiera dado las buenas noches y un beso al aire como cada día.

Me equivoqué. Y lo supe porque en ese preciso instante comprobé que la distancia en kilómetros no es, ni por asomo, tan letal como sentir que entre nuestros corazones se había abierto un abismo que ya parecía insalvable.

31

«Nunca midas un amor en distancia o tiempo. Cada corazón tiene su propio ritmo».

Madrid, febrero de 2021

No tardamos ni ocho horas en hacer las paces. Cuando me desperté, en mi teléfono ya había un mensaje de disculpa y una petición desesperada de luchar juntos, de no dejar que la vida nos venciera tan rápido. De remar contra el viento y la marea. No dudé en contestarle que estaba dispuesta a todo, pero que necesitaba que entendiera que el tiempo es demasiado valioso.

La respuesta llegó en segundos, a modo de llamada. Fue un intercambio de palabras breve, estaba a punto de entrar en la primera hora de clase y una algarabía de niños se perdía como hilo musical de fondo, pero escuchar su voz calmada y comprobar que todo volvía a estar bien entre nosotros fue suficiente para que se deshiciera el nudo que tenía en el estómago y pudiera enfrentarme con una sonrisa a la vida que latía fuera de casa.

Me serví un café bien caliente para entrar en calor; los termómetros de la calle marcaban un grado bajo cero. No recordaba un invierno tan duro en Madrid. Y aunque ya no quedaba ni rastro de Filomena, el frío propio del mes de febrero seguía poniéndome la piel de gallina. Nunca me acostumbraría.

Tardé casi cinco minutos en prepararme para salir a la calle. Doble bufanda, guantes, sudadera térmica y abrigo de cachemir. Entre la ropa y la mascarilla apenas tenía los ojos a la intemperie y, aunque la tienda quedaba a apenas unos metros, todo me parecía poco.

El día me pasó a la velocidad a la que pasan las cosas que te apasionan. Recibí a más clientes de los que solía tener de media y el resto del tiempo lo invertí en terminar de definir la campaña de *branded content* que iba a lanzar con un medio local y diseñar la que esperaba que fuera mi propia línea de maletas.

Estaba convencida de que, con buenas ideas, perseverancia, trabajo e ilusión cualquiera podía hacer realidad su sueño. En momentos de crisis, hay quien llora sus desgracias, mientras otros venden pañuelos. Yo siempre me he decantado por la segunda opción.

Al acabar la jornada, estaba tan saturada mentalmente que decidí dar un paseo por el barrio antes de volver a casa. El Barrio de las Letras tiene magia a cualquier hora del día. Los fines de semana por la mañana siguen siendo mi momento preferido, cuando la luz se cuela por sus calles de forma cálida y los transeúntes caminan sin prisa, como si su única su ocupación fuera imaginar la vida que se esconde tras los floridos balcones con vistas a la plaza de Matute. Llegué hasta la plaza de Antón Martín, donde la gran figura del globo, que le daba nombre a la farmacia, toma el protagonismo incluso cuando la noche ya ha caído en la ciudad. Y entonces emprendí el camino de regreso torciendo a la derecha en la calle del León, un lugar donde los restaurantes griegos, mexicanos y españoles compiten por convertirse en los reyes de Las Letras.

Me encantaba llegar, al menos, hasta la esquina de Brown Bear Bakery, una panadería de estilo tradicional en la que bastaba con perder la vista unos segundos por su escaparate para transportarse a una época mucho más antigua.

Desde la calle del Prado, algo más moderna, y con el Ateneo de Madrid como referencia, bajé hasta la Plaza de las Cortes, con el Congreso de los Diputados iluminando la noche madrileña. Siempre que paso por aquí, aún recuerdo que, cuando me mudé al barrio, me encantaba sentarme en los bancos de esta plaza y empaparme del murmullo de la ciudad, de los contrastes de los chavales saltando en patinete mientras los políticos de la época abandonaban el imponente edificio bien protegidos por su escolta. En la calle de San Agustín comencé a descender. El giro en la Costanilla de las Trinitarias, de vuelta a Huertas y Moratín, era ya un clásico para mí.

El día intenso de trabajo, culminado por el paseo, me dejó exhausta, así que, al llegar a casa, encendí la calefacción del baño para darme una ducha de esas que te reviven.

Cuando salí, envuelta en la bata más gruesa que había encontrado en las tiendas de la calle Fuencarral, me encontré con una llamada perdida de Adrien de hacía apenas un par de minutos. Nos hicimos compañía mientras cenábamos, y nos contamos qué tal había ido el día: yo le hablé de la buena acogida que estaba teniendo mi nueva campaña en redes sociales y él me explicó, preocupado, que dos alumnos se habían peleado de un modo muy feo.

—No hay forma bonita de pelear —repliqué, riéndome de lo ingenuo que parecía a veces.

—Hasta eso se puede hacer de forma elegante.

—Entonces será que, de donde no hay, no se puede sacar.

Recordé que, para él, como profesor, era muy importante no dar a ningún alumno por perdido, así que traté de recular:

—Pero tú lo estás haciendo bien, tranquilo. Seguro que puedes enseñarlos a pelear de forma… bonita.

—Elegante.

—Eso. —Apreté los ojos, confiando en que no hubiese detectado la gracia que me hacían sus buenas intenciones.

—Hablando de pelear…

Oh, no. Creía que el tema estaba ya olvidado, pero era evidente que no. Me había comportado como una imbécil, la noche anterior le había dicho cosas muy feas y, aunque ya lo habíamos aclarado, a veces el perdón no es suficiente.

—Creo que tenemos que hablar.

—No, por favor…

De pronto sentí que los fideos que me estaba llevando a la boca se convertían en piedras afiladas y puntiagudas.

—Oh, no, no. No te preocupes, princesa. Qué mal ha sonado… Discúlpame, sabes que a veces soy algo brusco.

Adrien se disculpó de nuevo, a pesar de que le dije que habíamos fallado los dos, yo más que él. Me había comportado de manera grosera e infantil. Estaba planeando trasladarle mi propósito de que aquello no volviera a ocurrir, cuando puso sobre la mesa las dos palabras que a todos nos gusta escuchar:

—Tienes razón.

Me quedé en silencio, tratando de controlar a mi imaginación, que ya podía visualizar a Adrien con sus maletas entrando por la puerta que tenía justo frente a mí. Había un pero. Siempre hay un pero.

—Es evidente que a los dos nos ata algo a nuestro hogar —prosiguió, consciente de que le tocaba a él llenar ese silencio—. Ambos estamos construyendo, pero no quiero que eso nos deje fuera de la vida del

otro. Tenemos que encontrar la manera de incluirnos. De hacer equipo.

—Estoy de acuerdo…

—Y yo estoy dispuesto a ceder. Deseo hacerte la persona más feliz del mundo. No quiero verte renunciar a tus sueños. Maldita sea, no me puedo creer que ya no sepa vivir sin ti, pero es justo eso lo que siento.

—Adrien…

De nuevo mi imaginación cabalgaba libre. El ruido de su llave en la cerradura. Su cepillo de dientes húmedo en el lavabo. Las tardes de domingo en el sofá: él planificando sus clases semanales y yo peleándome con la presentación trimestral de impuestos.

—No puede ser ahora, mi amor. Pero te prometo que voy a mover las fichas que haga falta para conseguir que pronto estemos juntos.

Una pequeña punzada de decepción se clavó en mi pecho. Ahí estaba ese pero que siempre arruina la ilusión.

Volvíamos al punto de partida.

—Estoy dispuesto a mudarme a España por ti. Dame algo de tiempo y te prometo que la próxima vez que nos veamos en Madrid será para siempre, ¿de acuerdo, amor?

Una lágrima resbaló por mi mejilla, silenciosa. Esa lágrima sabía a deseo y a angustia.

Quería creerlo. Juro que quería creerlo. Pero también sentía un miedo irracional ante la posibilidad de que nuestros deseos nunca se materializaran. De que no llegáramos a ser más que dos caminantes del desierto que nunca logran alcanzar el oasis.

Me aferré a esa esperanza para siempre. Me quedé a vivir en ella.

Pero me equivoqué.

Porque hay veces que el ojalá se convierte en nunca.

32

«Pisa fuerte cuando camines, apunta alto cuando sueñes, late con pasión cuando ames».

Madrid / Berlín, mayo de 2021

Madrid estaba exultante con los últimos compases de la primavera. La luz entraba a raudales a través de las fachadas salpicadas de balcones, y las plazas se llenaban de algarabía ante la promesa del verano. Todo el mundo tenía más ganas de vivir que nunca. La pandemia parecía llegar a su fin (¡qué ilusos éramos!), y el buen tiempo incitaba a retomar los encuentros que quedaron en pausa, a compartir, a hacer vida en la calle.

La floristería del Ángel del Jardín se había convertido en la envidia del barrio, con un patio que desprendía color y vida a partes iguales. A unos pasos de allí, en la plaza de Santa Ana, la paloma del monumento a Lorca parecía estar a punto de echar a volar. La calle de las Huertas, a la altura de la plaza de Matute, lucía unas preciosas flores rosas y blancas, reflejando la bella sintonía de los almendros en flor. En el Miranda, a unos metros de allí, no cabía ni un alfiler, y las mesas que quedaban resguardadas bajo los soportales acogían a las parejas de enamorados. La inocencia de ser libre, de sentirse libre. Algunos, incluso, inmortalizaban su amor bajo el cartel que rezaba: «Bésame en esta esquina».

En mi vida también brillaba la primavera. Y gran parte de la responsabilidad recaía sobre ese billete de avión que me estaba esperando en la bandeja de correo electrónico. Las vacaciones de Semana Santa se habían complicado demasiado a causa del maldito virus y Adrien y yo no pudimos cumplir nuestro deseo de vernos, pero decidimos que, en cuanto fuese posible, volveríamos a reunirnos. Y ya casi no quedaba nada para ese momento.

Aproveché el puente del primero de mayo y el día de la Comunidad de Madrid. Me tocaba darme un capricho después de tantas obligaciones. Adrien, aunque sí tenía que trabajar, podía dedicarme el fin de semana, por lo que era más fácil que yo invirtiese esas horas de viaje a que lo hiciera él.

Estábamos emocionados, nerviosos ante la idea de volver a compartir

nuestra piel. Pero también tenía dudas. ¿Y si no se prendía la llama que chisporroteó en Madrid? ¿Y si lo nuestro había sido una ilusión pasajera, una postal en la nieve, y con el sol radiante en el cielo ya no quedaba nada de eso?

Cada vez que esos pensamientos me asaltaban movía la cabeza para tratar de alejarlos. En el peor de los casos, pensaba para tranquilizarme, cada uno seguiría con su vida y mantendríamos el bonito recuerdo de un amor blanco, inmaculado como la nieve que cubrió Madrid.

No fue así. Ni mucho menos. Cuando atravesé las puertas que separaban el aeropuerto de Berlín de la ciudad, Adrien estaba esperándome con un ramo de rosas blancas, nuestro color. Aunque debo reconocer que tardé unos minutos en fijarme en ellas, porque su abrazo me supo a hogar, a pesar de encontrarme a más de tres mil kilómetros de Madrid.

—No te imaginas cuánto te he echado de menos.

Gastamos los tres días disfrutando de un Berlín que se convirtió en el mejor cómplice de nuestro amor. No sabría decir si la ciudad era así de bonita siempre o si fueron mis ojos de persona enamorada los que la adornaron con el filtro de la belleza, pero caí rendida a sus pies.

A decir verdad, apenas nos dio tiempo a recorrer una vez la Unter den Linden, y a pasear por Tiergarten, pero fue suficiente.

Adrien me dio un codazo al pasar por Bebelplatz para que me fijara en un hombre que estaba sentado en un banco, mirando fijamente la fachada del hotel que se alzaba frente a él, el Hotel de Rome. Se trataba de un cantante y compositor madrileño bastante popular en la ciudad, pero yo no logré reconocerlo.

—Parece nostálgico. Seguro que es un hombre con una gran historia.
—Me quedé observándolo desde la distancia, ajena a lo que ocurría en realidad en su interior.

—Me inclino por la posibilidad de que está recordando alguna noche de amor en ese hotel.

Nos reímos, inocentes, sin saber que habíamos dado en el clavo. Qué lejos nos queda el amor de los demás y qué fuerza pueden tener nuestros propios sentimientos, que nos hacen creernos únicos en el mundo.

Nos quedaron demasiadas cosas en el tintero. Preferimos dedicar más tiempo a nuestra intimidad que al turismo. Fuimos nuestra prioridad. Y todos los miedos, las dudas y los obstáculos se quedaron atrapados en algún rincón del aeropuerto, donde unas horas después volvería a recogerlos, pero que no podían alcanzarnos en aquel momento.

No conocí a su hija ni a Anne. Adrien decidió que era mejor así, pero tuvo la consideración de preguntarme si yo prefería hacerlo. La respuesta ya la conocía de antemano. En el fondo, me sentí aliviada, porque quería dedicarle todo mi tiempo a él.

Pasamos la mayor parte de las horas entre cuatro paredes, descorchando botellas de vino, celebrándonos.

Si los días en Madrid fueron de ensueño, el fin de semana en Berlín fue inolvidable. Nos recordó quiénes éramos y que no teníamos ni idea de hacia dónde ir, pero que, fuese donde fuese, queríamos hacerlo juntos.

Volvimos a llenar el aire que nos rodeaba con nuestras confesiones más íntimas y con risas. Fuimos una pareja de película, aunque no nos hacía falta un guion. Volvimos a memorizar cada milímetro de la piel del otro para cuando no pudiéramos tocarnos, para cuando el mundo se pusiera complicado, recordásemos que existe un lugar mejor.

Y prometimos no olvidarnos, volver a buscarnos. Pertenecernos.

Cuando mi avión despegó de nuevo rumbo a Madrid, estaba convencida de que, al final de mis días, serían sus manos las que agarrarían las mías. No podía ser de otra manera.

33

«No tenemos que pintar siempre el mundo de colores. A veces, del blanco y el negro pueden salir bellas escenas. Y eso también está bien».

Madrid, junio de 2021

Estar hechos el uno para el otro no siempre es suficiente. Y es que, aunque suelen decirnos que el amor puede con todo, lamentablemente no siempre es así. Hay quien piensa que no hacer lo imposible por vivir un gran amor es de cobardes, de conformistas; pero, perdonadme que os diga, sería una afirmación tan errónea como injusta. No es tan fácil, no hay un blanco o negro, un todo o nada. La vida no es binaria, aunque a veces se empeñen en hacernos entender lo contrario.

La vuelta a casa después de los días en Berlín fue increíble. Nos hacía falta pasar ese tiempo juntos, darnos continuidad, saber que seguíamos estando el uno para el otro, que no habíamos sido un espejismo.

Sin embargo, nuestra felicidad no duró tanto como nos hubiera gustado y pronto descubrimos que la burbuja en la que nos habíamos refugiado iba a explotarnos en la cara.

Todo comenzó un par de semanas después, con otro «tenemos que hablar». Este sí que tiró por la borda nuestros planes. Adrien estaba prácticamente convencido de mudarse a Madrid. Aguantaría un año más para terminar otro curso escolar completo y que su hija pudiera tener los primeros recuerdos con su padre; y después, tal vez, en julio o en agosto de 2022, aterrizaría en Barajas con las maletas cargadas de recuerdos y la promesa de una vida juntos.

Mientras tanto, yo recopilaría información de las academias y centros de estudios donde él podría ejercer de profesor. También convertiría mi tienda en un negocio rentable con el fin de emplear a otra persona y repartir la carga de trabajo. Todo sonaba bien.

Me ilusioné. Quizá demasiado pronto. Debo reconocer que para mí fue muy fácil construir un castillo de naipes. Dos semanas más tarde descubrimos que en nuestros cimientos no había cemento y ladrillo.

Aunque le pedí a Adrien que me adelantara algo por mensaje, se negó.

Yo tampoco saqué tiempo para llamarlo en mitad de la jornada; un embrollo con un par de proveedores me había tenido muy ocupada.

—¿Quieres que cenemos juntos? —me propuso Adrien cuando le dije que ya iba camino a casa.

—Claro, dame diez minutos y hacemos una videollamada —contesté con la misma ilusión de siempre.

Esperaba una cena tranquila, incluso encendí una vela para dar ambiente. Pero cuando el rostro de Adrien apareció en mi pantalla, me di cuenta de que algo no marchaba bien. No fue un sexto sentido. Sus ojos rojos, reflejo de haber llorado, lo decían todo.

—¿Qué ocurre, amor? ¿Qué te pasa?

Se mordió el labio a la vez que miraba hacia arriba, tratando de evitar que las lágrimas volvieran a escaparse.

—Tranquilo. —Traté de consolarlo y ayudarlo a que me contara lo que lo martirizaba—. Sabes que puedes contármelo todo.

Respiró profundamente. Sus primeras palabras me dejaron sin aliento.

—Se trata de Anne…

Me puse en lo peor, pero, ilusa de mí, no entendí a tiempo que siempre hay algo todavía más amargo que lo que imaginamos.

—Hoy ha ido al médico a recoger los resultados de unas pruebas que le hicieron hace unos días. Llevaba tiempo con molestias, dolores, se notaba rara… No sé, nada del otro mundo. No le di importancia, la verdad.

Adrien comenzó a presionarse la frente con los dedos, como si así pudiera poner en orden sus ideas y tratar de explicarme una situación que ni siquiera él mismo entendía.

Guardé silencio. Sabía que la situación era seria.

—Es una de esas enfermedades raras que pensamos que nunca nos puede tocar a nosotros. El caso es que es muy grave, Alicia, Anne tiene una enfermedad degenerativa. Y solo me tiene a mí.

Me llevé una mano a la boca, incapaz de creer lo que me decía. Nunca había visto a Anne, únicamente en las fotos de sus redes sociales, que me había encargado de curiosear, pero era una mujer joven y parecía

fuerte. En la flor de la vida. Como yo misma. No podía ser cierto.

—Tiene que haber algún error, Adrien. Anímala a que pida una segunda opinión.

Negó con la cabeza y chasqueó la lengua contra el paladar, abatido.

—El médico ha sido categórico. No tiene cura. Y la esperanza de vida es indeterminada: meses, años… Nadie lo sabe, lo único cierto es que su día a día va a ser cada vez más complicado. Es horrible, Alicia, horrible…

—Pero… Si es muy joven…

—Y no es muy común que los primeros síntomas aparezcan tan pronto, pero ya ves… Le ha tocado. Nos ha tocado. Irá apagándose poco a poco. Perderá el habla, la coordinación, incluso tendrá problemas para masticar. Solo podemos rezar. ¿Te lo puedes creer? Acudes a la medicina y resulta que lo único que te queda es rezar.

Era en esos momentos cuando la distancia se percibía más grande. En condiciones normales, podría abrazarlo, acariciarle el pelo hasta que se quedara dormido y susurrarle al oído que todo iría bien. Pero a tres mil kilómetros no podía hacer mucho más que ser una imagen a través de una pantalla, un conjunto de píxeles con capacidad de escucha y el ofrecimiento de estar siempre disponible para él.

No quise ser egoísta. La vida de esa mujer era mucho más importante que cualquier otra cosa. Ya había comprendido que el efecto mariposa iba a hacer de las suyas y que la situación me afectaría. Adrien confirmó mis sospechas.

—Anne está enferma, Alicia. —Ya había dejado de retener las lágrimas —. Me siento muy culpable. Me siento jodidamente culpable.

—Adrien, no adelantes acontecimientos… Y tú no eres culpable de nada, cariño.

Traté de sonar lo más dulce posible, pero incluso a mí me costaba contener las lágrimas.

—Sí lo soy. Porque mientras a su madre le diagnostican una enfermedad que va a ir minándola poco a poco, que va a reducir su calidad de vida drásticamente, que la va a convertir en dependiente… yo estoy pensando en dejarla atrás y rehacer mi vida lejos de ella. ¿Cómo voy a marcharme a Madrid sabiendo que, en cualquier

momento, mi hija, que apenas balbucea palabras, se va a enfrentar cara a cara con la enfermedad de su persona más importante?

—Encontraremos una solución.

—No puedo, Alicia… No puedo… Lo siento… Lo…

Le dije entre susurros que no era necesario que siguiera hablando, que lo apoyaría en todo, que comprendía este cambio de prioridades.

Que encontraríamos la solución, como siempre.

Y que lo haríamos juntos.

Esa noche yo también lloré sobre la almohada, porque fui consciente de que había perdido a Adrien para siempre.

34

«Y guardaré tu voz en un rincón de mi memoria para cuando no puedas estar aquí, para cuando la vida se ponga peor».

Madrid, junio de 2021

Ni siquiera podíamos señalar culpables. Yo no hice nada. Él tampoco. Quizá fue justo eso, la falta de acción, lo que inició el camino hacia nuestra destrucción. Pero ¿cómo enfrentarnos a algo que es más grande que la vida?

Jamás le deseé nada malo a Anne. Ni mucho menos. Nunca la consideré la competencia, sencillamente porque no jugábamos la misma partida. Ella trataba de retener al padre de su hija; yo vivía mi historia de amor. Éramos dos mujeres cuyos caminos confluían en el mismo hombre, con diferentes papeles, pero que nos debíamos sororidad.

Por eso aquella noticia me afectó casi tanto como a él; porque, de nuevo, tuve que vivir un cambio de planes. La razón principal fue que, por aquel entonces, nuestras conversaciones giraban en torno a médicos, hospitales, tratamientos… Y a un bebé que se quedaría sin madre.

Yo nunca quise tener hijos o, mejor dicho, nunca me lo llegué a plantear porque las circunstancias no eran, para mí, las idóneas. Pero estaba dispuesta a apoyar a Adrien en todo lo que hiciera falta cuando llegara ese terrible momento. Si teníamos que ser tres en Madrid, así sería.

A los pocos días, a Anne la ingresaron en el hospital durante dos semanas debido a una infección.

—Está muy deprimida, Alicia. —Me decía una y otra vez Adrien. Otras veces era peor, porque al otro lado del teléfono solo había silencio.

Yo cada vez me sentía más sola, consciente de mi papel secundario. Nuestras conversaciones comenzaron a espaciarse. Ya no hablábamos a todas horas. Ya no había apenas *wasaps*. Tuve que aprender a aceptar que si no me escribía era porque tenía los dedos ocupados, agarrando fuerte las manos de otra mujer que estaba librando la peor de las batallas.

Tuve que aprender a compartir a Adrien más que nunca. Tenía que ayudarlo a aferrarse a la vida, ser su refugio en la tormenta, no crearle más presión.

No sé si lo hice bien o mal, pero, cada noche, antes de acostarme, le prometía a Adrien que lo esperaría el tiempo que hiciera falta. Aunque no podía negarme que no solo se apagaba una vida, también sentía que la llama de nuestro amor titilaba cada vez con menos fuerza.

35

«¿Qué es peor: la ausencia de recuerdos o el dolor de un adiós?».

Madrid, mayo de 2056

Revivir mi historia confirma que no tengo ese episodio ni cerrado ni superado. La voz me tiembla al rememorar los días en los que la enfermedad de Anne marcó nuestros tiempos.

—Nunca la culpé de nada. Lo prometo. No soy ese tipo de persona. Eso quiero que quede claro por encima de todo.

Busco excusarme ante Eva al ver su rostro compungido. No solo escucha con atención mi historia, también se emociona casi a la par que yo.

—No lo he dudado en ningún momento. Hablas de ese asunto con mucho respeto.

—El que merecíamos todos, sin duda. Me he pasado toda mi vida defendiendo la sororidad y me gusta que mis actos vayan en concordancia con lo que digo. No éramos enemigas, Eva. Al menos yo nunca la consideré como tal. Espero que ella tampoco.

Hago un esfuerzo para recuperar la compostura mientras doy un sorbo a la taza de té humeante que tengo ante mí.

—Solo fuimos dos mujeres cuyos caminos se cruzaron en la vida. Adrien fue nuestro nexo, pero en realidad nuestras batallas fueron bien diferentes.

—Supongo que ella perdió…

La voz de Eva pende casi de un hilo. Yo agacho la mirada.

—De alguna manera, todos perdimos.

Noto que el ambiente se ha enturbiado, como si un fantasma se hubiese adueñado de mi casa. Casi por un impulso, aunque en el fondo me parece un gesto pueril, me levanto para abrir las ventanas.

—Vamos a ventilar, que el aire está ya muy viciado. Si tienes frío me lo dices. —Eva asiente en silencio—. Y tú, ¿qué quieres contarme?

Seguro que no has venido solo para escuchar mis batallitas. Ahora te toca a ti.

Eva sonríe y, tras esa curva de sus labios, sé que esconde un nombre.

—Algo de razón llevas. He venido porque siempre me das buenos consejos.

Le acaricio la mano por encima de la mesa. Nuestro vínculo cada vez es más estrecho y eso me enorgullece.

—Consejos vendo, que para mí no tengo. —Inundo la casa con el sonido de mi risa espontánea y la invito a que ella también se libere y me cuente sus cosas—. Ojalá hubiese sabido con tu edad lo que sé ahora. Así que, venga, escupe, cuéntame todo lo que se te está pasando por la cabeza para ver si mi experiencia puede ayudarte.

Eva se seca las lágrimas con la manga de la camiseta y respira hondo, tratando de apartar los fantasmas de mi historia para retomar los de su propia vida.

—Menuda intensidad manejamos, ¿eh? —Intento romper el hielo y, por lo que me contesta su sonrisa, parece que lo consigo.

—Ya lo creo. Podríamos ganar un Goya.

—No… Imposible. Solo se lo dan a los buenos actores. Lo nuestro está aquí —respondo apuntando a su corazón con el dedo índice.

—Verás… ¿Te acuerdas de Gonzalo?

—¿El médico guapete?

He conseguido que se le escape una carcajada. Punto para mí.

—Supongo que sí. Creo que… nos estamos enamorando.

Aplaudo. De pronto, me siento increíblemente feliz. Feliz por ella. Feliz al comprobar que el amor sí que gana algunas veces.

—Pero eso es maravilloso. Qué buen ojo tengo. Sabía que algo bonito podía nacer de ahí.

Percibo en su rostro que algo no va bien. La felicidad se mezcla con un aire de nostalgia.

—¿Cuál es el problema?

—El problema… El problema es que tengo miedo.

—¿Miedo? ¿De qué? ¿De ti? ¿De él?

—De la vida.

Suspiramos casi a la par, porque las dos sabemos bien a qué se refiere. En la vida podemos ser inmensamente felices o terriblemente desgraciados. Y lo peor de todo es que a veces, entre una cosa y otra, apenas hay un latido de distancia.

—¿Y si no sale bien? —me pregunta con la mirada perdida en el fondo de su vaso—. ¿Y si me ocurre como a ti?

—Todavía no te he dicho cómo termina mi historia.

Sonrío con dulzura, aunque sé que es difícil enmascarar el final, por mucho que esté tratando de darle emoción a mi relato.

—Ya… Bueno… Estás aquí conmigo, ¿no?

Asiento.

—Sí… Supongo que sí… Pero Eva… Por encima de todo, quiero que te quede algo muy claro.

Levanta la mirada, curiosa, y advierto que he recuperado su atención.

—Sea cual sea el desenlace, vivir siempre merece la pena. Siempre. Y te prometo que volvería a nacer mil veces solo por tener a Adrien un ratito en cada una de mis vidas.

—Porque son esos los ratitos que hacen que la vida compense, ¿verdad?

Su sonrisa es chispeante. Es encantadora.

—Esa es mi chica. Eres una buena alumna.

Nos hacen falta un par de galletas más para no ser yo la protagonista y que sea ella quien me cuente los detalles de su historia.

Me emociona ser testigo de algo que está naciendo y, aunque quizá no llegue a buen puerto, por estadística más que por pesimismo, me sigue pareciendo mágico ese momento en el que dos personas se unen por algo tan imperceptible y misterioso como el amor.

Y qué más da si mañana se rompe, si en la próxima vuelta de la vida solo son un par de desconocidos con pocos o muchos recuerdos en común, si el mundo les demuestra que estaban equivocados y que no hay un paraguas en el que se puedan cobijar. Qué importa eso. La fuerza que crece en su interior lo compensa todo. Es lo más valioso que tendremos en la vida y no cuesta ni un céntimo.

Eva me habla de Gonzalo y de cómo son sus días. Cuando llegó, él ya llevaba un tiempo trabajando en el hospital. A pesar de que es muy tímido, los primeros días, cuando se sentaban a comer juntos en los descansos, el tiempo volaba. Hablaban sin parar, reían juntos y hacían planes de esos que luego raramente se materializan. Su tiempo estaba lleno de «algún día». Algún día tenemos que ir a ver ese musical de Gran Vía que tiene tan buenas críticas. Algún día tenemos que probar la famosa pasta servida en la rueda de queso Pecorino de la calle Velázquez. Algún día tenemos que hacer la visita guiada a la fábrica de cerveza Cibeles.

Pero esos días nunca llegaban, hasta que Eva decidió invitarlo a cenar en una conocida terraza de la plaza del Carmen. Allí, entre velas y bombillas, después de un par de mojitos, él le confesó que estaba enamorado de ella desde el primer día que la vio.

—Es maravilloso. Es realmente maravilloso. —He permanecido en silencio hasta este momento para no romper la magia, pero ya no puedo callarme más.

—Mi cariño ha ido creciendo y creciendo y ahora siento que estoy totalmente enamorada de él. —Sus mejillas se ruborizan.

—Son dos formas de enamorarse diferentes. Lo importante es que es correspondido. No sabes cuantísimo me alegro por ti. Por los dos.

Sonríe agradecida. Parece más tranquila desde que le he dado mi beneplácito y a mí me llena el alma saber que mi opinión le importa tanto. No es egocentrismo, es que realmente quiero a esa chica como a la hija que nunca tuve.

Alzo mi taza y la invito a brindar.

—¡Por esta historia que acaba de comenzar!

—¿Con té?

—¡Con lo que sea! No importa lo que haya en el vaso. Los brindis, como la vida, son siempre cuestión de actitud.

36

«Entre la felicidad y la tristeza solo hay un latido de distancia».

Madrid, septiembre de 2021

Dos días. Dos días sin saber nada de Adrien. Había llegado septiembre y el final del verano se me hacía cuesta arriba. Por suerte, las temperaturas comenzaban a ser más suaves y podía salir a la calle sin tener la sensación de que el asfalto me quemaba. Sin embargo, mi historia con Adrien estaba más fría que nunca.

Un nuevo ingreso de Anne, debido a una infección que se había complicado más que la anterior, volvió a ponernos en jaque. Mi paciencia se agotaba a medida que los mensajes y las llamadas se espaciaban.

Cada vez me sentía menos comprensiva y más impaciente. Los pensamientos tóxicos cruzaban por mi mente. Su pareja era yo. ¿Por qué tenía que vivir pendiente las veinticuatro horas del día de otra mujer? Aquellos arrebatos no me duraban demasiado y enseguida comprendía que me estaba comportando como una niña egoísta, que reclama atención mientras en la realidad existen problemas mucho más importantes, pero aun así…

Quizá sentía miedo. A levantarme sin ilusión y que un día cualquiera descubriese que lo nuestro ya no podía volver al punto en el que éramos más felices. O peor, a que eso mismo le sucediera a él. Y sabía que no podría culparlo si eso llegaba a ocurrir, porque, sencillamente, la vida a veces gana la partida. Y no hay más.

Uno de esos días, mientras decoraba el escaparate con elementos otoñales, Adrien me sorprendió con una videollamada a destiempo. No solía hacerlo en horas de trabajo, porque sabía que no podía atenderlo. Por eso, cuando reconocí la melodía de la aplicación que usábamos para vernos, dejé lo que estaba haciendo y respondí a su llamada. Quizá era importante.

Al otro lado de la pantalla me esperaba un Adrien despeinado, pero con el rostro inundado de felicidad.

—Hola, amor.

Su voz volvía a sonar cercana. Cálida. Como antes.

—Hola, cariño. ¿Cómo estás?

Se pasó una mano por el pelo mientras sonreía.

—Despeinadísimo, por lo que veo. Y feliz. Tengo buenas noticias. Ya hemos salido del hospital.

Su forma de hablar en plural refiriéndose a otra mujer me seguía molestando, a pesar de que en más de una ocasión me había explicado que ese «nosotros» también incluía a su hija.

—Me alegro mucho. —Una ola de alivio recorrió mi interior. Me alegraba de verdad, por ella, por él, por la niña… Y, por supuesto, también por mí. Porque eso suponía cierta vuelta a la normalidad con mi pareja—. Era lo que esperabais, ¿no es así?

—Sí, pero parece que hoy ya está todo correcto. Esto no quiere decir que no vayamos a volver a recaer. —Otra primera persona del plural. Otra patada en el estómago para mí—. A fin de cuentas, ninguno de nosotros superará la vida, ni el más sano, pero es otra batalla que hemos ganado a la enfermedad. Y eso me hace feliz. Y tú, ¿cómo estás?

Sabía perfectamente que debía responder de otra manera. Que no era momento de reproches. Que yo no merecía nada de protagonismo en la historia. Pero algo me quemaba por dentro. Debía sacarlo.

Desde que Adrien y yo nos separamos en Madrid y decidimos iniciar una relación a distancia nos prometimos que nunca, jamás, pasara lo que pasara, nos ocultaríamos un pensamiento, una emoción o un sentimiento que tuviera que ver con nosotros y con nuestra relación.

—Bien. Me alegro de que por fin te importe.

Lo sé. Pude haberlo expresado de otra manera, pero la sutileza nunca ha sido mi fuerte. Supe que me había equivocado en las formas al ver la expresión de Adrien reflejada en la pantalla. Guardó unos segundos de silencio, con el ceño fruncido, para después preguntarme qué ocurría.

—¿Por qué dices eso?

Quise recular un poco, suavizar la situación, pero las palabras, una vez que se escapan de nuestra garganta, ya dejan de pertenecernos,

sencillamente impactan en la otra persona. Y ya es imposible rescatarlas.

—Es que… —Suspiré—. No sé, no me encuentro bien. Me he sentido muy sola estos días.

—Lo sé… Y lo siento. —Adrien se unió a mis suspiros—. Lo siento mucho, Alicia. No quiero separarme ni un minuto de ti, bien lo sabes, pero la situación me supera. Me siento entre la espada y la pared.

Mantuve silencio y dejé que continuara hablando. En ese momento, me sentí algo tonta.

—Es muy difícil gestionar esto y no dañar a nadie, incluyéndome a mí. Los días en el hospital son terribles. No me quito de la cabeza que mi hija va a crecer huérfana, o con una madre totalmente dependiente, ya no sé qué es peor.

—Adrien, estás haciendo todo lo que puedes.

—Lo sé, pero siento como si yo también estuviese en esa cama de hospital, luchando por mi vida. No sé si me explico.

—Sí… Puedo hacerme una idea.

—Lo último que quiero es perderte a ti, mi amor. Me volvería loco. Ya no sé lo que es vivir sin ti. Ya ves, ni siquiera vives cerca, y no puedo imaginarme otra vida que no sea contigo.

Tuve que hacer un esfuerzo enorme para no emocionarme.

—Lo siento en el alma, Adrien, no quería ser desagradable. De verdad, no te preocupes por mí.

—Alicia, claro que me preocupo por ti. Tienes toda la razón del mundo. Sé que no puedo darte el doscientos por cien de mí y a continuación dejarte con un simple goteo. Porque, tarde o temprano, acabarás distanciándote de mí. Y entonces ya no habrá marcha atrás. Por favor, dime siempre cómo te sientes, mantenme alerta.

Deberíamos poder hacer un número determinado de promesas a lo largo de nuestra vida. De ese modo, tal vez, nos lo pensaríamos más antes de lanzar nuestras buenas intenciones al aire.

Aquella llamada me dejó algo más tranquila, pero sobre todo me sirvió para hacer un ejercicio de autocrítica. No podía exigirle tanto a

Adrien. Debía aprender que no siempre podría estar a mi lado, y que eso no significaba que lo nuestro no fuese real. Que no me quisiera como yo a él o cualquier otra absurdez que en algún momento se me había pasado por la cabeza durante los últimos días.

No me hacía falta que Adrien me compensara por estar tanto tiempo pendiente de Anne, pero parece que el sentimiento de culpa lo persiguió más noches de la cuenta. Porque, a pesar de que todo entre nosotros había vuelto a la normalidad, solo habían pasado un par de semanas cuando me sorprendió como solo él sabía hacerlo.

—No aguanto más —aseveró en una de esas videollamadas en las que cenábamos juntos. Tenía una sonrisa columpiándose en la cara, de oreja a oreja—. Bueno, en realidad, es que no me queda mucho más tiempo si no quiero que me chafes la sorpresa.

—¿Qué sorpresa?

—¿Tienes algo que hacer este fin de semana? Bueno, ya sé que no, te pregunté hace dos días —respondió risueño.

—¿Vas a venir? —Se me iluminaron los ojos, pero traté de controlarme. No quería decepcionarme.

—Mejor. Nos vamos juntos. ¿Conoces Venecia?

Estallé de emoción. Por supuesto, él sabía que nunca había estado en Venecia. Pero no fue la ciudad de los canales la que me hizo explotar de felicidad. Fue atisbar la oportunidad de pasar tiempo juntos, el recuerdo del tacto de su piel volviendo a mis dedos. La posibilidad de quedarme dormida entre su abrazo. La esperanzadora demostración de que sí éramos reales, y de que algún día también seríamos posibles.

37

«Ojalá comprendiéramos antes que hacernos la vida bonita depende exclusivamente de nosotros».

Venecia, octubre de 2021

Tres días después aterrizaba en el Aeropuerto Internacional de Marco Polo, donde Adrien, que cogió su vuelo un poco más temprano, me esperaba emocionado y con los brazos preparados para el reencuentro.

Me había dado pocos detalles sobre el viaje. Sabía que sería una escapada exprés, desde el viernes hasta el domingo, y que nos alojaríamos en el hotel Bella Venezia. No era el más lujoso de la ciudad, pero tenía una buena ubicación. Tampoco le faltaba la clásica decoración sobrecargada de los lugares venecianos más icónicos.

Apenas había cruzado la puerta de llegadas de la terminal, cuando Adrien se abalanzó sobre mí.

—No imaginas cuánto te he echado de menos.

—Yo también, mi amor, yo también.

Nos fundimos en un beso urgente, como si quisiéramos condensar en un instante el tiempo que habíamos perdido, como si guardáramos en los labios todo lo que la vida nos negaba. Si hubiésemos estado en una película, el aeropuerto entero habría interrumpido su actividad para aplaudirnos. Pero en la realidad las vidas ajenas importan más bien poco. Ojalá lo nuestro hubiese sido de película porque, en ese caso, hubiésemos logrado nuestro final feliz.

—Vayamos al hotel. Espero que hayan podido atender mi petición y tengamos una habitación con vistas.

Mi primera toma de contacto con Venecia me dejó sensaciones bastante contradictorias. Estaba acostumbrada a las ciudades con mar, pero lo de Venecia era diferente. En lugar de pasos de peatones, había puentes; en lugar de coches, barquitas que cruzaban la ciudad con más encanto que prisa. Hasta vimos a los mensajeros repartir paquetes desde el agua. Todo giraba en torno a ese elemento, que hacía a Venecia merecedora de ser considerada una de las ciudades más bellas del mundo.

En contraposición a esta belleza, pude comprobar lo que suele decirse acerca de su olor. Creedme, Venecia huele de un modo especial, es un hecho. Las calles, en ocasiones, se tornaban angostas y era fácil encontrarte en un callejón sin salida. Aquello les daba cierto aire tenebroso e inquietante. Las máscaras picudas, símbolo de la peste que en dos años acabó con un tercio de la población, decoraban algunas paredes de las tiendas de la ciudad.

Venecia consiguió desarmarme, cambiar mi perspectiva, igual que lo hizo Adrien cuando apareció por primera vez en el salón de mi casa aquella mañana del mes de enero que ya parecía tan lejana, a pesar de que no había pasado ni un año. Por eso, y porque a su lado cualquier cosa se convertía en algo increíble, me pareció un destino maravilloso.

—Me encanta… De verdad, me encanta… No podías haber elegido una ciudad mejor —dije mientras miraba por la ventana de nuestra habitación que, por suerte, sí tenía vistas.

No podía negar que en alguna ocasión me habían surgido dudas sobre nuestra relación. Creía conocer mucho a Adrien, hablar a diario sin filtros te permite saber más de una persona que está a varios miles de kilómetros que a otra con la que convives. Sin embargo, no podía evitar sentir recelo, dudar de si estaba enamorándome de un espejismo, de si Adrien era real o solo una ilusión.

Pero si cuando nos vimos en Berlín aparté esos miedos de mi cabeza, en ese nuevo encuentro en Venecia los mandé de una patada al último rincón del mundo. Juntos éramos increíbles. Las horas se convertían en minutos a su lado; los temas de conversación parecían infinitos. Incluso, el simple hecho de estar tumbados en la cama, acurrucada en su pecho antes de dormir, me hacía sentir que estaba en el lugar correcto.

—¿Te imaginas vivir en un lugar como este? —me sorprendió la segunda noche, cuando ya estábamos a punto de dormirnos—. Que el resto del mundo tenga que cruzar un puente, literalmente, para llegar hasta nosotros. Quizá así no nos alcanzarían los problemas.

—Pareces melancólico.

—Bueno… Mañana se nos acaba esto y volverás a irte de mi lado.

—En realidad, te vas tú. Tu avión sale antes. —No lo vi, pero intuí que me estaba sacando la lengua. Sonreí—. Tranquilo, pronto todo esto será un recuerdo y nos reiremos mientras hacemos cosas de pareja normal, como ir a la compra y quejarnos de lo caros que están los

plátanos o discutir porque no has tendido la lavadora.

—No quiero discutir contigo. —Suspiró—. ¿Sabes? Esta mañana, mientras paseábamos por el Gran Canal, imaginaba que vivíamos aquí, juntos, y que esos paseos eran parte de nuestra rutina.

Sonreí acariciando su pecho, mientras una ola de nostalgia me inundaba ahora a mí. Porque, muy en el fondo, sabía que quizá eso nunca llegaría a ocurrir. Ni en Venecia ni en Madrid.

Adrien me liberó de esos pensamientos.

—Me gustaría hacer una locura. Que los dos lo dejáramos todo atrás y nos mudáramos a una ciudad como Venecia. Seguiríamos nuestros impulsos y nos olvidaríamos de las obligaciones, de las cadenas que nos atan a nuestras casas. Construiríamos el presente desde cero. Juntos. Porque lo único que tengo claro es que aquí, en Berlín o en Madrid, quiero que mi vida sea contigo.

—¿Te imaginas? Viviríamos en una casa con los balcones llenos de flores, cerca de San Marcos. Y tendríamos la despensa siempre llena para no tener que salir de casa cuando llegara el *acqua alta*.

Adrien se rio, ya le había contado en alguna ocasión que odio mojarme los pies cuando llueve.

—¿Y a qué nos dedicaríamos? —preguntó, invitándome a soñar.

—Trabajaríamos los dos en remoto, que ahora está muy de moda. Tú montarías un aula virtual para dar clases a niños de cualquier lugar del planeta que no pudieran ir a clase. Y yo vendería mis artículos de viaje *online*.

—Me encanta cómo suena.

—Saldríamos todas las tardes a pasear por el Puente Rialto. Y los fines de semana haríamos excursiones a las islas vecinas: Murano, Burano, Lido… Incluso podríamos alquilar un coche para ir hacia el interior.

—Corrijo: me encanta cómo sueñas.

—Y a mí me encanta hacerlo contigo. Dime que algún día será real. Dime que no vamos a renunciar a vivir todo eso.

—No lo haremos. Y si, por cualquier motivo, no lo conseguimos, siempre nos quedará soñar. Siempre nos quedará Venecia.

38

«Yo no sé si tengo razón o si estoy equivocada. En realidad, no importa. Me basta con saber que soy fiel a mí misma, que asumo mis errores y que he aprendido a celebrar mis victorias. Eso siempre se nos olvida y quizá es lo más importante».

Venecia, octubre de 2021

Nuestro último día en Venecia decidimos madrugar para retozar un rato más entre las sábanas, pero también para no perdernos el maravilloso desayuno que nos esperaba en el Caffe Lavenna. Esa fue mi pequeña sorpresa para agradecer a Adrien que hubiera organizado el fin de semana. Aunque el sitio era ridículamente caro para lo que ofrecía, me pareció un estupendo broche de oro.

Nos dirigimos a la Piazza San Marco. Había reservado una mesa en terraza para disfrutar del lujo de desayunar con vistas. Los camareros, ataviados con un elegante traje de color blanco, nos recibieron como si fuésemos miembros de la realeza. A un precio de once euros por cada café no se podía esperar menos.

Solo por ver la cara de ilusión de Adrien mientras desayunaba, ya mereció la pena.

—Que sepas que me está doliendo cada sorbo que le estoy dando a este café. Pero esto es increíble. Eres increíble.

Con una mano sostenía la taza y con la otra me acariciaba por encima de la mesa, sin poder apartar la vista de la Basílica di San Marco.

—Te mereces todo.

—¿Sabías que en Venecia solo existe una plaza en toda la ciudad y que es precisamente esta?

Me quedé pensativa.

—¿Y qué hay de Piazzale Roma?

—Tú misma te has respondido. Piazzale o Campo, que es el otro nombre con el que puedes ver algo similar, no es lo mismo que plaza. Oficialmente, en Venecia solo existe la Piazza San Marco.

—Nunca hubiera imaginado que podía ser tan interesante salir con un profesor —respondí un poco burlona. Me encantaba cuando se sacaba un dato curioso de la manga.

—Ojalá nunca deje de sorprenderte. Creo que esa es la mejor manera de mantener la llama del amor.

—Nunca la apagaremos. No lo dudes ni por un momento.

Una nube cruzó el cielo, la misma que se instaló en nuestra mente. Porque con cada momento que dejábamos atrás sabíamos que, irremediablemente, nos dirigíamos a una nueva despedida.

—No quiero que nuestra relación sea siempre así, Adrien —le dije mientras apuraba mi café—. No quiero vivir de separación en separación. Planeando siempre un viaje o dejando nuestras vidas en pausa cada vez que queramos vernos.

En su rostro se alojó una mueca triste, la cual interpreté a mi favor.

—Sé… —dudé, pero me armé de valor para seguir—. Sé que es muy pronto. Sé que apenas llevamos unos meses juntos y que el tiempo compartido físicamente sonaría ridículo hasta a los más románticos. Pero solo tú y yo sabemos lo que sucede entre nosotros. Y solo tú y yo somos conscientes de que necesitamos una salida antes de que la vida nos lo ponga aún más difícil.

—¿Más todavía? —preguntó con sorna.

—No desafíes al destino…

Me dio la razón, pero ambos sabíamos que no era eso lo que quería. Las palabras comenzaban a no ser suficiente. Quería actos. Quería más momentos así, batallar juntos contra el despertador y compartir la cena a diario. Los desayunos en plazas venecianas estaban muy bien, la magia de encontrarnos siempre en un aeropuerto, también, pero yo valoraba la cotidianeidad mil veces más.

Cuando terminamos de desayunar me cogió de la mano y me llevó a una de las callejuelas que se encontraban en la parte trasera de la basílica.

—Ahora te guio yo. —Antes de que me diera cuenta estábamos dentro de una modesta joyería, muy pequeñita, pero donde cada centímetro se aprovechaba para exponer piezas a través de gruesos cristales a prueba de ladrones.

—¿Qué significa esto? —pregunté nerviosa. No estaba preparada para una pedida de mano a la italiana.

—¡No! —Al darse cuenta del malentendido, se rio, nervioso—. No es lo que piensas. Quiero regalarte un anillo para que siempre me tengas cerca, tocando tu piel. Elige tú y compraré dos iguales.

Escogí una sencilla alianza de plata, lisa. Adrien me pidió que esperara fuera. Quince minutos después, salió con una bolsita en la mano y una increíble sonrisa en el rostro. Volvimos a la plaza, la atravesamos y allí, en una esquina, junto a la Columna de San Marco, con vistas a las aguas que rodeaban Venecia al sur, me mostró los anillos.

—A partir de ahora y durante el resto de mi vida, incluso si el destino nos separa, te prometo que no me lo quitaré jamás. Porque sé que, pase lo que pase, mi amor por ti nunca morirá. Llévalo mientras tú sientas lo mismo. —Me puso el anillo, pero antes me mostró lo que había grabado en ambos.

—Son unas coordenadas… —dije.

Él asintió, orgulloso al ver mi cara de desconcierto. Había logrado sorprenderme.

—Son las coordenadas de tu casa. El lugar en el que nuestros caminos se cruzaron, donde nos vimos por primera vez y donde nos dimos el primer beso. Donde nos enamoramos y pronunciamos el primer «te quiero». Y el que algún día me gustaría que se convierta en nuestro hogar.

—Eso significa que…

—Eso significa, Alicia, amor mío, que voy a volver a ti. Y va a ser pronto, lo tengo decidido. No te puedo adelantar la fecha, pero quiero empezar el año nuevo contigo.

—¡Pero eso es ya…! —grité, emocionada.

—No va a ser fácil, pero no quiero anclar mi vida a nada que no sea a ti.

No podía parar de reír de felicidad. Sabía perfectamente lo que significaría para él abandonar Alemania, dejar su vida atrás. Y estaba dispuesto a hacerlo por mí.

Esa vez la despedida no fue tan triste como las anteriores. En el vuelo

de vuelta comprendí que, además de una promesa, con aquel anillo, Adrien me estaba regalando un pedacito de eternidad. Una parte de él estaría siempre en mi dedo corazón, recordándome los días en los que nos sentimos inmortales, invencibles.

Prometí que no me lo quitaría nunca.

Y así ha sido. Mis manos se han ido arrugando con el paso de los años, pero nunca me he separado de la alianza de plata, que ha visto pasar cada uno de mis inviernos.

39

«Cuando ya no quede tiempo, buscaré en la memoria aquellas noches en las que fuimos infinitos».

Madrid, octubre de 2021

Venecia marcó un antes y un después. Tal vez fue el embrujo de las aguas de la Reina del Adriático. O puede que la magia residiera en que nos sentimos dueños del mundo, caminando de la mano por sus calles, donde parecía que nada ni nadie podría alcanzarnos, que solo existíamos nosotros y nuestros deseos. Nos concedimos la libertad de soñar. Y vaya si lo hicimos.

Volví a Madrid con la promesa de que Adrien se trasladaría a Madrid. Me moría de ganas de volver a abrirle las puertas de mi casa, de transmitirle mi amor por mi precioso Barrio de las Letras y de convertirlo, también a él, en mi gato favorito. En la estrella de los tejados, que diría Leiva.

Con el paso de las semanas mi ilusión no se apagaba. Él se mantenía firme en su promesa y yo descosía horas para hacer más liviana mi espera. Adrien me había pedido pasar parte de las Navidades con su familia. No le puse ningún impedimento.

Me explicó que, ya que iba a girar el timón de su vida de esa manera tan radical, quería disfrutar de las fiestas en Berlín. Preparar los *Christbaumgeback*, adornos navideños hechos en casa, con sus padres y ver a su hija recibir la llegada del *Nikolaustag* el sexto día de diciembre, aunque todavía no se enterase mucho del motivo de esa festividad. La Nochebuena la pasaría con Anne y con la pequeña; él prepararía su famoso cochinillo y ella pondría sobre la mesa su *Christstollen*, un pan relleno de limón, nueces, pasas y otras frutas secas de temporada.

Lo tenía todo planificado, y yo, aunque hubiese preferido que pasase la Nochebuena conmigo, entendí que no podía exigirle más de lo que me iba a dar. No quería ser injusta y le expresé mi conformidad. Yo aprovecharía para ir a San Sebastián y, si todo salía como lo estábamos planeando, el 31 de diciembre lo pasaríamos juntos, en Madrid, estrenando año y vida.

Pero, por muy buenas intenciones que tengamos, no siempre

conseguimos ser tan racionales como nos gustaría. Y un día exploté. Supongo que, cuanto más cerca tienes algo, más impaciente te vuelves. Y me pudo la tensión.

Fue en una de nuestras conversaciones nocturnas, mientras me hablaba de Anne y de su hija, cuando no pude evitar que mi cara desvelara lo que estaba callando.

—¿Qué ocurre?

—Nada. —Disimulé, sin mucho acierto.

—Alicia… ¿Qué pasa? Si empezamos a escondernos cosas, esto no va a funcionar. Y estamos arriesgando mucho.

—Anne, Anne, Anne, Anne… ¿Te das cuenta que hay días en los que no oigo otra cosa que su nombre?

—Eso no es justo…

—Me va a explotar la cabeza. Y a veces… —dudé de si debía seguir, pero ya no había quien me parara—. A veces dudo de que podamos ser felices, con la sombra de esa mujer tras nosotros. Quiero vivir contigo, Adrien, pero va a ser complicado si siempre tienes su nombre en la boca…

—No me lo pongas más difícil, por favor. —Su voz sonaba calmada, pero era evidente que le estaba haciendo daño—. Sabes que mi hija y yo vamos en *pack*. Y por mucho que me cambie de país, no voy a dejarla atrás. Ella será siempre mi prioridad. Siempre. No te imaginas lo duro que está siendo pensar que no voy a poder verla a diario.

—Y lo comprendo, pero no sé qué pinta Anne en medio de nuestras conversaciones.

—Es su madre, Alicia, es normal que la mencione y la tenga en cuenta. No te comportes como una niña. Siento que la estoy dejando en la estacada. Le prometí compartir la crianza los primeros años, estar a su lado y mira… Y está enferma, no puedes olvidarte de eso. Ahora está estable, pero no sabemos por cuánto tiempo. La enfermedad avanza lenta, la medicación parece funcionar, pero ¿y si vuelven a ingresarla? ¿Y si le pasa algo estando a solas con mi hija?

Un sentimiento de egoísmo crecía y crecía en mi interior. Yo solo trataba de reclamar mi lugar. Y de verdad que la situación de Anne me apenaba, pero estaba harta de sentirme una segundona.

—Me siento una sombra a su lado…

—Eres el centro de mi vida, te recuerdo que en un par de meses me voy a vivir contigo.

—No aguanto más sin ti… —Me desinflé.

—Tranquila, amor, tranquila. Hemos hablado esto muchas veces. Y estamos más cerca que nunca de conseguir nuestro final feliz. No vamos a permitir que se estropee ahora.

—¿Tú podrás ser feliz a pesar de lo que dejas atrás?

Hice en voz alta una pregunta que me atormentaba cada noche. Él se encogió de hombros.

—Sinceramente, no lo sé. Pero la única manera de saberlo es si lo intento. Y quiero hacerlo. Quiero descubrir cómo es una vida a tu lado y si compensa todo lo demás. Si no, ambos tenemos un camino de vuelta. Siempre lo hay. Y ella… mi pequeña…

Bajó la mirada, sabía que ese tema le resultaba muy doloroso.

—La echaré de menos, pero tiene una madre maravillosa y unos abuelos increíbles. Mis padres me han prometido ayudar a Anne, pasar tiempo con su nieta a diario. Es pedirles mucho, lo sé… pero me tranquiliza. Voy a tratar de venir a Berlín una vez al mes. Sé que me perdonará algún día. O eso espero.

—No tendrá nada que perdonarte. Va a crecer con esta situación, no le parecerá raro, será su normalidad. Lo entenderá, claro que lo entenderá. En algún momento de nuestra vida todos tenemos que tomar decisiones complicadas. Además, ya lo hemos hablado, nuestras puertas estarán siempre abiertas para ella.

No lo decía con la boca pequeña. Si algún día faltaba Anne y la niña quería venirse a España, acondicionaría mi casa para que pudiésemos vivir los tres. Eso era lo mínimo que podía hacer por ellos.

Habíamos acordado también el modo en el que nos conoceríamos la niña y yo. Viajaríamos juntos a finales de enero a Berlín y me presentaría a la pequeña como una amiga. Yo acompañaría a Adrien en alguno de sus viajes para que fuera familiarizándose conmigo y en verano sería ella la que vendría a España. Anne se había mostrado de acuerdo. No estaba nada contenta con la decisión de Adrien, como era lógico, pero no quería apartar a la niña de su padre. Ella seguía

enamorada de él, pero su enfermedad le había hecho ver que no merecía la pena invertir tiempo en nada que no la hiciera feliz. Sabía que debía dejarlo ir y centrarse en su salud y en su hija. Al menos eso era lo que me había transmitido Adrien.

Yo sentía que podía acariciar mi futuro con él; sin embargo, mi intuición estaba empecinada en decirme lo contrario.

40

«Que te echo de menos y ya no sé cómo gritarlo más fuerte».

Madrid, diciembre de 2021

Como cada año, diciembre llenó de luz la ciudad de Madrid. La bola del principio de la Gran Vía, el gigantesco árbol de Sol, la recién estrenada plaza de España… La capital lucía más bonita que nunca, a pesar de la sexta ola de la pandemia, que auguraba, de nuevo, unas Navidades complicadas.

Aun así, la gente inundaba las calles a golpe de chocolate caliente y churros de San Ginés, de tardes esperando el inicio de *Cortylandia* y de interminables filas para probar unas hamburguesas de autor que servían en un *food truck*.

Mientras tanto, yo pasaba los días con una ilusión desbordante y un manojo de nervios en el estómago. Mis mayores deseos estaban a punto de hacerse realidad y no venían en camello desde Oriente; tenían un pasaje de avión con varias piezas de equipaje adicional.

El tiempo se me pasó volando. Al final había decidido que iría a ver a mis padres el 24 y el 25 de diciembre, ya que tenía mucho por hacer en Madrid. La tienda iba fenomenal, por fin, después de un año muy complicado. Tenía ingresos estables y cada vez era más popular, no solo en el barrio; el *ecommerce* también estaba despegando. A través de las redes vendía, sobre todo, artículos de marroquinería que yo customizaba, acercándome cada vez más al sueño de diseñar mi propia línea de artículos. A eso se le unía la incondicional ayuda que le estaba ofreciendo a Adrien para solucionar su mudanza. Apenas tenía tiempo para descansar, pero, a pesar de eso, yo me despertaba cada mañana cantando. Me sentía optimista e increíblemente feliz.

En Nochebuena me convertí en el centro de atención. Mi familia quería ver fotos de mi misterioso alemán, con quien iba a empezar a convivir antes de terminar el año. Todos hacían comentarios sobre el idioma, sobre la fama de cuadriculados de los alemanes y de lo raro que se les hacía verme enamorada. Mi padre incluso se atrevió a hacer su versión de las *currywurst* alemanas. A la vasca, claro. Llegué a prometerles a mis padres que los llevaría de viaje a Berlín, que no había mejor momento que aquel para que empezaran a conocer

mundo. Adrien ya estaba integrado en mi mundo incluso antes de llegar. La vida, por fin, nos sonreía.

Él respondió a mi foto de las improvisadas salchichas en su honor con una imagen suya en pijama. Ya me había contado por la tarde que habían decidido celebrar la noche con pijamas navideños a conjunto. Anne, además, que llevaba un par de días con dolores, se sentía más cómoda con ropa holgada. Les deseé que pasaran una noche estupenda. Yo ya había conseguido dejar a un lado mis fantasmas, tenía un antídoto muy poderoso contra ellos: el hombre de mi vida se iba a mudar conmigo, y la estampa familiar no me hizo daño.

Dos días después cogía el AVE de vuelta a Madrid. Entonces sí, empezaba la cuenta atrás para recibir a Adrien. El 28 de diciembre, aterrizaría en el aeropuerto para comenzar el primer día del resto de nuestras vidas. No podía sentirme más feliz e ilusionada. Incluso, ingenua de mí, creía que ya nada iba a poder con nosotros.

Hicimos un pacto. Quería cumplir su promesa de que nuestro reencuentro en Madrid fuera en la puerta de mi casa, así que le prometí que no iría a recogerlo al aeropuerto. Pero yo, que a veces parecía la alemana de la relación, más cabezona que nadie, quise hacer lo contrario. Entendía que para él sería un momento agridulce, por todo lo que dejaba atrás, y quería demostrarle que, pasara lo que pasara, no iba a estar nunca solo.

En casa dejé preparada una tarta casera. Una lluvia de pétalos en el dormitorio. Unas velas esperando a ser encendidas. Una botella de vino y un par de copas sobre la mesa.

Aquella tarde le di las llaves de la tienda a Fer, que me hizo el favor de abrir por mí para atender a los clientes. No podía permitirme cerrar una tarde de diciembre, el momento del año con mayor volumen de ventas.

Llegué al aeropuerto cuatro horas antes, cuando él no había embarcado. ¿Por qué? Supongo que me pudo la ilusión. Nunca había sido tan feliz, y quería masticarlo bien, revolcarme en ese sentimiento y grabármelo a fuego, por si algún día tenía que conformarme con imaginarlo.

No le dije a Adrien que había ido a por él. Por eso evité atender sus llamadas, no quería que la megafonía me descubriera.

Cuando me dijo que ya estaba en el aeropuerto, contesté a su mensaje con una mentira piadosa: «Tengo mucho lío en la tienda. Después

hablamos». Y me fui a tomar un café, mordiéndome los labios de la emoción.

En unas horas, un avión iba a devolverme lo que un día me había arrebatado.

41

«Fuimos un beso urgente en una noche de invierno».

Madrid, junio de 2056

Sonrío al recordar los nervios que pasé mientras esperaba en el aeropuerto. Parece que fue ayer, pero ha pasado toda una vida. Una vida en la que no siempre he logrado ser tan feliz como imaginaba en aquel momento.

Eva está con la boca abierta. Desde el principio dio por hecho que lo nuestro había sido cosa de un par de meses y que la distancia lo mató, como sucede con tantas y tantas parejas. Pero nuestro caso no fue así.

Es incapaz de disimular la sorpresa.

—¡Regresó! No me lo puedo creer… Es… Es… Joder, es precioso. —Se tapa la boca con las manos—. Perdón por la palabrota. Es una historia tan bonita.

Guardo silencio. Sí, lo fue. Pero esa rosa tan bonita estuvo llena de espinas. Me he preguntado muchas veces cómo habría sido mi vida si no hubiera conocido a Adrien, si no me lo hubiera encontrado en casa… Si no hubiera nevado aquel día.

Sigo en silencio y es la emoción de Eva la que llena el espacio. Hasta que se da cuenta de que algo va mal.

—No salió bien, ¿verdad? —Su voz suena delicada, dulce, con ese punto de compasión con el que nunca me ha gustado que se dirijan a mí.

Bajo la mirada, y me repito esa pregunta que tantos años lleva alojada en mi mente. ¿Podría haber salido bien?

42

«Y fue ese día cuando lo perdí todo. Pero no sabía que ganaba incluso más».

Adrien

Berlín, diciembre de 2021

Jamás podría describir con palabras cómo me sentía en aquel momento, cargado con más equipaje del que podía acarrear y con un sentimiento de culpa que ocupaba más que las maletas.

No me reconocía, ese no era yo. Mi aspecto era el mismo, algo ojeroso; los bebés cansan mucho, pero en mi interior sentía que algo se había roto y que no podría arreglarlo. ¿Cómo había llegado a tomar esa decisión?

Amaba a Alicia, pero el cambio de vida iba a ser demasiado drástico, incluso para un corazón henchido de amor como el mío. Temía que el miedo de haberme equivocado me acompañara siempre, que la culpa no me abandonara jamás. Podía volver, claro. Pero cuando nos vamos de un lugar es posible que, al intentar regresar, ya no quede nada de lo que un día nos perteneció.

Alicia había roto mis esquemas. Igual que el embarazo de Anne. Sin embargo, me había adaptado a la paternidad de manera natural. Ejercer de padre se había convertido en el centro de mis días, en la razón de mi existencia. Pero Alicia… Alicia me había devuelto a la vida. Y sabía que renunciar a ella sería una locura, aunque eso implicara dejar cosas atrás.

Observé mi reflejo en uno de los escaparates de las tiendas del aeropuerto y respiré hondo. A pesar del miedo, tenía una sonrisa dibujada en la cara. Ese era el mejor indicativo de que estaba tomando la decisión correcta. En mi mente, proyecciones de un futuro con Alicia me daban fuerzas para caminar hacia la puerta de embarque y mitigar el picor que me producían las hormigas que sentía corretear por mi estómago.

La culpa y la alegría convivían de una manera incomprensible. No me había despedido de mi hija, no hubiera podido. Sí lo hice de Anne, de una manera más rápida y fría de lo que quizá los dos hubiéramos

deseado después del tiempo y las experiencias compartidas, y debo reconocer que aquello me destrozó. La estaba dejando sola con su enfermedad, le había soltado la mano. Le dije adiós y me marché. Me sentía la persona más egoísta del mundo. Todos cargamos con alguna condena en nuestra vida y yo acababa de descubrir cuál iba a ser la mía.

Mi teléfono sonó, era un mensaje de Alicia diciéndome que estaba en la tienda, que no podía llamarme porque tenía una reunión con una agencia de comunicación y que nos veríamos en casa en unas horas.

Me senté a tomar un café cerca de mi puerta de embarque para matar el tiempo. Quedaban todavía dos horas para que saliera mi vuelo, había llegado demasiado pronto, como de costumbre.

El primer sorbo de café me trajo el sabor de la nostalgia al recordar el rostro de mi hija.

El segundo sorbo hizo latir mi corazón más deprisa, al pensar que esa misma noche dormiría con Alicia.

El tercer sorbo se interrumpió por una llamada de teléfono que, si hubiese llegado un poco más tarde, tal vez hubiera cambiado el rumbo de mi vida.

Asentí cuando preguntaron por mí. Asentí cuando pronunciaron el nombre de Anne. Y dejé de escuchar cuando esa misma voz me habló de un ingreso precipitado, de una infección inesperada, de una intervención de urgencia.

—Estoy en el aeropuerto, a punto de volar —respondí, cerrando los ojos y presionándome la sien con la mano que me quedaba libre. Tenía que empezar a acostumbrarme a aquella situación. Aunque nunca habría imaginado que sucedería tan pronto, cuando ni siquiera había comenzado mi nueva vida. Otro maldito golpe del destino.

—Comprendo. —La voz al otro lado sonaba cada vez más amarga—. Anne solo pregunta por usted, dice que lo necesita a su lado… También quiere decirle que su hija está bien. Estamos tratando de localizar a los abuelos.

—¿Mi niña está bien? No puede ser… Esto no puede estar pasando. Anne es muy fuerte, lo ha demostrado. No puede ser tan grave como parece.

Estaba casi enfadado por tener que volver a enfrentarme a esa

pesadilla en el momento más inoportuno.

—Su hija está perfectamente. Lo siento, señor, pero mi trabajo es informarlo de la situación. Ella me ha dado su teléfono. Que tenga buen vuelo. —Y colgó.

Y el que sintió que se quedaba bailando entre la vida y la muerte fui yo. Y la realidad es que me encontraba entre dos vidas. Entre lo que debía hacer y lo que quería ser. Entre el pasado al que seguía encadenado y el futuro que no podía atrapar.

Derramé lágrimas al pensar en Alicia en casa, preparándose para un encuentro que nunca sucedería.

Le pedí perdón en silencio y le rogué a Dios que me concediera una segunda oportunidad.

La imagen de mi hija sola, la de Anne enferma y desamparada… pudieron más.

Con el corazón encogido y la vida deshecha, recogí mis cosas y desanduve mis pasos. Tenía que regresar.

43

«Y cuando llegue el momento de repartir las pertenencias lo haremos así: Para ti, la Puerta de Brandeburgo, los paseos por La Latina y los abrazos en Venecia. Yo me quedo con el calor de tus besos, con la expresión de tu mirada después del primer «te quiero» y con la Gran Vía, que nos vio reír de madrugada».

Alicia

Madrid, diciembre de 2021

Antes de partir al aeropuerto, me activé el servicio de notificaciones de los cambios de estado que pudiera sufrir el vuelo de Adrien. Así podría saber enseguida si salía con retraso.

Me extrañó muchísimo cuando recibí una alerta indicándome que el vuelo había despegado. A pesar de que le había dicho que no me llamase para evitar que cualquier ruido del entorno pudiera arruinarle la sorpresa, quedamos en que me enviaría un mensaje para que yo supiera que el vuelo iba en hora.

Pensé que estaría nervioso, incluso triste por lo que dejaba atrás. Me resultó fácil empatizar con él, por eso, no le di importancia ni lo interpreté como una mala señal por la que tuviera que preocuparme.

Todo cambió cuando vi su nombre en la pantalla de mi móvil.

—Alicia…

No entendí nada más. Adrien rompió a llorar.

—Tranquilo, Adrien, respira y cuéntame qué ocurre. —No podía articular palabra—. Por favor, cariño —insistí—. Me estoy asustando.

—Yo… Lo siento, Alicia. Lo siento en el alma. Nunca podré compensarte por esto. Lo siento. Lo siento. Lo siento.

—Pero ¿por qué, Adrien? ¿Por qué no has cogido el avión?

—Es Anne…

Dejé de escuchar. O más bien, él dejó de hablar.

Anne.

Otra vez Anne.

Otra vez su pasado. Su vida. Su maldita realidad.

Noté que me ardían las mejillas y que me flaqueaban las piernas. Mi cuerpo estaba a merced de mis sentimientos, que se movían entre la desesperanza y la ira. No soportaba más esa situación.

—No he podido cogerlo. —Su voz seguía entrecortada—. Te prometo que ya estaba en el aeropuerto, que iba a por ti, a por nosotros. Te lo prometo, Alicia, créeme que ya lo había dejado todo.

Yo seguí en silencio. No podía ser real. Lo teníamos tan cerca, ya casi lo habíamos conseguido… Debía de ser una broma.

—Pero he recibido una llamada, Anne está ingresada otra vez. Y estaba con mi hija, Alicia. Ha tenido que llamar a una ambulancia, porque no se encontraba bien y no localizaba a mis padres… ¿Qué hubiera sido de mi niña si le llega a pasar algo?

Continué en silencio.

—Di algo, Alicia, por favor. Lo que sea. Mándame a la mierda si quieres. Entiendo que estés dolida, pero comprende también que no puedo hacer otra cosa. Deja que todo se calme aquí y cogeré otro vuelo en unos días. Retomaremos nuestros planes. No tiene que cambiar nada. Te lo prometo. Solo necesito tiempo.

En aquel momento, algo se rompió dentro de mí. Esa nueva promesa me sonó vacía, resbaló por mi interior hasta abandonarme, como si no la hubiera oído. Perdí mi fe ciega, mi confianza en lo nuestro, mi sentimiento de invencibilidad. Y cuando eso se pierde, poco más se puede hacer.

Tenía que haberlo visto venir. Tenía que haberle hecho caso a quienes decían que una historia así nunca tiene un final feliz.

Yo luché por lo nuestro; él, a su manera, quise pensar que también. Sería injusto decir lo contrario. Estuvo muy cerca de cambiar su vida por mí.

El ruido de una voz metalizada procedente de la megafonía del aeropuerto nos sacó a los dos de nuestro pequeño universo, ahora resquebrajado.

—¿Dónde estás?

—En el aeropuerto —respondí suspirando—. Había venido a recogerte. He llegado con demasiado tiempo, ya sabes, me gusta ser puntual. En fin…

—Lo siento tanto… Eres la mejor.

—Ya. —Mi voz sonaba resignada—. Supongo que eso no ha sido suficiente.

—No digas eso. No, amor, no digas eso, por favor. Esto no se acaba aquí. Dame un tiempo, unos días, unas semanas… No lo sé. Estoy muy nervioso. Por favor, dame tiempo.

—En fin…

—En fin, ¿qué?

—Que me voy a casa, Adrien, que me voy a casa.

Nunca me había sentido tan sola, a pesar de estar acostumbrada. Pero hasta ahora había vivido en una soledad escogida que me hacía sentir cómoda, plena y feliz. Con Adrien eso saltó por los aires y me despojé de mi chaleco salvavidas para alojarlo a él en el corazón, una decisión que había terminado consumiéndome.

Pensé en Fer y en que, cuando le contara lo sucedido, me diría que ya me había avisado, pero me sacaría un par de cervezas porque los amigos están para eso.

Pensé en mi tienda, en el resto de comerciantes del barrio, a quienes tanto cariño había cogido, y que tanto me habían oído hablar del chico alemán. Me preguntarían por él y yo no sabría qué decir.

Y pensé en Adrien, porque, a pesar de mi furia y mi desilusión, el amor seguía latiendo en mi interior. Tanto lo quería, que le escribí un mensaje que intentaba sonar a consuelo. Le dije que pusiera todas sus fuerzas en lo que había escogido y que nunca dudara de que yo seguía amándolo.

No fue una mentira, mi corazón seguiría latiendo por él siempre. Pero hay veces que el dolor puede más. Y yo sabía que eso iba a marcar un antes y un después, un punto de inflexión del que no nos recuperaríamos.

44

«Nadie puede enamorarse de un principio si nunca ha abrazado un final».

Madrid, enero de 2022

No existen palabras en el mundo para explicar todo lo que se me pasó por la cabeza durante los días posteriores. Tampoco ayudaba que estuviéramos en esa época del año en la que la vida te impone ser feliz y sonreír, porque, seamos sinceros, ser el Grinch no está demasiado bien visto, aunque cada vez seamos más.

—Anímate, mujer, es Navidad —me decían algunos de mis compañeros cuando se pasaban por la tienda, pero yo solo deseaba hundir la cabeza en la almohada y que no amaneciera nunca más.

Me limitaba a sonreír y a ofrecer alguna excusa vaga, pero era muy consciente de lo que se estaba cociendo en mi interior.

Pasé Fin de Año sola, a pesar de todas las puertas abiertas que tenía para disfrutar de esa noche acompañada, pero, sencillamente, no me apetecía.

Fue quizá el sexto día de enero, el día de Reyes, cuando lo comprendí todo. No podía vivir así. Me había olvidado de mi niña interior, había perdido la ilusión, había dejado de creer en la magia. Y lo que era peor, llevaba meses viviendo pendiente del móvil, de que me llamara, sintiéndome a medias. Había descuidado mi vida social en Madrid, veía muy poco a Fer… Además sentía que Anne era más importante que yo. Y estaba muy cansada.

Habían pasado dos semanas desde que mis planes de futuro se derrumbaron como un castillo de naipes. Manteníamos el contacto; Adrien, a pesar de que Anne seguía hospitalizada, me escribía, me llamaba y me enviaba canciones a deshoras. Pero siempre con prisa, como por cumplir, o esa era la sensación que tenía yo.

A mí no me nacía hacer lo mismo. Lo amaba, no tenía la menor duda, pero me sentía profundamente decepcionada. ¿Con él? ¿Con la vida? ¿Conmigo misma? Aún no lo sé. No me veía capaz de saltar el muro que se había levantado entre nosotros. Sencillamente, lo nuestro ya no fluía como antes.

Una tarde, caminando por el centro de la ciudad, decidí que no podía continuar así. En apenas una hora tenía que abrir la tienda, pero quise regalarme un paseo por el centro de la ciudad para ordenar mis ideas.

Subí por la calle de la Bolsa, dejando la siempre atestada Carretas a la derecha y me detuve a mirar la imponente fachada del recién abierto Caluana, un restaurante que había aprovechado un antiguo convento para convertirse en uno de los nuevos lugares de moda de la ciudad. Un lugar, en el que, por cierto, tuve que cancelar la reserva que tenía para la semana siguiente a la supuesta llegada de Adrien. Había querido sorprenderlo con una cena en un sitio especial y al final la sorpresa me la llevé yo. Así es la vida…

Un par de minutos después atravesé los arcos de la plaza Mayor, ya vacía, sin los puestos del mercadillo navideño y la abandoné casi inmediatamente, antes de que me alcanzara el olor a calamares tan característico de la plaza. Cogí calle Mayor y, al llegar a mi churrería favorita, quise mimar a mi estómago y pedí una ración de churros y un café. Me senté en su salón interior y, casi por inercia, le envié una foto de mi merienda a Adrien, que contestó al instante. Un emoji. Un maldito emoji. Y ahí, frente al último sorbo de café, algo se rompió dentro de mí.

Un clic que nadie pudo oír, excepto yo.

Quizá fue el mayor error de mi vida, tal vez tendría que haber aguantado un poco más. Pero cuando el amor va de aguantar, deja de ser amor. Cuando el amor se complica tanto, deja de ser amor. Y, sobre todo, cuando el amor te hace mal… Ahí… Justo ahí… Es el momento de decir adiós.

Decidí marcharme sin moverme del sitio, por el bien de los dos.

Esa noche le pedí a Adrien que me dedicara una hora de su tiempo, sin el pitido de las máquinas de un hospital de fondo. Me lo concedió a regañadientes. Supuse que tenía reticencias porque, muy en el fondo, sabía lo que iba a ocurrir. No nos engañemos, todos, incluso los menos intuitivos, sabemos cuando una relación ha entrado en barrena.

Otra cosa es que no queramos verlo, que intentemos enmascararlo bajo el pretexto de una mala etapa.

Hay conversaciones que tratamos de posponer para no asumir que todo tiene un final.

45

«Y dejé de buscarte a ti cuando me propuse encontrarme a mí».

Madrid, enero de 2022

¿Tenía la decisión clara? Desde luego que no. Con el tiempo me di cuenta de que en aquel momento pudieron más la impaciencia, el cansancio y la cobardía por tener que enfrentarme a tantos problemas ante los que me sentía menuda. Ahora estoy convencida de que me comporté como una chiquilla caprichosa. Sé que yo también lo hice mal.

Tras un preámbulo insustancial, me armé de valor. Quería acabar cuanto antes con aquella agonía.

—Adrien, esto no va bien…

Él, desde el otro lado de la pantalla, clavó sus pupilas en mis ojos dispersos.

—Yo… —proseguí, tratando de dar respuesta a su silencio—. Yo no puedo más. Estoy devastada. He perdido la ilusión, me cuesta dormir, me cuesta levantarme. Me he convertido en una sombra. Y no puedo más. De verdad, no puedo más.

—Cariño, estoy contigo, ¿vale? Lo sabes. Sabes que no te he abandonado, a pesar de lo difícil que son las cosas para mí. Y sé que lo hice mal, que no debí dejarte esperando en el aeropuerto. Jamás quise hacerte daño o incumplir mis promesas.

Corté su alegato, me había costado mucho llegar hasta ahí y estaba dispuesta a terminar con lo nuestro.

—No puedo soportarlo más, Adrien. Por favor, solo te pido que lo entiendas y me respetes.

—No es justo…

—Sé que no es justo para ti, pero tampoco para mí.

—Y entonces, ¿qué me quieres decir?

Respiré hondo y repetí las palabras que tanto había ensayado frente al

espejo.

—Quiero que lo dejemos.

—Por favor, Alicia…

—¡No! No trates de convencerme de lo contrario, no imaginas lo difícil que ha sido para mí tomar esta decisión. Pero no puedo más, de verdad, no puedo más, Adrien… —le imploré.

Y él, a quien tanto le dañaba verme llorar, no encontró otra forma de ayudarme que dejándome ir. Tal vez en eso consiste el verdadero amor.

—¿Podemos mantener el contacto, al menos?

—No es una buena idea. Necesito recomponerme. Y contigo cerca no voy a conseguirlo. Tú tampoco lo harás. Eso nunca funciona.

—Pero nosotros somos diferentes…

Una sonrisa triste me asomó al final de la comisura de los labios.

—Ya… Eso creíamos nosotros. Pero míranos… Somos igual que todos. Vive tu vida, vuelve a sonreír. Disfruta. Y si algún día, por algún extraño capricho de la vida, nuestros caminos pueden volver a encajar, en Moratín siempre estará tu hogar.

Guardó silencio y, finalmente, añadió, rendido:

—Nunca dejaré de amarte. Y algún día te lo demostraré, te lo prometo.

Le hice un gesto con la mano con el que indicaba que aquella conversación se acababa y desconecté la cámara.

Nunca, jamás, nada me ha dolido tanto como aquel punto y final que escribí justo un año después de aquellos días tan felices que compartimos en Madrid.

Soñarlo no bastó. Amar no fue suficiente.

Y así fue como dos personas destinadas a amarse tomaron la decisión de separar sus caminos, aunque sus corazones siempre siguieron latiendo en el mismo compás.

46

«Te prometo que las estrellas todavía me hablan de ti».

Madrid, junio de 2056

Eva me mira, seria, mientras yo trato de sacar una sonrisa, aunque nada me cuesta más en este momento.

—Y eso es todo.

Marco el final de mi historia. Un relato en el que no hay ganadores, no hay perdices ni una lluvia de arroz. No hay buenos deseos ni viajes al Caribe.

Me toma las manos, que no dejan de temblar, y me acaricia con mimo. Sonríe con ternura y observo hacia dónde se dirige su mirada. Sé lo que está pensando antes de que me lo diga en voz alta.

—Sigues llevando el anillo…

Asiento con la cabeza.

—El que Adrien me regaló en Venecia. Supongo que él ya no lo llevará, tal vez lo tenga olvidado en un cajón o lo habrá perdido. Da igual… Sea como sea, no importa.

—¿Por qué lo llevas todavía?

—Porque le prometí que lo llevaría bien pegado a mi piel mientras siguiera amándolo. Y no he faltado a esa promesa.

Eva me mira atenta y sé que, en el fondo, muy en el fondo de su ser, me está juzgando.

—Sé sincera, dime qué piensas.

Toma aire.

—¿No te va a molestar?

—Nada de lo que venga de ti puede molestarme.

—De acuerdo. No soy yo quién para opinar, entiendo que teníais

vuestros motivos, cada uno el suyo. Y que todos pesaban mucho.

—Mucho.

—Pero también, perdóname que lo diga de esta forma, creo que os rendisteis demasiado rápido.

Me aparto unos centímetros de la mesa, y me dejo caer en el respaldo de la silla para apoyar la espalda y adoptar una posición un poco más cómoda. Los años no pasan en balde.

—¿Sabes? Ahora pienso igual que tú. Pero solo he sido capaz de llegar a esta conclusión tras la experiencia que me han dado los años. En aquel momento me pudo, nos pudo, la impaciencia, el orgullo… La situación nos venció. Fue muy difícil. El mundo se empeñó en separar nuestros caminos.

—Comprendo.

—Si volviese atrás… Creo que sería yo la que haría las maletas y correría a su lado. Pero no lo hice porque en aquel momento las cosas eran muy diferentes.

Me tomé un par de segundos de pausa antes de proseguir. Tenía que ordenar mis ideas para exponerlas de forma que Eva pudiera entenderme.

—Mi generación vivió de un modo muy diferente al de nuestros padres, pero también muy distinto a como se vive ahora. No lo dudes, ahora es infinitamente mejor, sois mucho más sabios de lo que fuimos nosotros, aunque nos creíamos los reyes del universo.

—¿A qué te refieres?

—La generación de mis abuelos, o incluso la de mis padres, vivía por y para su familia. Un sueldo seguro era la máxima aspiración: no podía faltar el pan en la mesa y una nómina con la que pagar la hipoteca a cuarenta años. Pero en mi juventud, todos queríamos ser personas empoderadas. No me malinterpretes, así es como debe ser. El problema fue que a nosotros nos criaron con el concepto de que el éxito era trabajar lo máximo posible, emprender, estar todo el tiempo ocupado… Cuanto más, mejor. Una rueda asfixiante que no podía dejar de girar. Estaba de moda no tener tiempo más allá del trabajo o las obligaciones. ¡Eso era ser exitoso! Yo lo estaba cumpliendo a rajatabla. Vivía sola, tenía un negocio propio que me apasionaba… Era impensable dejarlo todo por amor, porque entonces, ¿qué clase de

mujer era?

—Creo que todavía siguen quedando coletazos de eso… —responde Eva amargamente.

—Y no sabes cuánto lo lamento. El éxito es ser dueño de tu vida, que nada ni nadie alquile tu tiempo. Encontrar el equilibrio para poder ir un lunes a desayunar con una amiga que te necesita o tal vez escaparte un miércoles por la tarde a esa exposición de arte que tanto te apetece ver. Y hay que trabajar, ¡claro que sí! Tener unos horarios, una misión en la vida. Nadie nos va a regalar nada. Pero la vida personal debería ser prioritaria. —Me encojo de hombros—. Cuando yo era joven, era casi impensable que una mujer decidiera dedicarse a sus hijos, por ejemplo. Si lo hacía, ¡pobre de ella! ¡No es empoderada! Si lo dejaba todo por un hombre, ¡la han dominado! ¡Y no! —exclamo enfadada, porque fueron precisamente esos argumentos los que, sin yo saberlo, me habían condenado a una vida gris—. Es igual de lícito que alguien quiera dedicarse a su familia como que desee ser CEO de Google. Lo importante es ser feliz.

—¿Te arrepientes de haber priorizado tu negocio? Has tenido mucho éxito… Perdón, quiero decir… El negocio va muy bien.

Sonrío al ver cómo se sonroja con su despiste.

—Tranquila, reina. Sé lo que quieres decir. Sí, el negocio va muy bien. He sabido reinventarme con el paso de los años y me ha dado para vivir más que holgadamente. Me he realizado profesionalmente. Pero también me ha quitado vida. Y eso nunca me lo va a devolver nadie. He conocido a otros hombres a lo largo de estos años, pero jamás he podido conectar con ninguno como lo hice con Adrien y nunca quise conformarme con menos de lo que él me hizo sentir.

Veo en los ojos de Eva que todavía le queda alguna pregunta que hacerme, pero no se atreve.

—Venga, suéltalo.

—¿Y por qué nunca lo has buscado?

—Porque ya le destrocé la vida una vez. El tiempo fue pasando y supongo que cada vez fue más difícil recuperar el contacto. La imaginación es muy poderosa, ¿sabes? En mi mente, él rehizo su vida junto a una mujer estupenda, que lo ayudó a criar a su hija. Así que supongo que aquí acaba mi historia. Espero que te sirva, que para eso te la he contado. No repitas nuestros errores.

—Gracias. No sabes cuantísimo te agradezco que me hayas abierto tu corazón.

—No tienes que darlas. Si a ti te sirve para tomar las decisiones correctas, entonces ha merecido la pena.

—Esta historia me llega en el momento más importante de mi vida.

La miro, curiosa. No entiendo a qué se refiere.

Y es entonces cuando enfoco un poco más y comprendo todas las pistas que me ha ido dejando durante la tarde y en las que no he reparado hasta este momento. Porque a veces no somos capaces de ver lo que tenemos justo delante de nuestras narices.

El café descafeinado.

El rechazo al olor de los cruasanes.

La mano sobre su vientre.

Abro los ojos de par en par y ella se encarga de confirmar mis sospechas.

—Estoy embarazada.

47

«Y ojalá nunca hubiera dejado de llenar tu espalda de caricias».

Madrid, junio de 2056

Contarle mi historia a Eva ha removido mis sentimientos. Y eso es porque no es algo que haya dejado atrás. Debería haberlo hecho, lo sé. Una bonita historia que pudo ser y no fue. Y nada más.

Poner voz a los recuerdos no es nada fácil. Antes de irse, me ha dicho que soy una valiente por atreverme a relatar lo que tan feliz y tan desdichada me hizo ser. Lo que no sabe es que, mientras ella habla en pasado, para mí sigue siendo presente.

Al principio, tal vez arrastrada por la marea de opiniones de personas ajenas que me decían eso de que hay muchos peces en el mar y que nadie se muere de amor, llegué a pensar que me olvidaría pronto de Adrien o que reharía mi vida. Pero no sucedió.

Abro la nevera con desgana, buscando algo que me abra el apetito, pero sé que hoy no habrá nada que pueda ayudarme con el pellizco que siento en el estómago. Eva se ha ofrecido a quedarse conmigo, incluso me ha invitado a subir a su casa si prefería cambiar de ambiente, pero he declinado su oferta. Lo único que me apetece es quedarme a solas con mis pensamientos y esperar a que mañana sea otro día. Siempre vuelve a salir el sol, eso también lo he aprendido en esta vida.

A decir verdad, sí hay algo que me apetece hacer. En uno de los muebles del salón, escondido al final del todo, tengo una caja. La típica caja de recuerdos que todos guardamos con celo, repleta de objetos que nos negamos a tirar o que, sencillamente, no queremos tener a la vista porque nos duelen. Ahí es donde yo escondo mis tesoros más preciados: fotografías que me recuerdan que algún tiempo pasado sí fue mejor. Los días felices retratados en una sonrisa. La ingenuidad de una mirada que no sabe que su vida está al borde del precipicio. Los abrazos que parecen infinitos, pero que algún día se acabarán.

Sostengo entre mis manos un centenar de instantáneas del tiempo que Adrien y yo compartimos juntos, treinta y cinco años atrás. ¡Y eso que por aquella época ya nadie imprimía las fotos! Yo siempre fui un tanto

vintage. Recuerdos repartidos entre Madrid, Berlín y Venecia. Instantes congelados en el tiempo que no volverán. Momentos entre dos vidas que ya no confluyen.

Nuestra historia no llegó a buen puerto. No conseguimos agarrar el timón con suficiente fuerza. Nos dejamos vencer por la tormenta y terminamos arrastrados por una ola que nos varó a cada uno en una orilla diferente.

Observo nuestras caras, jóvenes e ilusionadas, mientras una lágrima rueda por mi rostro, empapando los surcos que dejan mis arrugas. El mismo lugar donde hace tiempo hubo tantas sonrisas.

48

«Todavía hay veces que miro nuestras fotografías y no consigo comprender cómo pudimos echarlo todo a perder».

Madrid, agosto de 2056

Dar por concluido un sueño siempre es duro. A fin de cuentas, es dejar morir una parte de lo que somos, asumir que hemos llegado al final del camino. Tal vez por eso me ha costado tanto tomar esta decisión, la de cerrar para siempre mi negocio.

En mi caso, lo que comenzó siendo una sencilla tienda de maletas de barrio llegó a convertirse en algo más grande. Conseguí comercializar mis propios diseños, que vendía en mi tienda, en grandes almacenes y *online*. Brillé con luz propia.

Mi emprendimiento me ha hecho sentir viva todos estos años, ha llenado mi corazón y, la mayor parte del tiempo, me he sentido completa. He conocido a mucha gente interesante, he colaborado con artistas de renombre… Incluso gané un premio de diseño. Y esto es mucho más de lo que nunca pensé que podría darme mi trabajo. He sido muy afortunada.

Pero he decidido que ha llegado el momento de retirarme. El año pasado, una firma muy importante me hizo una oferta por mi marca. He demorado mi decisión, pero he decidido aceptar. No despedirán a ninguno de mis empleados, y la cantidad me da para vivir sin problemas lo que me queda de esta vida y otra.

Estoy cansada. La vida cansa. Mucho. Y ahora sé que ya ha llegado el momento de vivir de rentas y olvidar las preocupaciones. Me lo he ganado.

Hoy es el día. Por la mañana, me he puesto mi vestido favorito y he ido a firmar la venta ante el notario. Después he ido a la tienda a celebrarlo con mis empleados, amigos y otros comerciantes del barrio, que son como mi familia, dispuesta a darles las gracias a todos y a festejar que durante más de treinta y cinco años he podido realizar mis sueños. Pocas personas pueden decir lo mismo.

Miro a mi alrededor y, entre canapé y canapé, me doy cuenta de que nunca me he sentido sola. Tengo gente maravillosa a mi lado, que me

cuida, me quiere y me respeta.

Brindamos por todo lo que está por llegar. No pienso que mi vida haya entrado en el tiempo de descuento. Tengo la sensación de que me queda mucho por aprender y por disfrutar.

Eva tampoco ha faltado a la cita, aunque ha tenido que pedir un cambio de turno. Observo, orgullosa, cómo Gonzalo le acerca otro zumo. En la distancia, elevamos nuestras copas para brindar. Están enamorados, y ella no se merece menos. Estoy feliz.

Fer ha permanecido a mi lado durante toda la velada. No nos vemos tanto como antes; él regresó hace muchos años a Toledo, donde vive con su pareja y un par de perros. También es muy feliz y hemos demostrado con creces que hay amistades que son para siempre.

Quiero pensar que, al final, todos encontramos nuestro camino. Y da igual si en algún momento tuvimos que dar algún que otro volantazo. Pienso también en él, mi gran ausencia, y deseo con todo mi corazón que él haya encontrado el suyo.

49

«”Espero que estés bien” es el amor concentrado en cuatro palabras. El cariño de una persona ausente que te devuelve la fe en el mundo. Una caricia que se balancea en menos de veinte letras de alguien a quien el viento trae solo por un instante. Sí, es a ti. Espero que estés bien».

Madrid, septiembre de 2056

Ha pasado una semana desde que no acudo cada mañana a la tienda y no se puede decir que esté disfrutando de las mieles de la jubilación. Todavía ando liada con el papeleo. Además he querido darle un aire nuevo a mi casa, y paso los días entre gestorías y tiendas de decoración. Así soy yo, una contradicción andante.

No he tenido ni un segundo para sentarme en el sofá. Pero hoy he quedado con Eva para salir por el barrio a hacer unas compras para el niño. También viene Gonzalo. Es un chico estupendo, cada día me gusta más. Es algo tímido, pero la trata con toda la dulzura que ella merece. Y si la veo feliz, yo también lo soy. Nuestro cariño es mutuo y auténtico y me encanta disfrutar de su compañía.

Llaman a mi puerta para avisarme de que ya están listos y salgo enseguida para no hacerlos esperar.

—¿Dónde queréis ir? —pregunto mientras me cruzo un pañuelo en el cuello, que Eva corre a colocarme bien.

—La idea es quedarnos en Las Letras y comprar ropita y juguetes. —Se acaricia la barriga, aprisionada en una camiseta que ya no da más de sí—. Y algo también para mí, no sabía que mi ropa se me iba a quedar pequeña tan pronto.

Sonrío y les indico con un gesto que pueden ir bajando a la calle, que yo los sigo. Al salir, saludamos al dueño de la Pastelería Creativa Javier Ramos, ubicada a apenas unos pasos de casa, y no podemos evitar pegar la nariz al cristal para admirar sus creaciones del día. Da igual cuántos años llevemos pasando frente a su escaparate, nos siguen maravillando sus pasteles, que son una auténtica obra de arte.

Giramos en la calle de Jesús y vamos dejando atrás la decena de nuevas cafeterías, bares y terrazas que se fusionan con las más míticas de la calle de las Huertas. Cualquier madrileño ha tomado alguna vez

una cerveza aquí.

Entramos en Pardo Family, una de las tiendas más longevas del barrio, en pie desde 1974. En su interior, entre ropa, complementos y objetos de decoración para el hogar nos recibe su amable dueña, Nora, con una gran sonrisa, como de costumbre. Junto a ella tiene a su perrito Golfo, que la acompaña siempre.

—¡Bienvenidos! ¿Cómo está mi chica favorita? —me pregunta dedicándome toda su atención.

—Esto es un no parar… Creía que me iba a aburrir de descansar y lo que me falta ahora es tiempo.

—Siempre se busca algo que hacer. No sabe estar quieta.

Se oye la voz risueña de Eva, mientras se dirige a la zona infantil. Toma en sus manos un chubasquero en color turquesa y blanco, de una talla tan diminuta, que a todos se nos escapa un suspiro.

Eva y Gonzalo se enteraron hace poco de que van a traer al mundo a una niña. Ambos tienen muy claros los valores en los que la quieren educar, y, aunque me parecen algo ingenuos porque piensan que todo es como cuenta la teoría de las revistas infantiles, sé que amor y cariño no le van a faltar a esa niña. Y con eso nada puede salir mal.

Tampoco nos olvidamos de comprar un bonito conejito de orejas largas y un par de vestidos holgados para la mamá.

Antes de ir hacia la zona de Gran Vía para hacernos con un arsenal de pijamitas para la niña, paramos a reponer fuerzas en la calle de Cervantes. Somos clientes habituales de La mejor tarta de chocolate del mundo.

Pedimos tres porciones del setenta por ciento de chocolate y casi no dejamos ni que la pongan en la mesa cuando ya estamos dando buena cuenta de ella. Visto y no visto. Yo sigo algo nerviosa y Eva me riñe por eso.

—No puedes vivir siempre tan estresada. Antes era por la tienda, ¿y ahora?

—Tienes que descansar, Alicia. El estrés es muy malo —interviene Gonzalo.

—¿Es que te pasa algo? —insiste Eva.

Me llevo a la boca el último trozo de mi porción de tarta y dudo. Pero parece que no pueda ocultarle nada a Eva, que me invita a continuar.

—Vamos, suéltalo. Puedes contarnos lo que sea.

Me limpio la boca con la servilleta y tomo aire.

—Bueno, es que… —Observo esos dos pares de ojos mirándome con atención y me siento muy afortunada. Son mi familia—. Me da un poco de miedo esta nueva etapa.

—¿Miedo? ¿Por qué? —pregunta Gonzalo.

—Siempre he tenido algo que hacer, me he pasado toda la vida ocupada. Y tengo miedo de que ahora que no tengo ni oficio ni beneficio el aburrimiento pueda conmigo. No quiero sentirme una inútil. Un estorbo. Quiero servir para algo más que para ver la tele por las tardes y bajar a comprar el pan a la tienda de la esquina.

Eva me toma la mano. Está calentita porque acaba de soltar su taza de café.

—Alicia, te conozco bien y tú no eres de esas. Estoy convencida de que no te vas a convertir en una señora así. Lo siento, pero no va en tu ADN.

—Estoy de acuerdo —replica Gonzalo—. No todo en la vida es trabajar, y tú ya lo has hecho bastante. Ahora te toca dedicar tu tiempo a otras cosas. ¿Por qué no piensas en eso que siempre has querido hacer y para lo que nunca has tenido tiempo?

Me quedo unos segundos en silencio pensando en todo lo que llevo dejando para después. Observo cómo intercambian una mirada traviesa, y Eva le pregunta si puede decírmelo ya. Gonzalo asiente y yo me siento perdida.

—¿Qué estáis tramando? —pregunto curiosa.

Eva y Gonzalo se cogen de la mano, emocionados.

—Queremos pedirte algo. —Eva toma aire—. ¿Te gustaría ser la madrina de nuestra hija?

Abro bien los ojos, impresionada ante la propuesta. Me llevo las manos a la boca.

—¿De verdad? ¡Es increíble! Por supuesto, claro que me gustaría. Me

vais a hacer llorar. No sabéis cuánta ilusión me hace.

—Lo sabemos. Hemos pensado que nadie representa mejor que tú los valores que le queremos enseñar a nuestra pequeña. Ojalá aprenda mucho de su madrina.

Me emociono, pero trato de contener las lágrimas para no montar un espectáculo en la cafetería. Estoy muy sorprendida. Y, sobre todo, muy agradecida. No me lo esperaba.

—¿Quién va a ser el padrino?

—Mi padre. Vendrá pronto para ayudarnos antes de que nazca la niña.

—Es estupendo, no sabes cuánto me alegro de que todo os vaya tan bien. ¿Sabéis ya qué nombre le vais a poner? Se me hace raro referirme a ella como «niña» o «bebé».

Eva mira a su pareja y ambos sonríen con picardía.

—Todavía no lo tenemos claro.

—Sea cual sea el nombre, va a ser una niña increíblemente feliz y amada. Gracias de nuevo por hacerme partícipe.

50

«La clave de mi éxito fue que nunca confié en la suerte».

Madrid, octubre de 2056

Todo vuelve siempre a su lugar y mi vida no iba a ser menos. Por fin tengo más tiempo para mí y saboreo de verdad la jubilación.

Aunque durante los últimos años había reducido mis horarios y el ritmo, nunca supe qué era no tener obligaciones. También os digo que es una utopía que nadie me llame mientras estoy en casa poniéndome al día con las temporadas pendientes de mis series favoritas.

Mañana tengo una cena con Eva, pero no me apetece nada ir. Creo que voy a cancelar el plan. Decido llamarla, siempre me ha costado mucho decir que no a algo y ya va siendo hora de que aprenda a hacerlo. Elevo la voz para que mi asistente virtual me oiga bien:

—Llama a Eva Vecina.

Un pitido me indica que la llamada está en curso.

—¡Hola, Alicia! —responde con urgencia y noto su voz sobresaltada—. ¿Estás bien?

—Sí, todo bien. ¡Ay! ¡Qué tonta soy! Seguro que estás trabajando y te estoy molestando. Te llamo en otro momento.

—No te preocupes, estoy trabajando, pero ahora mismo puedo atenderte si es algo rápido. ¿Ocurre algo?

—Nada, cielo, solo llamaba para decirte que no me apetece mucho la cena de mañana. Lo siento.

Lo sé, soy una persona a la que le cuesta decir que no, pero cuando lo hago no me gusta andarme con medias tintas.

—No me digas eso… Lo vamos a pasar muy bien. Confía en mí, por favor.

—Podemos dejarlo para la próxima semana. Llevo unos días muy ajetreados y justo es ahora cuando por fin estoy descansando.

—Solo esa noche. Por favor. Y te prometo que a partir de ahí te dejo descansar todo lo que quieras.

No la veo, pero puedo imaginármela juntando sus manos como siempre hace cuando intenta pedir algo muy concreto. Y yo, que no quiero que se sienta en la obligación de rogar, doy mi brazo a torcer. Otra vez. Lo dicho, todavía no he aprendido a decir que no.

—Vaaale —respondo—. Tú ganas. Mañana en tu casa, a las nueve.

—¡Genial!

—¿De verdad no prefieres que sea en la mía? No me importa cocinar para las dos, así te quito trabajo.

—No, de verdad, esta vez prefiero ser yo quien te organice esta noche de chicas. Te prometo que nos lo pasaremos bien. Nos vemos mañana, ¿vale? Debo colgar, tengo que ir a visitar a un paciente.

—Hasta mañana.

Dos segundos antes de cortar la llamada me da tiempo a oír su último grito acelerado a través el altavoz.

—¡Ponte guapa!

Sonrío. Más sabe el demonio por viejo que por demonio. Ese interés desproporcionado solo puede significar una cosa: me está preparando una fiesta de cumpleaños. Faltan unos días para que cumpla setenta y tres años.

Por eso el interés de hacerlo en su casa, en una fecha determinada y sin opción a cambio. Por eso sus nervios y sus súplicas para que no cancele la cita. Por eso incluso me ha pedido que me ponga guapa, algo que no ha hecho jamás.

No me apetece mucho, pero sé que lo hace con la mejor intención y que, oye, quién sabe, tal vez hasta termine pasándolo bien de verdad. Me siento vieja. Como si el reloj avanzase todavía más rápido de lo que lo ha hecho hasta ahora. Eso no quita que sienta que en mi vida hay demasiadas cosas pendientes. Y no me gusta.

Pero sé que Eva no se merece un desplante, así que respiro, voy a la cocina y me preparo una infusión mientras pienso en que mañana volveré a usar ese vestido blanco que tengo en el armario y que hace años que no utilizo. Tal vez esta sea una buena ocasión.

51

«Solo quise agarrar tu mano y batallar juntos contra la vida. No pedía tanto».

Eva

Madrid, octubre de 2056

Llevo unos días viviendo con el corazón a punto de explotarme en el pecho. Ayer Alicia estuvo a punto de fastidiarme la sorpresa cuando me dijo que no le apetecía venir a la cena. Menos mal que es fácil de convencer y pude reconducir la situación, porque casi se me cae el mundo encima.

Deseo que todo salga bien. No sé cómo va a reaccionar, espero no matarla de la emoción. Ni se lo imagina. O eso espero. Porque si algo me ha demostrado Alicia durante el tiempo que la conozco es que es más lista que el hambre. A decir verdad, yo tampoco sé cuál será el desenlace de esta historia. Solo espero que los finales felices existan.

Aprovecho la tarde para ultimar los detalles en casa sin dejar de consultar el móvil para asegurarme de que todo marcha según lo previsto.

La cena está lista en la nevera.

De la decoración del salón se ha encargado Gonzalo, que lo ha dejado todo impecable y parece el escenario de un cuento de hadas.

Incluso Fer se mostró muy dispuesto a ayudarme cuando lo llamé por teléfono y le pedí que se encargara de confeccionar una lista de reproducción a la altura de la situación. Todos los detalles son importantes.

Tengo que salir pitando. Siempre hay tráfico a esta hora, y si me demoro más no llegaré a tiempo. Echo un vistazo al interior de mi casa desde la puerta, justo antes de salir, y sonrío emocionada. Es todo increíble. No puedo creer que esto esté a punto de suceder. Me emociona tanto como vértigo me produce.

Desciendo por las escaleras como una ninja, corriendo, pero haciendo el mínimo ruido. No es que Alicia sea la típica vecina cotilla pendiente

de cualquier ruido del rellano, pero lo último que quiero es que me oiga y ponerla sobreaviso de que algo se está cociendo en el piso de arriba. Incluso me agacho al pasar por su puerta, algo que es totalmente ridículo.

Ya en el exterior, el día no puede estar más bonito. Un sol intenso ilumina la calle Moratín. Hoy me parece que el Barrio de las Letras tiene todavía más magia. Quizá porque sé lo que va a suceder en este mismo escenario dentro de unas horas. Me emociona ser la cómplice de todo esto. Aunque tengo que reconocer que también me asusta a partes iguales. ¿Y si no sale bien?

Subo al coche y pongo rumbo a mi destino. El trayecto se pasa volando y, aunque intento concentrarme en la carretera, voy más nerviosa de lo que debería. Puntual, veinticinco minutos más tarde, ya tengo el vehículo en el aparcamiento, y me sorprendo a mí misma corriendo por unos pasillos atestados de gente.

Hay ruido, como suele ocurrir en estos lugares que nunca duermen.

Hay rostros con sonrisas y otros con lágrimas. La magia de los reencuentros, pero también de las despedidas.

Hay personas con prisa y personas que parecen no querer llegar a su destino.

Y entre toda esa multitud, estoy yo, a contracorriente porque no quiero retrasarme.

Justo cuando llego al lugar indicado, veo una enorme riada de gente atravesando las puertas acristaladas que tengo frente a mí. Me pongo de puntillas para tratar de ver entre las cabezas de las personas que comparten mi impaciencia.

Miro hacia un lado y hacia el otro. Nada.

Y por fin lo veo.

Ahí está.

Me escabullo entre la multitud y corro a su encuentro. Él también me ve, y suelta sus bártulos para estrecharme entre sus brazos, como tantas veces ha hecho desde que nací. Y como nunca ha dejado de hacerlo.

En sus maletas, pende una etiqueta con su nombre: Adrien.

Lo miro, orgullosa, y sé que por fin lo hemos conseguido.

—Bienvenido a casa, papá.

52

«Te beberé a sorbitos para que no te acabes nunca».

Eva

Madrid, octubre de 2056

Me parece increíble que al fin esté aquí. Ahora conduzco más tranquila, por fin todo se va materializando, después de soñarlo tantas veces. Las piezas del puzle van encajando.

—Entonces, ¿no me odia?

Mi padre no para de preguntar por ella. Está más nervioso de lo que nunca lo he visto.

—Ya te he dicho que no. —Me da mucha ternura verlo así, tan emocionado—. Lo tengo todo organizado, no te preocupes. Tú solo dedícate a hablarle con el corazón. Saldrá bien, ya lo verás.

Se pasa una mano por su pelo canoso.

—No sé, Eva… ¿Y si no me reconoce?

—Papá…

Lo miro con ojos comprensivos. Parece un niño, a pesar de que ya ha cumplido los sesenta y seis años. Cubro su mano con la mía durante unos segundos para tratar de darle fuerza.

—Hija, es que esto me pone muy nervioso. Tengo un millar de preguntas. ¿Y si no me reconoce? ¿Y si se ríe en mi cara y me pregunta qué vengo a buscar después de treinta y cinco años?

Guardo silencio para dejar que se desahogue, sé que con papá las cosas funcionan así.

—Estaría en su derecho, si te paras a pensarlo bien. No estoy en condiciones de quitarle la razón. Ni una llamada en este tiempo, ¡ni una! Lo he hecho todo tan mal…

—Lo has hecho lo mejor que has sabido, papá. Y eso es lo que cuenta.

—A veces no es suficiente, hija mía. Y en este caso, te aseguro que no lo es. Esa mujer me dio su amor y yo… Yo fui un cobarde, Eva. Un cobarde. No tengo otro nombre.

—No seas tan duro contigo mismo.

—Es la realidad. Eran otros tiempos y yo tenía otras prioridades. —Me mira y sé que se refiere a mí—. Vale, lo acepto. Pero eso no me excusa. La dejé escapar y ahora, incluso aunque pueda recuperarla, hemos perdido más de media vida en la que podríamos haber sido muy felices juntos. Ese tiempo jamás lo recuperaremos.

—Mira siempre hacia lo que está por venir. Todavía os quedan unos años maravillosos por delante.

—Si ella quiere, claro.

No pienso contarle nada de mis conversaciones con Alicia, eso queda entre nosotras y no voy a traicionar su confianza. Si algún día quiere, ella misma se lo contará.

De hecho, yo tampoco tengo claro cómo va a reaccionar ante este encuentro inesperado. Porque papá lleva razón: ha pasado demasiado tiempo. Pero de lo que sí estoy segura es de que lo ama con todo su corazón. Y eso tiene que ser suficiente. Por una vez, el amor tiene que ser capaz de mover el mundo.

—Tendrás arriesgarte esta vez.

—¿Ella qué te ha dicho? ¿De verdad se acuerda de mí después de todo el tiempo que ha pasado?

—No ha dejado de pensar en ti ni un solo día de su vida. Y eso es lo que voy a contarte. El resto le corresponde a ella.

Cuando aparcamos el coche, papá me pregunta si hay una floristería en el barrio. Paramos en Clovi, un pequeño local que está en la misma calle que mi casa.

Y mientras él entra a comprar algo, yo comienzo a ponerme muy nerviosa. Miro el reloj. Tenemos que darnos prisa. Apenas quedan cincuenta minutos para la cita, no nos podemos permitir que nos pille subiendo las escaleras.

Mi corazón late cada vez con más fuerza. Sé que todo puede estar a punto de cambiar.

Al cabo de cinco minutos, papá sale triunfante por la puerta de la floristería con un ramo enorme de rosas blancas que apenas me deja ver su cara. Lo miro con gesto interrogativo, porque siempre había pensado que el rojo era el color del amor.

—He elegido rosas blancas porque el blanco siempre fue nuestro color, el color de la nieve.

Asiento. Es un detalle precioso.

—Y en total son treinta y cinco rosas. Una por cada aniversario que no pasamos juntos. Una por cada año que no pude regalarle las flores que merecía.

53

«Volvemos a ser los de antes, pero ya somos otros».

Alicia

Madrid, octubre de 2056

No sé qué me sucede hoy, estoy nerviosa como un niño en la mañana de Reyes. Impaciente como un adolescente antes de un examen importante. Insegura como una joven antes de su primera cita.

Y no consigo averiguar por qué, lo único que me apetece es meterme en la cama y decirle al mundo que hoy no pregunte por mí, que no estoy. Porque si algo me ha enseñado la vida es que también tenemos derecho a esto. Si nos sentimos mal, podemos dedicarnos un día de sofá y mirada perdida, con una decena de chocolatinas tal vez. Y no pasa nada.

Me da pereza una fiesta sorpresa y rezo para que sea realmente una velada a dos, algo tranquilo. Necesito paz, comida rica y una buena compañía. Nada más. Pero creo que Eva se ha esforzado en preparar esta noche, pues durante las últimas semanas la he notado nerviosa. Hasta he captado alguna que otra mirada cómplice con Gonzalo. Escúchame bien: los años te enseñan cuándo debes hacerte el despistado.

Un minuto antes de la hora indicada, ya estoy en el umbral de mi puerta, apago las luces y cojo las llaves. Echo un vistazo a mi hogar antes de salir y soy bien consciente de que una sensación extraña, desconocida, se viene conmigo. No sé qué quiere de mí, pero no puedo ignorarla.

Pulso el timbre, nadie responde. Miro el reloj y compruebo que es la hora acordada. Estoy a punto de volver a llamar, cuando veo que la puerta está ligeramente abierta. Apenas una diminuta rendija a través de la cual se filtra una voz que reconozco bien: es Vanesa Martín dando vida a *Frenar enero*. Reconozco la melodía al instante, porque hace mucho tiempo fue mi canción. Yo también quise frenar un enero que ahora queda demasiado lejos.

Alguien que sepa frenar enero

alguien que sepa que viene fuerte

que me cuente lo que yo no sé

y me deje mi tiempo después

para así abrazarte sin verte.

Acaricio con la yema de los dedos el marco de la puerta y, casi de forma involuntaria, la empujan suavemente.

Que yo quiero encontrarme en tus ojos

Miro a mi alrededor, confusa, y una nube de velas parece flotar al son de la música. Sobre la mesa, dos copas y una botella de vino. En la televisión, un vídeo mudo simulando una nevada.

Que me hables de vida y presienta

que nací pa' vivirla contigo

Y, al fondo, un ramo de rosas blanco gigante. Lo sostienen unas manos arrugadas y temblorosas. Unas manos que habría reconocido incluso en otra vida.

Que me toques la cara y me muera

Cada vez que te arañe el destino

Me quedo clavada en mitad de ese salón que conozco tan bien. Los pies no me responden; los ojos, atrapados en la imagen que tengo delante, tampoco. El corazón me retumba.

Él da un paso adelante y es entonces cuando puedo advertir que está llorando. No se atreve a avanzar. El aire continúa separándonos, como lleva haciéndolo todos estos años, solo que esta vez contiene la respiración de ambos.

—Yo no supe frenar enero.

Hay algo mágico en eso de volver a oír una voz a la que has amado, tanto tiempo después. Es como abrir un baúl de recuerdos. Esas cinco palabras desataban un cosquilleo en la oreja las noches que me las

susurraba al oído, la alegría de los «te quiero» que me dedicó mientras fuimos uno en lugar de dos, el dolor de barriga a causa de las risas que compartimos. Me he pasado toda la vida buscando esa voz en otras voces, en otros lugares… Y ahora el hombre al que le pertenece está frente a mí. Treinta y cinco años después. Si las quinientas noches de Sabina a alguien le parecieron mucho, las mías ya superan con creces las doce mil. Y yo ni siquiera tengo una canción.

—Hola, Alicia.

Deja colgadas sus palabras en el aire, como un funambulista. Penden de una cuerda que yo no sé si sostener o esquivar para que no vuelva enredarse en mi cuello.

—Hola, Adrien.

Una sonrisa ilumina su rostro, arrugado por el paso de los años, pero con la misma luz de siempre.

—Creía que nunca volvería a oír mi nombre de tus labios.

No puedo describir lo que sucede en mi interior, solo sé que siento que vuelvo a tener treinta y tantos años. De pronto, el tiempo se ha convertido en una medida sin sentido. ¿Fue ayer cuando nos despedimos o hemos tenido que gastar toda una vida para llegar a este momento?

Adrien avanza hasta colocarse a unos centímetros de mí, el espacio suficiente para tenderme el ramo que todavía sostiene entre las manos.

—Esto es para ti. Una flor por cada año que no te pude amar. Porque te prometo que yo me he acordado cada año de ti, de mí, de nosotros. De Madrid. Ni uno solo, Alicia, ni uno solo he fallado…

Cojo el ramo y lo dejo sobre la mesa para tener las manos libres y sostener su rostro, bañado por las lágrimas.

—Yo no he fallado ni un solo día.

Levanta la mirada y me acaricia las manos. Temblamos, nerviosos, exhaustos.

—Te prometí que volvería a Moratín a por ti. Que esa vez sería para siempre. Y aquí estoy.

Me suelta las manos y nos fundimos en un beso, uno de esos que, aunque lleguen treinta y cinco años después, nos demuestran que hay promesas para las que nunca es demasiado tarde.

54

«Dime dónde volveré a buscar tus latidos, si todas las canciones ahora suenan a ti. Dime qué hago con tu aroma, dime, amor, cómo sobreviviré después de verte partir».

Madrid, octubre de 2056

Tampoco es demasiado tarde para nosotros. Porque en el momento en que mi piel ha tocado la suya, he sentido que rejuvenecía cuarenta años. He vuelto a 2021, a aquel fin de semana en el que Filomena nos unió, a aquellas noches en las que, sin abandonar los tejados de Madrid, yo sentía que estaba en la luna.

No sé si me he rendido demasiado pronto a sus brazos, pero si algo he aprendido es que la vida es breve. Y que aplazar los besos y los abrazos nunca es una buena idea. Sin embargo, ambos necesitamos explicaciones. Necesitamos tener esa conversación que se quedó pendiente.

Ignoramos la cena y nos sentamos en el sofá, celosos de que una simple mesa se interponga entre nosotros.

Y es entonces cuando me doy cuenta de que estamos en casa de Eva. Eva… ¿Qué está sucediendo aquí?

—¿Qué haces aquí?

No logro decir mucho más que eso, pero es suficiente para que él se ría y me mire con cara de inocencia. Esa que ni el paso del tiempo ha borrado. Yo me uno a su risa, pero insisto.

—No, en serio, ¿qué haces aquí? Este es el piso de mi vecina Eva.

—¿Quieres decir de mi hija Eva?

Mi boca dibuja una O perfecta, mientras mi cabeza intenta conectar lo que está sucediendo, en vano.

—Te prometo que no entiendo nada.

—Tranquila, que yo te lo explico. Tenemos toda la vida.

Se levanta para servir una copa de vino para cada uno, y las deja

sobre la mesa de centro, junto a las flores.

—Sabías que mi hija se llamaba Eva…

—Sí… —Hago un repaso por mi memoria y obviamente tengo ese dato—. Pero nunca la he relacionado con tu bebé. Quiero decir, hay millones de personas que se llaman Eva. Es un nombre relativamente habitual en España, pero también en Alemania. Y tu hija era un bebé cuando tú y yo dejamos de… En fin, ¿cómo iba a imaginar que podía ser ella?

—Bueno, todos crecemos. Ella se ha hecho adulta. Nosotros, mayores. —Me acaricia la mano con cariño—. Me alegro de que ella no te haya dado ninguna pista. Fui yo quien se lo pedí.

—¿Pista? ¿De qué? ¿Ella sabía lo nuestro desde el principio?

Asiente y, en el fondo, me siento un poco engañada.

—Por eso me suplicó que le contara nuestra historia con tanto interés… Ahora comprendo los motivos por los que quería aguantar las batallitas de esta vieja. —Chasqueo la lengua.

—No te enfades con ella. Te quiere muchísimo. Déjame que te explique. —Se acomoda en el sofá—. Cuando tú y yo… Cuando lo dejamos, fueron meses muy duros. Entendí que la enfermedad no iba a desaparecer, por mucho que yo me empeñara en creer que ella podía hacer vida normal si yo me mudaba a Madrid. Quería creerlo, Alicia, quería creer que era posible. Pero la realidad es tozuda. Acepté mi responsabilidad. Con todas las consecuencias. No podía abandonarla, se lo debía a mi hija. Por eso asumí tu decisión. Pensé que lo mejor era dejarte volar, libre, que hicieras tu vida y que te alejaras de mi mundo de luces y sombras.

—Yo nunca quise hacer mi vida sin ti. Habría aceptado todos tus fantasmas, solo te pedí que estuvieras a mi lado.

—Lo sé, lo sé. Y no sabes cuánto me he arrepentido todo este tiempo. Debería haber luchado por ti, encontrar la manera de seguir contigo.

Agacha la mirada, cabizbajo. Lo cojo de la mano para demostrarle que puede continuar, que estoy con él.

—Anne vivió más de treinta años.

La noticia me sorprende y me alegra a partes iguales.

—Murió hace apenas dos. No volvimos a ser pareja, pero sí fuimos los mejores amigos, familia. Me adapté a la situación, Alicia. Salí con algunas mujeres, citas esporádicas, nada importante. Aun así, mi hija me ha dado toda la felicidad que podía esperar.

Asiento, esa historia la conozco bien.

—Cuando Anne murió, Eva, que se hizo médico porque quería ayudar a personas como su madre y que no se había independizado para ayudarme a mí, necesitaba cambiar de aires, vivir sola. España le pareció el destino perfecto, la tierra de su abuela, y, además, como habrás podido comprobar, habla perfectamente el idioma, sin acento. Yo le había hablado tan bien de Madrid, de este barrio, que no quería ni pensar en otra opción. Por supuesto, me ofrecí a ayudarla y, con los ahorros que tenía, le regalé la entrada de este piso. Fue una afortunada casualidad que lo pusieran en venta, pero si el destino me había atraído una vez hasta la calle Moratín, ¿por qué no iba a hacerlo una segunda? Me estaba dando una nueva oportunidad para volver a ti.

Poco a poco comenzaban a encajar todas las piezas.

—Antes de que se mudara, le conté a Eva quién iba a ser su vecina. Lejos de reprocharme nada, me prometió ayudarme a recuperarte. Sabe que todo lo que he hecho en mi vida ha sido por ella.

—Y fue cuando actuó de infiltrada.

—Dejamos pasar un tiempo para que se adaptara a su nueva vida. Pero sí, fue algo así. Espero que no te siente mal. Lo hizo por mí. Necesitaba saber si me recordabas, si quedaba algo de amor en tu corazón para mí. Y ha sido ella quien ha decidido cuándo ha llegado el momento de volver. Yo he estado esperando, pacientemente, mordiendo cada luna y cada sol hasta que llegara el momento de volver a verte.

Pasamos toda la noche hablando, apurando el vino como un par de jóvenes que no tienen miedo al día después. Me bastaron unos minutos para olvidar una vida de ausencias, porque tenía bien aprendida la lección. No podemos juzgar a los demás cuando nosotros mismos a veces actuamos de manera incomprensible.

Al menos, me consuela saber que, si yo me he pasado toda la vida lamentándome de haber sido una cobarde, él también. Y sé que eso no debería suponer un alivio, que no nos va a devolver los años perdidos, pero, por lo menos, tenemos claro que a nuestro amor todavía no le ha

llegado la fecha de caducidad.

Me observa atentamente, con el rostro orgulloso, pero es cuando mira hacia mi mano cuando sus ojos se abren más que en ningún otro momento de la noche.

—Sigues llevando el anillo. —Lo acaricia.

Sonrío e imito su gesto.

—Veo que tú también.

Reímos, chocamos las copas, nos abrazamos. Ahora sé que nunca desperdiciamos nuestro amor, solo lo estábamos guardando para cuando llegara este momento. Porque el amor no entiende de calendarios. No se le puede imponer una fecha, un momento, una situación. Nuestro momento llega ahora, ¿y qué más da? Lo importante es que un día fuimos y, sobre todo, que todavía podemos ser.

55

«Me dejaste una herida abierta que nunca supe cómo curar».

Madrid, octubre de 2056

Dicen que después de la tormenta siempre llega la calma, pero pocas veces nos cuentan que después de la ilusión llega el miedo, después de la emoción, la desesperanza. Y eso es justo lo que me está pasando a mí. Tras una noche inolvidable, después de que la vida me haya concedido una segunda oportunidad sin condiciones, ahora soy yo quien vuelve a cuestionarlo todo. He aprendido a no culparme y sé que no debo ser tan dura conmigo misma. A fin de cuentas, es normal. El cuerpo tiene memoria, y el mío ha sufrido mucho.

Miro a quien ahora duerme conmigo, el único hombre que ha ocupado mi corazón. Mi deseo secreto cada cumpleaños, mi mejor regalo ya está conmigo.

Pero aunque me muero por estar con él y por gastar lo que me queda de vida a su lado, tengo miedo. Mucho miedo.

—Buenos días, princesa.

Adrien me aparta los pensamientos negativos solamente con tres palabras y una sonrisa.

—No sabes cuánto he echado esto de menos.

—Yo más. —Me coge la mano y me la besa. Y aunque no estamos en ningún cuento de hadas, aunque esto es la vida real, yo me siento como la princesa de una película de dibujos animados.

No me malinterpretes, siempre he sabido que nadie tiene que venir a salvarme en un caballo blanco. Y que podría seguir mi vida sin Adrien y que sería feliz. Eso ya me he encargado de aprenderlo yo solita a lo largo de este tiempo, y espero que tú también lo hayas hecho. Pero si logramos que las personas que queremos a nuestro lado nos acompañen al final de nuestros días, la vida es aún mejor. Y la mía se ha vuelto a llenar de blanco, como las flores que reposan en un jarrón en la entrada de mi casa. Como el manto de nieve que un día nos abrazó.

Después de cenar tuvimos la consideración de bajar a mi piso para que Eva y Gonzalo pudieran recuperar la casa en la que, sin quererlo, nos habíamos atrincherado. Yo, borracha de amor, ni siquiera recordé hablar con ella, y fue su padre quien le envió un mensaje antes de irnos a dormir.

—Tenemos una conversación pendiente con Eva. —Quise recordarle antes de que el pensamiento se fuera de mi mente.

Adrien asintió.

—Ahora mientras desayunamos la llamamos para contarle cómo nos ha ido. Seguro que está impaciente. ¿Te parece bien, mi amor?

Respondo con un beso y, al despegarnos, no puedo evitar que dos palabras se escapen de mi garganta.

—Tengo miedo.

Él suspira y me coge la cara entre las manos con suavidad.

—Yo también. He pasado mucho miedo este tiempo, pensando en que habrías pasado toda tu vida odiándome. No me lo habría perdonado nunca.

—Nunca podría odiarte.

—Los miedos no sirven de nada, Alicia. Y sé que tal vez mis palabras a estas alturas no tengan ningún valor para ti. Pero siempre has sido tú. Y no pienso volver a perderte. —Me acaricia las mejillas mientras yo dejo que la melodía de su voz me calme—. Lo tenemos todo aquí, en Madrid, ya no hay nada que nos pueda separar. Tenemos nuestra pequeña familia. Eva te adora y sé que tú a ella también.

—¡Y voy a ser la madrina de su niña! —Y entonces me doy cuenta de algo—. Me dijo que el padrino sería su padre. Eso significa que…

Sus labios se curvan en dirección ascendente, ocupando prácticamente todo su rostro.

—Exacto. Vamos a ser los dos padrinos de mi nieta. Nuestra nieta, si tú quieres que así sea.

Y aquí es cuando vuelvo a dudar de nuevo, porque jamás querría ocupar el lugar de nadie.

—No quiero pisar el recuerdo de Anne. Seguro que fue una madre

estupenda y que habría sido una gran abuela… —Siento algo de tristeza al expresarlo en voz alta, pero es la pura realidad. Adrien mueve la cabeza en señal de negación.

—Nadie quiere olvidar a Anne ni arrebatarle lo que es suyo. Pero, por desgracia, esa niña va a crecer sin su abuela y tú puedes ejercer un buen papel.

Adrien siempre tuvo un don y veo que no lo ha perdido. No sé si es el tono de su voz pausada, pero siempre ha sabido deshacer el ovillo de los miedos que a veces se instala en mis entrañas.

—Quédate un ratito más en la cama mientras hago el desayuno, ¿de acuerdo?

—Me levanto ya, prefiero que lo preparemos juntos, si no te importa. Me niego a perderme ni un segundo más a tu lado.

Me coge de la cintura y avanzamos juntos hacia la cocina. Preparamos un par de cafés y unos zumos de naranja, junto con unas tostadas con aguacate y salmón.

—¿Te parece si la llamamos ya? —me pregunta con los ojos inundados de ilusión. Yo asiento, emocionada.

—No puedo esperar más.

Eva responde al teléfono al tercer tono. Su voz suena atropellada y yo, que tantas veces he hablado con ella en esas circunstancias, me la imagino corriendo de un lado a otro del hospital, de camino a visitar a otro paciente, con historias médicas en la mano y un montón de datos en la cabeza.

—¡Hola, papá! ¿Cómo ha ido todo?

—Hay alguien que quiere saludarte. —Y me hace un gesto para que me una a la conversación.

—¡Hola, Eva! Vaya encerrona que me habéis hecho, sois de lo que no hay. —No puedo evitar reírme, y casi llorar de felicidad cuando la oigo al otro lado del teléfono.

—Ay, Alicia. No sabes cuánto lo siento. Nunca quise tenderte una trampa, pero el fin a veces justifica los medios, ¿no? Lo siento, lo siento.

—¡No seas boba! No estoy molesta contigo, ni muchísimo menos. —Miro a Adrien, que sonríe embelesado—. Te estoy muy agradecida por haberme traído de vuelta al amor de mi vida.

—Me vais a emocionar y todavía no os he visto juntos. Sois maravillosos. —Se oye una voz femenina pronunciando su nombre—. Tengo que dejaros, me reclaman. ¿Me paso por vuestra casa esta noche cuando llegue de trabajar?

—Te esperamos.

Se corta la llamada y Adrien y yo nos quedamos mirándonos, emocionados. Porque sin saberlo, o quizá sí, Eva ha dado en el clavo: nuestra casa.

56

«Y si tengo que confesar algo, diré que todos los deseos que pedí a las estrellas fugaces llevaban tu nombre».

Madrid, octubre de 2056

Llevo desde ayer en un sueño. Adrien me mira como si fuese lo mejor que le ha pasado en la vida. Me hace sentir que ni siquiera estoy aquí, que pertenezco a otro planeta. Qué ilusos somos los valientes enamorados, nos creemos invencibles, cuando en realidad es cuando más vulnerables somos.

—Tengo otra sorpresa para ti. —Adrien se dirige hacia la puerta y podría jurar que va dando saltitos mientras camina—. Dame unos minutos, vuelvo enseguida, te lo prometo.

Oigo sus pasos perderse por el rellano, y apenas un par de minutos después, vuelve a llamar a mi puerta.

—¿Dónde has ido? —Me puede la curiosidad, especialmente porque sé que esa mirada esconde algo.

—He subido a casa de mi hija a recoger algo que quiero enseñarte. —Me coge de la mano y tira de mí con dulzura para que me siente a su lado en el sofá. Me toca con tanto cuidado que a veces pienso que debe de tener miedo de romperme—. Esto es tuyo, te pertenece.

Tomo entre mis manos una caja de metal de color ocre. La abro y, en su interior, hay un fajo enorme de sobres. Dentro de cada sobre hay hojas de papel escritas a mano.

—Son más de treinta cartas. Te escribí una cada ocho de enero. He tratado de compensarte con las flores, pero esto es todavía más importante.

—¿Me escribiste una carta cada año sabiendo que no me la ibas a enviar?

Adrien asiente con la cabeza y un escalofrío me recorre de arriba abajo. Jamás me habría imaginado algo así.

—¿Por qué lo hiciste?

—Necesitaba comunicarme contigo. Te recordaba cada día, pero ese octavo día del primer mes dolía con más intensidad. —Algo se parte en mi interior. A mí me ha sucedido lo mismo—. Y lo único que me consolaba era pensar que algún día leerías mis cartas. Que tendría la oportunidad de dártelas en mano, como ahora estoy haciendo. No se me ocurría ningún modo mejor de demostrarte que te he estado esperando. Siempre lo he hecho.

Saco la enorme pila de papeles y la pongo sobre la mesa. Me siento afortunada, especial, pero también un poco culpable por no haber sido yo quien diera ese primer paso que nos hubiese acercado mucho antes.

Puedo deducir fácilmente cuáles son las cartas más nuevas y cuáles las más antiguas. Alguno de los papeles ya amarillea y están algo ásperos al tacto. Los signos del paso del tiempo también han hecho mella en ellos.

—¿Puedo leerlas?

—Por supuesto, son tuyas.

Me esperan horas de lectura por delante, un tesoro que pienso valorar como lo verdaderamente importante de mi vida: el amor de una persona, tan sincero, que nunca pidió nada a cambio.

Me puede la curiosidad y quiero comenzar ya, así que elijo algunas y saboreo párrafos sueltos. Las fechas, ya tan lejanas, me producen un escalofrío.

Tomo entre mis manos la primera de todas, 8 de enero de 2022.

[…] Lo nuestro acaba de terminar y me siento un hombre roto. Nunca podremos coser el final de nuestra historia, sencillamente porque sé que mi corazón siempre estará incompleto, hecho jirones, torpemente remendado. Me haces mucha falta. […]

Doy un salto en el tiempo. Es el mismo día de 2028.

[…] Eva está cada día más guapa, ojalá pudieras disfrutarla como lo hago yo. Hoy la ciudad está cubierta de nieve y no he sabido cómo

explicarle por qué se me han llenado los ojos de lágrimas al recordar cómo se ve la vida tras ese manto blanco. Te echo de menos, mi amor. [...]

Otro aniversario más, puntual a una cita que yo nunca supe que teníamos, esta vez en 2035.

[…] Me he acostumbrado a tu ausencia, debe de ser cierto eso que dicen que nadie se muere de amor. Pero han pasado ya más de diez años y yo sigo extrañándote. Creo que esto no tiene cura. Te me has hecho crónica. Pero si curarme implica olvidarte, créeme, mi amor, que no quiero hacerlo. […]

Algunas cartas eran más optimistas, como la que me dedicó en 2041.

[…] Hoy hace veinte años que nos conocimos. ¡Veinte años! ¡Cómo pasa el tiempo! Hoy debería estar triste, porque nuestro encuentro también fue a la misma vez una despedida. El inicio de una cuenta atrás que se nos escurrió entre los dedos. Pero ¿sabes qué? He comprado un buen vino y voy a poner una mesa bonita esta noche para cenar con tu recuerdo. Espero que seas muy feliz allá donde estés, yo lo soy por el simple motivo de haber compartido contigo un ratito de nuestra vida. Brindo por ti, por nosotros, por lo que fuimos. Y porque yo sé que siempre seremos. […]

Otras, más melancólicas, como la carta datada en 2052, hace apenas cuatro años.

[…] ¿Dónde estás, mi amor? ¿Qué estarás haciendo ahora, mientras yo no dejo de recordarte? ¿Me habrás olvidado ya? A veces eres fuerza, el timón de mi vida. Otras, dueles, sabes a espinas. Me rompo al recordarte. Como hoy. Qué tonto fui al perderte… Qué tonto… […].

Y la última, de hace solo unos meses. 8 de enero de 2056.

[…] Si todo va bien pronto estaremos juntos, mi amor, y te prometo que esta vez seremos inseparables. No voy a dejar de regalarte cada minuto de lo que me quede de vida, cada abrazo que no te he dado en estos años, cada segundo que no te he podido regalar cuando has tenido un mal día o cada alegría que no he podido compartir contigo. Todo, si tú quieres, te lo voy a compensar. Ojalá me digas que sí. […]

Dejo las cartas a un lado de la mesa y me vuelvo hacia Adrien, que sigue a mi lado, en el sofá, en silencio, observando con detenimiento cada uno de mis gestos, cada poro de mi piel, que se me ha erizado con las palabras en las que encontró cobijo cuando yo no estaba.

Sostengo su cara entre las manos y la acaricio con toda la ternura que cabe en mi corazón. Condenso en un beso todo el tiempo que estuve esperándolo.

—Entonces, ¿me dices que sí?

—Sí y mil veces sí.

Me abraza, y sin despegar sus brazos de mi espalda, me implora al oído su súplica de amor.

—Por favor, no vuelvas a dejarme.

57

«Algún día todo se solucionará. Y entonces comprenderás por qué algunas cosas sucedieron de ese modo. Confía».

Madrid, julio de 2075

Me gustaría pensar que al final de nuestros días todos hemos conseguido que nuestros deseos, aquellos por los que nos hemos pasado media vida suspirando, aquellos en los que más tiempo hemos invertido se han hecho realidad. Sé que es un pensamiento un poco naíf, pero yo lo he conseguido. Y cumplir esos deseos no tiene otro propósito que alcanzar la felicidad.

Hace casi veinte años que mi vida dio otra vuelta de turca. Ahora la comparto con esa persona con la que las tardes de domingo reconfortan. Con la que cualquier lunes de invierno sabe a primavera. Ahora que lo tengo a él no necesito contemplar los almendros en flor para sentir que la vida vale la pena, que no quiero abandonar este barco, no todavía. Me queda tanto que disfrutar. Nos queda tanto por bailar…

¿Y qué más da si este regalo de la vida nos llegó en la jubilación? Por suerte, los dos tenemos una buena salud, pero nos mantenemos cuerdos y activos, que es lo importante.

Nos hubiese gustado pasar la vida juntos, por supuesto, pero hemos tenido la oportunidad de amarnos, cuidarnos y respetarnos, tal como prometimos el día de nuestra boda.

Sí, al final nos casamos. A los setenta y cuatro años me volví a sentir como la protagonista de un cuento con final feliz. Tal vez fue porque crecí con las películas de Disney, las de su etapa más ñoña, cuando la boda era el broche de oro de la historia. Me parece mentira, pero han pasado casi dieciocho años desde el día que nos dijimos «sí quiero». Quién nos lo iba a decir, nosotros, que creíamos que nos habíamos quedado sin tiempo.

Ahora sé que todo tenía que ser como fue, ahora sé que esta era mi historia, la que empezamos a escribir aquel 8 de enero de 2021.

Tenemos una vida tranquila, rodeados de buenas personas. De los amigos de siempre y de los que llegan casi por sorpresa. Y también de

la familia, con Eva y Gonzalo y su fantástica hija, Ana. Ya ha cumplido la mayoría de edad y es una chica que nos hace sentirnos muy orgullosos. Es amable, educada y muy inteligente.

Nos encanta pasear por la ciudad y descubrir el mundo a nuestro aire. A veces hacemos escapadas de fin de semana a lugares cercanos, como Segovia, Salamanca, León o Cuenca. Otras, normalmente una vez al año, buscamos un destino algo más exótico y lejano. Nos encanta el Caribe y ya hemos estado en un montón de islas diferentes. Sint Marteen fue una de las que más nos sorprendió, con esa playa en la que los aviones pasan a pocos metros de la cabeza de los bañistas. Es impresionante, una experiencia única.

Hay quien nos dice que vivimos como dos chiquillos, de espaldas a nuestra edad. ¿Y acaso la vida no es esto? ¿Qué importan las arrugas mientras sigamos bailando?

Eso es todo lo que queremos de la vida. Dejar sitio para el postre y tener siempre un motivo para alzar la copa y brindar.

No voy a negar que a veces me asusta ser consciente de que, ahora sí, estamos llegando de verdad a nuestro final. Yo voy a cumplir noventa y dos años; Adrien, ochenta y cinco. Cualquier caída tonta puede quitarnos las ganas de explorar mundo. Intento no pensar en ello y, sobre todo, trato de no transmitirle ese mensaje a Adrien, pero la meta está muchísimo más cerca que está la línea de salida. Y eso asusta.

Al igual que me asustan esas pequeñas lagunas que a veces tiene Adrien, como cuando no recuerda dónde guardamos la sal o se pasa unos segundos rebuscando mi nombre en la memoria. Él, la mayoría de veces, le quita importancia, dice que son pequeñas pérdidas de información porque su disco duro tiene ya demasiados *terabytes* almacenados y le cuesta encontrar dónde tiene cada dato.

—¿Y si algún día no te recuerdo? —me preguntó en una de esas ocasiones en que él mismo llegó a preocuparse.

—Te cogeré de la mano y lograré que vuelvas a enamorarte de mí.

—Si algún día pierdo la memoria, te buscaré en el fondo de mis recuerdos. Sé que te encontraré, que volveré a llegar a ti.

Poso el dedo sobre sus labios, tratando de indicarle que no debe pensar más en eso. Nos las arreglaremos, como siempre hemos hecho. Ya no tengo miedo a amar. Al fin he comprendido que el amor no debe ser complicado. Que nadie pertenece a nadie, pero que albergar

a otra persona en tu corazón es el mayor acto de generosidad que existe.

Y eso, aunque se acabe, nunca termina.

58

«Hay mucha vida después de tu pasado. Dale las gracias y sigue tu camino. Te lo mereces».

Madrid, enero de 2076

La previsión del tiempo no deja lugar a dudas: se avecina una borrasca de las que hace décadas que no tenemos en nuestro país. Esta vez no tiene nombre de mujer, pero los dos sabemos a qué nos recuerda este momento.

Madrid comienza a cubrirse con un ligero velo blanco. Nosotros miramos por la ventana, emocionados, extasiados por el recuerdo de aquellos días que ahora forman parte de nuestros más preciados tesoros.

Por suerte, los olvidos de Adrien no han ido a más, pero nuestra salud ya comienza a resentirse. Durante el último año, he estado dos veces ingresada en el hospital. Mi corazón está cansado. Pero seguimos luchando juntos y ayudándonos cuando al otro le flaquean las piernas. Tal vez este es el secreto del éxito de nuestro matrimonio.

Vuelve a ser el octavo día de enero en el calendario. A primera hora de la mañana, un mensajero trae a casa una flor blanca.

Voy a la habitación, donde Adrien se acaba de despertar con el ruido del timbre, me tumbo a su lado y le beso la punta de su nariz. Por la ventana del dormitorio veo que la nieve empieza a caer con más fuerza.

—No tenías que molestarte.

—Nada impedirá que sigas teniendo tu flor cada aniversario. Aunque caiga la nieve y yo no tenga fuerzas para salir.

Pasamos el día en casa, recordando cómo hace justo cincuenta y cinco años se repetía la misma escena: una tormenta perfecta, una nevada histórica. Recuerdo con ternura cuando iba en el tren desde San Sebastián a Madrid y pensaba que los titulares eran puro amarillismo. Qué ilusa. Esa sí que fue una nevada sin precedentes. Y algo me dice que va a repetirse hoy.

—Está cayendo una buena.

Adrien mira a través de la ventana cómo la nieve va ganando más y más centímetros de espesor. Yo lo observo a él desde el sofá, porque él sigue siendo mi mejor paisaje.

—Me acuerdo perfectamente cuando entraste por esa puerta. —Su voz suena nostálgica—. Proyectabas tanta luz que iluminaste cada rinconcito de mi alma.

Se aparta de la ventana y acude a sentarse a mi lado.

—Tenías los bajos del pantalón empapados por la lluvia y me dio mucha ternura ver algunos copitos de nieve enredados en tu pelo.

Apoyo la cabeza en su pecho, disfrutando del mejor cuento que me han contado.

—Me asustaste. Mucho. Y no fue por tus ganas de echarme de casa, que, aunque no las expresaste en voz alta, yo sé que era lo que realmente pensabas. —Se ríe y yo no puedo evitar reírme con él, porque lleva razón—. Me asustaste porque en el momento en que oí tu voz, el corazón me dio un vuelco.

—Yo también sentí miedo.

Me mira curioso, con los ojos bien abiertos.

—Ah, ¿sí?

Asiento.

—Sí. Supe que me ibas a doler. No sabía cómo ni por qué, pero me lo dijo tu mirada y ese escalofrío que me recorrió entera.

Me acaricia la mano.

—Espero habértelo compensado.

—Lo has hecho. Con creces. Todavía doy gracias por aquella nevada.

—¿Crees que nos habríamos encontrado en cualquier otra circunstancia? —Hace una pausa, como si quisiera concederme tiempo para pensar—. ¿Crees que estábamos predestinados?

Me encojo de hombros.

—Prefiero no pensarlo. No quiero imaginar la posibilidad de no haberte tenido en mi vida.

Hace el torpe intento de levantarse y, cuando por fin lo consigue, me coge de la mano para que lo acompañe. El centro del salón se transforma en una improvisada pista de baile, donde los dos nos movemos con una música que solo suena en nuestra cabeza. Despacio, al ritmo que nos permite nuestra edad. Sentimos el deseo de volver a celebrar, a unir nuestras almas en un solo ser.

Pasamos el día disfrutando de nuestros recuerdos. Hace un buen rato que anocheció, aunque en días como hoy parece como si nunca hubiera amanecido. El cielo de Madrid sigue llorando nieve. Los titulares anuncian otra nevada histórica. Esta vez no soy esa joven que mira al mundo con escepticismo; ahora sé que los milagros existen.

Y mientras la ciudad cambia de color, Adrien y yo también cambiamos. No somos conscientes de ello, pero nuestro reloj ya ha iniciado la cuenta atrás.

Cenamos ligero y nos metemos en la cama siguiendo el mismo ritual de cada noche.

Colocamos las mantas, con cuidado de tapar bien al otro.

Nos desplazamos unos centímetros hasta que nuestros brazos se tocan.

Nos damos un beso en los labios, esta vez el último.

Nos abrazamos y mientras las calles se mueren de frío, nosotros volvemos a demostrarnos que incluso en los últimos compases de nuestra vida, todo lo que necesitamos es darnos calor.

Hay sucesos que no se pueden explicar. Y ahora, mientras abandono mi cuerpo, soy más consciente de ello que nunca. Mi corazón ha decidido que ha llegado el momento de dejar de latir y, mientras mi alma se eleva, no me siento sola, porque mi mano sigue entrelazada a la persona por la que volvería a nacer una y otra vez.

Nuestras almas se miran, se reconocen, se acarician mientras se preparan para dejar atrás lo que un día conocimos. Y en nuestra habitación permanece una prueba fehaciente de que el amor todo lo puede: la imagen de dos cuerpos ancianos que han fallecido abrazados en una noche de nieve, en el lugar en el que todo comenzó.

Epílogo

«Tú siempre serás mi final feliz».

Eva

Madrid, enero de 2076

No sé cómo he logrado mantenerme en pie durante el tiempo que ha durado el funeral. Tampoco sé cómo voy a gestionar todas estas emociones, cómo voy a poder vivir sin los abrazos de mi padre y sin los consejos de Alicia. Sin el referente de la persona que me enseñó a caminar, pero que también me demostró que el amor puede con todo. Sin la mirada amiga de quien nunca quiso ocupar el papel de madre, pero que se ha comportado como una verdadera abuela con mi hija.

No lo sé… Al igual que tampoco puedo explicarme cómo la vida puede ser tan puñetera y a la vez tan bonita. Soy médica. Y aun así, no puedo explicar cómo dos corazones pueden dejar de latir al mismo tiempo, con apenas un par de minutos de diferencia. Tal vez sí que existen las almas gemelas. Tal vez… De lo que no me queda ninguna duda es que, si fuera cierto, ellos lo son. Seguro que lo son.

Ana no ha querido ir al funeral. Me ha dicho que prefiere recordarlos de otro modo y a mí me ha parecido bien. Llamo a su puerta y no hay respuesta. Pero sé que está ahí. Hago de tripas corazón y entro. Ana está tumbada en la cama, mirando el techo.

Me siento a su lado.

—¿Puedo tumbarme contigo? —le pregunto con la voz rota.

De pronto siento la necesidad de contarle a mi hija la historia de amor más bonita del mundo.

—Cariño, ¿sabes cómo se conocieron el abuelo y Alicia?

Se queda pensativa, no entiende adónde quiero ir a parar.

—Fue después de que muriera la abuela Anne, ¿no?

Sonrío y me pongo de lado para poder acariciarle el pelo. Ella responde a mi gesto y adopta la misma postura. Nos quedamos frente a frente, compartiendo colchón. Yo con un abismo en mi mirada, ella con la curiosidad infinita de quien está a punto de descubrir un tesoro.

—Fue una noche de nieve, hace más de cincuenta años.

Comienzo a relatar su historia. Cómo se conocieron, cómo se perdieron y cómo volvieron a encontrarse. Cómo supieron hacerse la vida más bonita, cómo burlaron al destino y se concedieron una segunda oportunidad. La definitiva. Cómo reescribieron su historia y apostaron con la convicción de que tenían que ganar.

Y lo hicieron. Hasta el fin de sus días.